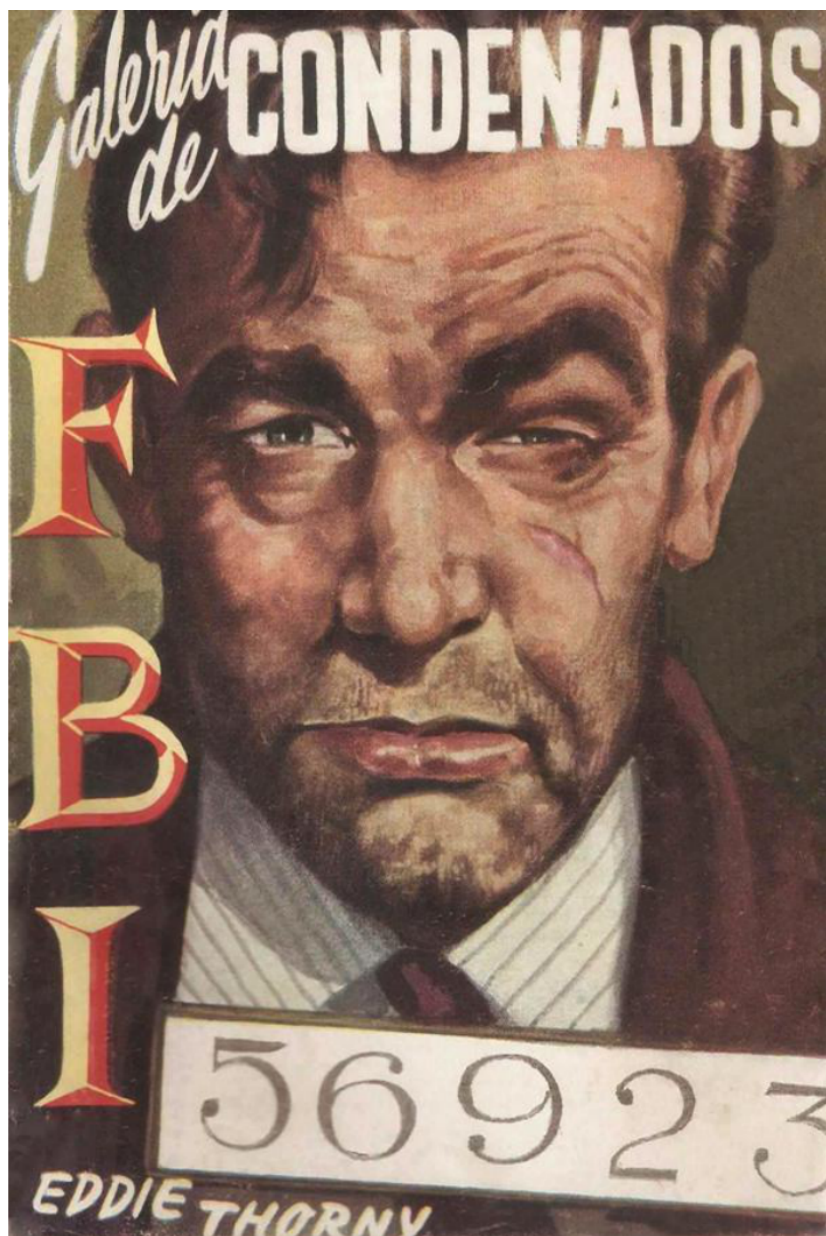


Galería de **CONDENADOS**

**F
B
I**

56923

EDDIE THORNY



EDDIE THORNY

Galería de condenados



DERECHOS RESERVADOS
EDITORIAL ROLLAN
MADRID, 1955
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

CAPÍTULO PRIMERO

SIN ESPERANZAS



AN pasado tres días, pero los gritos de Jimmy siguen resonando en mis oídos. Es inútil que procure pensar en otra cosa, que trate de abstraerme en la lectura de cualquier libro. Por encima de todo, los sollozos desgarradores del negro, sus desesperadas súplicas, su angustiada petición de una ayuda que nadie había de prestarle, retumban en mi cerebro con la monotonía obsesionante del

«tam-tam»

en la selva. Si cierro los ojos, si tumbado sobre el camastro logro

entregarme al sueño, es todavía peor. Entonces no sólo le oigo, sino que le veo. Le veo, transformado en un pingajo humano, sin fuerzas para caminar, llevado a rastras por dos guardianes, con las lágrimas corriéndole por el rostro, la cabeza caída sobre el pecho y dejando escapar de su garganta sonidos infrahumanos que nos rompían los tímpanos en el silencio impresionante de la madrugada. A veces ocurre algo peor: no es Jimmy quien recorre su trágica «última milla», conducido en vilo por dos individuos corpulentos, porque sus piernas se niegan a sostenerlo; soy yo mismo quien en el curso de la pesadilla emprende el dramático paseo, y me despierto con un grito de horror, temblando de pies a cabeza y con un sudor frío corriéndome por el pecho y la espalda.

Temo volverme loco. Mi razón empieza a vacilar, y sufro alucinaciones, no sólo durante el sueño, sino incluso con los ojos abiertos. Dos, tres días más en la misma situación, y el difícil e inestable equilibrio en que se mantiene mi mente desaparecerá de golpe para hundirme en las tinieblas de la locura. Es una perspectiva que me espanta. ¿Espantar? Pero ¿hay algo que pueda asustarme ya? Pensando con cierta lógica, lo único que puede aterrarme es, precisamente, no enloquecer ahora mismo. En el peor de los casos, serviría para ahorrarme incontables horas de angustia y sufrimiento. Con la perspectiva de que, cuerdo o no, el final será idéntico, y está fuera de mi alcance modificarlo; ni siquiera retrasarlo un día, una hora o un minuto.

Cuando está todo perdido, cuando no cabe abrigar ilusiones de ninguna clase, una inteligencia razonadora, un espíritu observador y una memoria clara se convierten en la más insoportable de las torturas. «No hay mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la miseria», escribió «el Dante», hablando de los horrores del Averno. Y para mí, hundido en el más profundo de los infiernos, sumido en una miseria aterradora, todos los momentos pasados con anterioridad a mi caída —incluso aquellos que en el momento de vivirlos se me antojaron de insoportable pesadumbre— fueron de tan intensa felicidad, que hacen, por contraste, más negra y desolada mi angustiada situación actual.

Sí; la locura podía ser un lenitivo. De un salto escaparía a la realidad circundante para vivir en otro ambiente distinto al que me cerca y ahoga. Mi cuerpo seguiría aquí aherrojado, sometido a la

escrupulosa vigilancia de quienes cifran su mayor empeño en que no pueda escapar a su triste destino, pero mi mente dejaría de sufrir por anticipado dolores más lacerantes acaso que los del mismo trance definitivo. No sería, desde luego, el primero que en mis circunstancias perdiese la razón; tampoco me costaría ningún esfuerzo despeñarme en el abismo que se abre a mis pies. Lo difícil es todo lo contrario; hace falta una voluntad de hierro y un esfuerzo sobrehumano para mantenerse equilibrado, para impedir que se apague la débil lucecita que dentro de mi cabeza pone orden en mis pensamientos y me permite conocer y medir todo el espanto que me rodea.

Y, sin embargo, un impulso, elemental y primario, me induce a luchar con todas las fuerzas en defensa de la razón. Me horroriza pensar a todas horas en la tragedia que me envuelve, con su inevitable desenlace; pero acaso me horroriza más, aunque no sabría explicar por qué, ese otro abismo del desequilibrio mental, de la inconsciencia absoluta que muchos mirarían como beneficiosa, en la que temo hundirme en el instante menos pensado. Quizá sea ese impulso subconsciente —una manifestación, en fin de cuentas, del instinto de conservación— lo que me mueve a trazar estas líneas.

No sé, naturalmente, si terminaré el relato que inicio. Es posible que otro episodio como el del pobre Jimmy altere de tal manera mis nervios, que resulte totalmente imposible recuperar su dominio; es mucho más probable aún que no me dejen vivir lo suficiente para concluirlo. ¿Debo alegrarme o entristecerme? No me atrevería a contestar en un sentido o en otro. En cualquier caso, puedo afirmar algo por anticipado: que cuanto haya de estampar en estas cuartillas no influirá poco ni mucho en el desenlace de mi tragedia. Primero, porque seguramente nadie pondrá en ellas sus ojos mientras yo aliente, y segundo y principal, porque aun cuando alguien las leyese, no daría el menor crédito a unas palabras que no tendrían pruebas materiales y concretas que las ratificasen. Incluso aunque esas pruebas vinieran a mis manos milagrosamente —y empleo con toda exactitud la palabra, porque milagro, y grande, sería que de pronto aparecieran unas pruebas que tanto yo como mi abogado estuvimos buscando inútilmente durante medio año—, ya no servirían de nada. Mi caso está definitivamente juzgado, y la sentencia dictada no tiene apelación posible.

¿Por qué me tomo, entonces, el trabajo de escribir? Resulta difícil una respuesta exacta, dada la lógica confusión de mis ideas en estos momentos. Quizá sea que ese impulso primario de que antes hablé, y que me obliga a aferrarme con ansias desesperadas a los restos vacilantes de mi pobre razón, temeroso de caer en el abismo insondable de la locura, espera restablecer mi equilibrio mental con el ejercicio de ir trasladando al papel, lógicamente ordenados, mis pensamientos actuales y mis recuerdos de la serie de inexplicables sucesos que me trajeron a la dolorosa situación actual.

Es, en fin de cuentas, una especie de confesión. Con una diferencia fundamental respecto a la mayoría de las confesiones. Que yo no pretendo aligerar mi conciencia de un fardo pesado, convirtiendo a quienes me escuchen en cirineos compasivos, capaces de ayudarme a transportar la cruz. Ya he dicho antes que no espero que nadie lea estas líneas, al menos mientras yo viva, y dudo mucho que nadie se tome ese trabajo —ni le serviría para nada tomárselo— después de mi muerte. Una muerte que, en el mejor —o el peor— de los casos, no puede tardar arriba de tres o cuatro semanas.

Porque ya es hora de que consigne que estoy condenado a muerte. Hace sesenta y cinco días que un jurado, integrado por hombres y mujeres que no tenían contra mi motivo alguno de antipatía u hostilidad, respondió afirmativamente a las preguntas del veredicto, ateniéndose escrupulosamente —no tengo inconveniente en proclamarlo así— a los dictados de su conciencia. Y los mismos que un juez, aplicando con todo rigor los preceptos de la ley, dictó una sentencia, ordenando que fuese encerrado en la cámara de gas de la penitenciaría de Saint Quentin «por el espacio de tiempo preciso para producir la defunción del condenado».

No voy a perder el tiempo atacando a los jurados o al juez. Creo sinceramente que uno y otros cumplieron con su deber. Más aún: si yo hubiera sido uno de los jurados, y no conociera de los hechos sino lo que se dijo en el juicio oral, habría dado sin vacilaciones un veredicto condenatorio. Y de ocupar el puesto del juez hubiese condenado, no tanto porque me lo imponía el parecer del tribunal popular, como por el pleno convencimiento de que aquel Barney Dale Armstrong que comparecía ante mí era responsable, como autor voluntario y deliberado, de los dos homicidios en primer

grado de que le acusaba el representante del ministerio fiscal.

Que yo no los hubiese perpetrado, era una cosa, y que pudiese probarlo, otra completamente distinta. El hecho de que en todo momento, frente a la Policía, primero, ante el District Attorney, después, y en presencia del Jurado, por último, me obstinase en una rotunda negativa, no importaba gran cosa. Era lógico y natural que un criminal se aferrase a aquella última esperanza de salvación. Un reconocimiento claro y explícito de la propia culpabilidad habría ahorrado trabajos a la Policía y esfuerzos dialécticos al acusador, pero nada más. Sin necesidad de que yo admitiese haber matado al inspector Haggard y a míster Norris, quienes me juzgaban pudieron dictar su sentencia con entera tranquilidad de conciencia. No había, no podía haberla, a su leal saber y entender, posibilidad alguna de duda o error. Mis deplorables antecedentes, mi abierta hostilidad contra las víctimas, las amenazas lanzadas contra ellas, las manifestaciones de varios testigos presenciales de los hechos y la falta absoluta de toda coartada eficaz, tenían mil veces mayor valor que las acaloradas protestas de inocencia, que habían de sonar a falsas a quienes tuviesen dos dedos de sentido común.

Me condenaron, pues, y aunque yo afirmé en todos los tonos la terrible injusticia de la sentencia dictada, no hubo quien tomara en serio mis frases exculpatorias. Los periódicos que tuve ocasión de leer antes y durante el juicio, daban por irrefutablemente probados mis crímenes, y supongo que los que luego no me han dejado ver sostendrán sin la menor discrepancia que la condena es el justo castigo a los delitos perpetrados por mí.

—Por lo menos —dije a los agentes que una vez condenado me devolvían a la prisión, esposado de pies y manos— verán que sé morir como un hombre.

Lo creía sinceramente en el momento en que lo dije. Más de una vez —combaté en Guadalcanal e

Iwo-Jima,

formando entre los «marines», cuando acababa de cumplir los veinte años— vi la muerte de cerca, y ni me tembló el pulso ni sentí acelerarse los latidos de mi corazón. Tampoco la cárcel me impresionaba demasiado. La conocía —y no de visita precisamente—, y si no resultó un lugar de esparcimiento y diversión, no lo pasé demasiado mal los meses que hube de permanecer entre sus muros.

En Saint Quentin, además, había muchos compañeros de antiguas andanzas. Entre ellos tuve siempre fama de duro, y no iba a ablandarme ahora. Culpable o inocente —que eso no les importaba, aunque apostaría triple contra sencillo a que no había uno solo que me creyera víctima de un error judicial—, mantendría el tipo hasta el último instante.

Apenas han transcurrido dos meses, y he perdido por completo aquella confianza. ¿Era falso el valor de que alardeaba entonces? Sinceramente creo que no. Lo puse a prueba en diversas ocasiones, y pude sentirme satisfecho. Recuerdo, por ejemplo, dos episodios de la lucha en Guadalcanal y en

Iwo-Jima,

En uno tuve que avanzar a pecho descubierto contra unos nidos de ametralladoras de los «japs»; las ráfagas abrían terribles huecos en nuestras filas; quienes marchaban a mi lado cayeron para no levantarse más; yo mismo rodé por tierra, con un balazo en el muslo izquierdo; muchos de los nuestros retrocedieron asustados, mientras otros se pegaban al suelo; sólo unos cuantos tuvieron la decisión precisa para incorporarse, cruzar a la carrera el terreno batido por el fuego enemigo y volar sus posiciones con granadas de mano. Entre ellos estaba yo, que sufrí otras dos heridas, estuve a punto de morir desangrado, y pasé cuatro meses en un hospital, pero fui ascendido y condecorado.

En

Iwo-Jima

ocurrió algo parecido. Ocupábamos una estrecha playa, con el mar a la espalda y unas colinas rocosas enfrente, desde las que nos batían a placer los morteros nipones. Durante el día no podíamos asomar la cabeza por encima de los parapetos; por las noches teníamos que rechazar las constantes y repetidas oleadas lanzadas al asalto de nuestras trincheras. Cada jornada sufríamos un setenta o un ochenta por ciento de bajas, que evacuábamos como podíamos durante las horas de oscuridad. A los cinco días, cuando apenas quedábamos en pie quince o veinte hombres del batallón, nos llegó el relevo. Cuatro insistimos en quedarnos voluntariamente en aquel infierno, y uno de los cuatro fui yo.

En uno y en otro caso, me daba perfecta cuenta del peligro, y lo supe arrostrar con serenidad y entereza. Vi morir a muchos, sentí en

la carne las dentelladas de la metralla enemiga, y más de una vez tuve la plena seguridad de no salir con vida del aprieto en que me encontraba. Sin embargo, en ninguna ocasión flaqueó mi ánimo; en todas apreté los clientes, y manejé con rapidez el fusil o la ametralladora, decidido a caer como un verdadero héroe.

Pero en las nueve semanas que llevo aquí, he sufrido una completa mutación. Mi entereza se ha derrumbado como un castillo de naipes sacudido por un vendaval. Si pudiera mirarme a un espejo, es probable que ni siquiera me reconociera. He perdido varios kilos, se me ha llenado la cabeza de canas y siento terrores que jamás pude imaginar. Hay momentos en que el tiempo parece detenerse, y cada minuto tiene la longitud angustiosa de un año; otros, en cambio, las hora parecen volar, y cuando quiero darme cuenta, ya es de nuevo la medianoche, y tengo ante mí la perspectiva horripilante de otra madrugada, que muy bien pudiera ser la última de mi existencia.

He leído alguna vez, y he oído repetir muchas más, que todos los asesinos son cobardes; que la conciencia de su culpabilidad les priva de la valentía precisa para afrontar con decisión el lógico castigo de sus crímenes y el enigma inquietante del Más Allá. Es posible que tengan razón quienes lo dicen. Pero creo también que nadie, ni siquiera un justo, cuyas manos no se hubiesen manchado de sangre ni cometido la menor falta, cuya rectitud no le permitiera salirse de los cauces angostos de la ley moral, llegaría con entereza al trance final, especialmente si antes le tocaba pasar cincuenta o sesenta días, y otras tantas noches, que son las más espantosas en esta galería de condenados, en estas jaulas estrechas y frías como un anticipo de la tumba que no tardará en recibir los despojos de cuántos en ellas nos encontramos.

Hablo por mí, naturalmente, y quizá mi opinión peque de un exceso de subjetividad. Pero expongo con toda crudeza mis pensamientos, sin preocuparme poco ni mucho lo que puedan parecerles a los demás. Y yo, que tengo la plena seguridad de no haber cometido los crímenes que se me imputan —aunque comprenda que ni la Policía, ni el juez, ni los jurados hayan dado el menor crédito a mis protestas de inocencia—; yo, condenado a muerte por los asesinatos de Haggard y Norris, en los que no intervine y al que nadie ha pensado en acusar de otro crimen que

perpetró —y puedo decir, con la sinceridad de saber que no han de creermelo y que en cualquiera de los casos no influirá para nada en mi suerte, porque no podrán llevarme dos veces a la cámara de gas, que lo hice en defensa propia, que era un auténtico miserable, y que no me remuerde la conciencia, porque creo haber hecho un bien a la Humanidad borrándole del mundo de los vivos—; yo, Barney.

Dale Armstrong, aseguro que no hay nadie, que no puede haberlo, cuyos nervios no acaben rompiéndose en la espantosa tensión de esta espera desesperada.

—No te apures demasiado, muchacho —me dijo Lofty, jefe de la galería, cuando bien esposado me condujeron a ella al volver del juicio en que había sido condenado—. No lo pasarás del todo mal, y de aquí también se sale.

—Gracias —repliqué, despectivo—; pero no necesito mentiras piadosas. Sé que de aquí se sale antes que de las otras galerías; pero llevado entre cuatro, y dentro de un ataúd.

—A muchos les indultan —pretendió consolarme.

—Pero no a mí. Y no se esfuerce en animarme —añadí—; ni me asusta la muerte ni hay nada que me quite el sueño.

—¡Ojalá sea así! —afirmó Lofty, en tono de profunda sinceridad—. Lo celebraría por ti, aunque lo dude mucho.

—No tardará en ver desvanecidas sus dudas —respondí, fanfarrón—. No todos los que vienen aquí son mujerzuelas cobardes.

Hoy, al recordar lo que entonces dije, la sombra de una sonrisa entreabre mis labios. Una pequeña vanidad me obliga a mantener el tipo, a fingir entereza, a simular que nada de cuánto sucede a mi alrededor, de lo que me pasa a mí mismo, me impresiona demasiado. Es posible —aunque lo dude— que consiga engañar a los demás. Pero en mi fuero íntimo he de reconocer que Lofty tenía plena razón, y que si todos tienen miedo —si bien la palabra resulta pálida para expresar lo que sentimos—, yo no soy una excepción.

Impresiona ya la celda cuando nos meten en ella. Más que celda es una verdadera jaula, con sólo dos paredes de cemento y dos de los lados con rejas, formadas por gruesos barrotes entrecruzados y una puertecilla en el centro. Tendrá catorce pies de larga por seis de ancha. Adosado a una de las paredes, el camastro: una plataforma de cemento sobre el que tienden un colchón de paja. Enfrente, el

lavabo, y junto a éste, una especie de mesita empotrada en la pared, y sobre la que uno puede leer o escribir —con lápiz, naturalmente, que las plumas, por ser metálicas, no pueden llegar a manos de los condenados—, tomando como asiento el propio camastro. Y esto, aparte de una lámpara pegada al techo, es todo el mobiliario.

Una de las verjas da a un estrecho pasillo, por el que día y noche pasea un vigilante, con un muro de piedra del lado contrario; la otra, a la galería desolada, desnuda e inhóspita, bordeada por dos hileras de celdas exactamente iguales. La galería es lo bastante estrecha para que pueda ver a varios de los ocupantes de las jaulas de enfrente, pero demasiado ancha para poder conversar con ellos ni siquiera por señas. Ocupo la celda número 17; a la izquierda tengo la 15; a la derecha, la 19. Las paredes que las separan no son demasiado gruesas; a través de ellas cambio de vez en vez alguna breve frase con mis vecinos, aprovechando cualquier descuido de los vigilantes.

Es una de las pocas distracciones que tenemos. Pero uno se cansa pronto de ella, como se cansa de todas las demás. Pasear no resulta nada divertido, cuando apenas se pueden dar cuatro pasos antes de tropezar con la reja; leer no es posible, porque la obsesión del trance desesperado en que uno se encuentra, le impide concentrarse en la lectura, enterarse siquiera del significado de las líneas sobre las que fija su mirada; hablar, no hay con quien hacerlo. Los vigilantes contestan, cuando contestan, con monosílabos o gruñidos; sostener una conversación a gritos a través de la pared no resulta fácil ni nos lo permitirían; visitas, no recibimos otras que las del reverendo Untermeyer, y sólo de tarde en tarde; comunicaciones, se nos autoriza una por semana..., siempre que haya —que casi nunca lo hay— quién se tome la molestia de venir a entrevistarse con los que estamos ya más en el otro mundo que en éste.

Tenemos media hora de patio cada dos días. Pero muchos —yo, entre ellos— renunciarían al paseo, si aquí pudiéramos renunciar a nada. Rompe, es cierto, la terrible monotonía del encierro en la celda; nos permite estirar las piernas, ver el cielo azul sobre nuestras cabezas y respirar un poco de aire puro. Con todo, tiene muy poco de agradable. Para llegar al patio —angosto y sombrío, rodeado por altos muros, sobre los que vigilan rifle en mano los

centinelas— hemos de recorrer parte de la galería y pasar junto a las puertas esmeriladas del fondo. Ninguno puede apartar la mirada de aquellas puertas ni evitar un estremecimiento, porque conducen a la cámara donde muchos pagaron sus culpas, y donde un día cualquiera seremos conducidos nosotros.

Salimos de cinco en cinco, convenientemente espaciados, con un vigilante convertido en sombra de cada uno. No podemos formar grupos, detenernos, hablar; ni siquiera acortar o alargar la distancia que nos separa del que nos precede o nos sigue. En el patio damos vueltas en círculo durante treinta minutos, a diez pasos de separación uno de otro, mientras en el centro de la circunferencia los guardianes siguen con atención nuestros menores movimientos. Un toque de silbato señala el final del paseo, y volvemos silenciosos a la galería, dirigiendo una última mirada al cielo azul, que acaso no volveremos a ver más.

Nuevamente en la celda, sabemos que habrán de transcurrir cuarenta y ocho horas interminables para que podamos estirar las piernas, en el mejor de los casos; que en dos días no atravesaremos otra vez la puertecilla de la verja, a menos que... A menos que suceda lo que todos damos por descontado desde que nos encierran aquí; pero que a todos, cuando les llega la hora, les produce la misma sorpresa desgarradora, espantable, aniquiladora.

Pasan los minutos con una desesperante lentitud. Uno se cansa de todo: de dar vueltas por la celda como un oso enjaulado, de intentar leer sin enterarse de lo que se lee, de tumbarse y de levantarse. Pegados a cualquiera de las rejas, pasando los brazos por entre los barrotes, dejamos transcurrir las horas. No hay nada que ver desde ninguna de ellas; en una, el estrecho pasillo, donde un vigilante pasea, lanzando al pasar una mirada aburrida; en la otra, la galería por donde pasean otros guardias, igualmente aburridos, y en la que a veces no se escucha una sola voz en el día entero.

La comida es buena, desde luego. En otras circunstancias, uno la saborearía, y en poco tiempo aumentaría de peso; en las nuestras, nadie tiene el menor apetito. Cuando uno trata de forzarse a ingerir alimentos, apenas si le pasan de la garganta, donde se le forma una bola que difícilmente llega al estómago. Con frecuencia, ni siquiera la tocamos; los platos de madera salen de la celda como entraron; las cucharas de palo —no hay tenedores ni cuchillos, naturalmente

— no han sido utilizadas para nada.

Por las noches debiéramos dormir. Es obligatorio tumbarse en el camastro antes de que se apague la luz de cada celda, y permanecer en él hasta la mañana siguiente. Yo hago esfuerzos desesperados por conciliar el sueño. Si lo consiguiera podría dejar de pensar unas horas, olvidarme de dónde estoy y de lo que me espera; pero no lo consigo sino por breves instantes, para despertar sobresaltado al menor ruido, agitado de pies a cabeza por un temblor convulsivo y sintiendo cómo el corazón golpea con fuerza dentro del pecho. Porque si en todo momento pesa como losa de plomo sobre nuestro ánimo el peligro que nos acecha, es en la oscuridad cuando la amenaza se acentúa y la sentimos más próxima.

Aguzamos instintivamente los oídos, tratando de descubrir ruido de pasos cautelosos en la galería, acercándose quizá a nuestra celda. Todos sabemos lo que puede significar que la puerta se abra de repente, que la luz se encienda, que tres o cuatro guardianes se precipiten sobre nosotros. Es tan fuerte la impresión de la víctima, que cuando luego de esposarle le sacan, han de hacerlo a rastras. A ninguno le responden las piernas, porque todos están en ese momento, más muertos que vivos.

No pretendo recargar las tintas del cuadro. Es de por sí demasiado sombrío para admitir exageraciones de ninguna clase. Y acaso no estaría de más que todos supieran del espanto indescriptible de nuestras noches, del infierno sin esperanzas que es la vida en esta galería y en estas celdas. Creo que si todos los delincuentes conocieran por adelantado lo que aquí puede esperarles, no habría uno solo a quien la pistola o el cuchillo no se les cayese de las manos antes de llegar a manejarlos, convencidos de que todo es preferible a pasar por este trance. Y no me refiero solo, ni principalmente, a la muerte física, material, sino a esta dantesca agonía que se prolonga días y semanas, rompiendo nuestros nervios y empujándonos a la locura.

Hay algo peor todavía, y es cuando llega lo que todos temen. No he podido comprender cómo ni por dónde, pero ni uno solo de los ocupantes de las cincuenta celdas deja de saberlo cuatro o cinco horas antes, como mínimo. Nada ha ocurrido durante el día que permita adivinarlo. Es probable que los propios vigilantes de la galería lo ignoren. Sin embargo, nosotros lo sabemos. Es una noticia

angustiosa, que empieza a circular de celda en celda, de un extremo a otro de la galería:

—¡Esta noche...!

—¡Esta noche...!

El lúgubre anuncio gana en contados minutos el lado opuesto al ocupado por quien lo lanzó. A la terrible nueva, que nadie pone en duda un solo segundo, sigue luego una pregunta obsesionante:

—¿Quién?

—¿Quién?

La pregunta va y vuelve de una celda a otra, de un extremo a otro de la galería, sin que nadie acierte ni se atreva a darle respuesta. Todos, con un nudo de zozobra en la garganta, creemos estar en el secreto de ser los elegidos; todos sentimos deseos de tranquilizar a los demás voceando nuestro nombre; pero todos callamos, aferrándonos a una última esperanza, temerosos de que decir en voz alta lo que pensamos pueda atraer sobre nuestras cabezas de una manera inevitable aquello que más tememos.

«Nunca se ama tanto a la vida como cuando se está a punto de perderla». Es una frase vulgar, repetida hasta la saciedad, pero cuyo exacto significado sólo he acertado a comprender aquí. Parecería lógico que sabiendo como yo sé que el final es inevitable —el gobernador de California ha rechazado mi petición de indulto—, que los días o las horas que nos queden serán de dolores, angustias y sobresaltos, uno desearía que el desenlace llegase cuanto antes, trayéndole la paz y el descanso definitivo. La realidad es todo lo contrario. Nos aferramos con ansias desesperadas a esta existencia miserable y sórdida, e incluso respiramos satisfechos cuando luego de unas horas de tensión indescriptible, vemos que es todavía a otro a quien le ha tocado representar el menos agradable de los papeles de protagonista.

Por inconcebible que parezca, se siente incluso una profunda alegría; instintiva, animal, pero alegría, al fin y al cabo. Quizá sean las madrugadas en que algunos pagan sus cuentas con la sociedad, aquéllas en que mejor dormimos los otros. Sinceramente reconozco que la primera vez que advertí tal fenómeno, sentí asco y vergüenza de mí mismo. Después he comprendido que a todos les pasaba lo mismo; que era el más egoísta de los sentimientos de conservación, sobreponiéndose y triunfando por encima de todo. No haber sido el

designado una noche, significaba, como mínimo, veinticuatro horas más de vida. Y eso es lo único que cuenta e importa cuando se llega al completo hundimiento de todos los resortes morales.

Un poco de pasada he hablado antes de las visitas del reverendo Untermeyer, No soy muy religioso —si lo hubiera sido, probablemente no me encontraría aquí—, pero reconozco y proclamo que es un hombre inteligente, que realiza con ejemplar abnegación una labor que nada tiene de agradable, compartiendo nuestras angustias, y tratando de consolarnos. De no ocupar una de estas celdas, de permanecer encerrado en cualquier otra galería, me gustaría verle a diario, poder charlar con él, discutir incluso, seguro de que no perdería el tiempo, y siempre aprendería algo. Creo que todos los condenados pensarán lo mismo. Pero aquí, no. Aquí, una visita suya nos sobresalta, llenando de inquietudes nuestro ya excesivamente inquieto ánimo.

Al verle entrar, una pregunta inevitable acude a nuestros labios. Es inútil que niegue, que se esfuerce por demostrarnos que su visita no tiene ningún significado especial, que nuestra vida corre el mismo peligro que si hubiera cruzado por delante de nuestra celda para entrar en las vecinas. No logra convencernos por entero jamás de que no está ocultándonos piadosamente algo que sabe; que no realiza un esfuerzo desesperado para salvar nuestras almas, porque nos quedan pocas horas para ponernos a bien con el Juez Supremo. Fingimos creerle, queremos y necesitamos creerle; por desgracia, en el fondo de nuestros pensamientos queda en pie una duda estremecedora.

Habla con elocuente persuasión; pone en sus palabras un sincero amor y un interés que nada tiene de forzado por que desaparezca la amenaza que pende sobre nuestras cabezas; sufre con todos, y basta ver su figura ascética, su pelo blanco a los treinta años, su frente surcada por profundas arrugas para comprender la parte que toma en los dolores ajenos y lo pesado de la carga que ha echado sobre sus hombros en cumplimiento de su sagrado ministerio. Sin embargo, apenas oímos lo que dice; cuando nos pregunta, respondemos de una manera maquinal. No hacemos otra cosa que mirarle con fijeza, tratando de adivinar lo que pueda saber respecto a nuestro inmediato futuro. Estoy seguro de que se da cuenta; de que comprende perfectamente lo que pasa por nuestras mentes, y

que comprenderlo hace más penosa su labor.

Con todo, el reverendo Thorne Untermeyer es la única persona que nos habla con cariño y amor; que lleva a nuestros espíritus conturbados la seguridad de que no todo muere cuando el corazón deja de latir, y nos hace entrever una vida mejor que ésta que nos hallamos a punto de abandonar. Cualquiera de nosotros debe estarle profundamente agradecido. Sin embargo...

Sin embargo, el instinto de conservación tiene tal fuerza, el amor a la propia vida tan profundas raíces en lo más hondo de nuestro ser, que mientras pronuncia frases de amor, esperanza y consuelo, más que escucharle espiamos sus menores gestos, tratando de leer en ellos nuestro destino, y cuando se marcha quedamos angustiados, buscando significaciones, que no tiene, a su generosa visita.

Pero creo que estoy siguiendo el peor camino, olvidando mis propósitos y haciendo lo contrario de lo que quise hacer. Al empezar a escribir lo hice impulsado por el deseo de escapar a la locura que me amenaza tras sesenta y cinco días de permanencia en esta celda, y hablar de mis angustias y sufrimientos en ella —que es tanto como vivirlos con redoblada; intensidad— es el mejor procedimiento para terminar con el ya difícil equilibrio de mi mente. Es preferible variar de trayectoria. No contar lo que aquí pasó, sino los sucesos que me trajeron aquí.

Ya he dicho por anticipado que no espero que esta confesión — si así puede llamársela— tenga la menor influencia en mi suerte, por cuanto nada podría modificarla ya, y menos estas cuartillas, que no saldrán de aquí ni leerá nadie mientras yo viva, y todavía interesará menos a nadie una vez muerto. Voy a entretenerme unas horas, sencillamente, poniendo en orden mis recuerdos. Que en este relato, verídico y sincero como hecho a mí mismo, sostenga que no maté a Stephen Haggard ni a Emerson Norris —aunque a veces ya no esté seguro de nada, en la terrible confusión actual de mis ideas —, importará poco, porque no me creerán, como no me creyeron cuando dije lo mismo ante el D. A., primero, y en presencia del Jurado, después; ni aunque me creyesen aliviaría mi suerte, por cuánto la sentencia es firme, y no cabe ya apelación posible. Incluso la empeoraría —de ser posible empeorarla—, porque voy a confesar un crimen del que nadie me acusó antes, y que yo callé hasta ahora

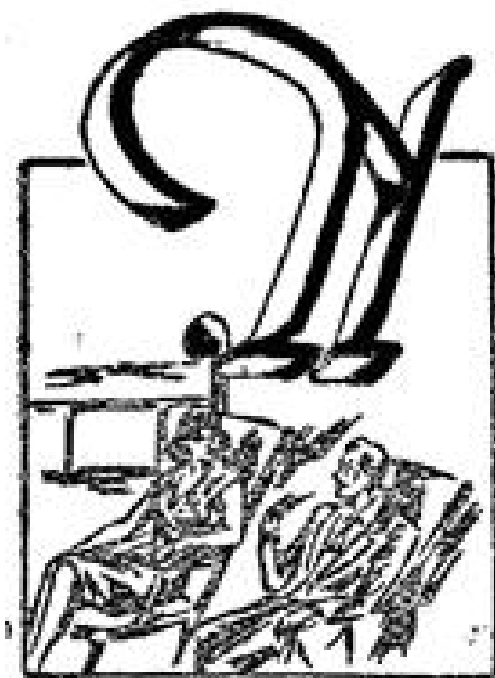
por motivos y razones fáciles de imaginar.

Estoy seguro de que si alguien llegase a leer estas líneas, daría pleno crédito a esa parte de mi relato, mientras se lo negaría al resto. Repito que no me importa. Estoy condenado ya a una pena que no admite aumento posible, y me tiene sin cuidado la condena que pudiera caberme por la muerte de Budd. A otro cualquiera le aterraría la posibilidad de ser sentenciado a quince o veinte años de presidio; para mí, y en el momento actual, sería una verdadera felicidad la posibilidad de cumplirlos.

Pero no hay ni la más remota posibilidad de que tal cosa suceda. Chandle, el abogado que con mayor interés que fortuna se encargó de mi defensa, estuvo a verme la semana pasada. No me dijo acaso todo lo que sabía, pero sí lo suficiente para hacerme abandonar la más mínima esperanza que pudiera tener. El último recurso legal había sido rechazado, y la fecha de la ejecución fijada. ¿Cuándo? Se lo calló, naturalmente. Pero yo sé que no puede estar muy lejana. Será la semana que viene; acaso, dentro de tres días; tal vez, esta misma noche. Lo más probable es que si no me doy prisa, mucha prisa, no tenga tiempo a terminar este relato. No creo que por ello perdiera el mundo ninguna joya literaria; pero puesto que lo he iniciado, celebraré que me dejasen terminarlo... ¡Aunque sólo fuera por vivir diez o doce horas más!

II

LA CAJA VACIA



O fue ninguna injusticia que me condenaran a dieciocho meses de prisión; no lo habría sido incluso si la sentencia hubiese hablado de años en lugar de meses. Claro que entonces no pensaba así —o, por lo menos, no lo decía con tanta sinceridad y franqueza—, y que protesté, indignado y colérico. Pero la verdad es que había hecho méritos sobrados para pasarme tres o cuatro lustros a la «sombra», y que si me hubieran tratado con más severidad, no me encontraría ahora condenado a muerte.

En aquella época, sin embargo, no me había cruzado siquiera tal idea por la imaginación; me habría echado a reír si alguien me hubiese profetizado que sólo tardando varios años en salir de la cárcel podría librarme de algo cien veces peor, y no me hizo gracia tener que pasar más de quinientos días tras los fuertes muros de la penitenciaría federal de Mojave, en el sur de California y en el centro de una comarca desolada e inhóspita.

Pensando con cierta sensatez, debí considerarme afortunado por no sufrir una condena mayor. Me habían cogido con las manos en la masa, con un paquete de marihuana recién llegado de Méjico —yo mismo acababa de llevarlo desde San Diego a Los Ángeles—, y no era posible negar nada. Por simple rutina me enterqué en sostener que ignoraba el contenido del paquete, así como su procedencia, si bien cabían muy pocas esperanzas de que las negativas beneficiasen en nada mi situación. Stephen Haggard, el inspector del

F. B. I.,

afecto al servicio de represión del tráfico de estupefacientes, que fué quien realizó mi detención, no las concedió la menor importancia.

—Di lo que quieras —concedió, desdeñoso, cuando se convenció de que no me podría sacar de ahí—. En cualquier caso, será lo mismo. Con mucha suerte, sacarás siete u ocho años de condena.

Se equivocó en parte. Me condenaron, porque no existía posibilidad alguna de conseguir la absolución; pero los siete u ocho años anunciados quedaron reducidos a uno y medio.

—Aprovecha la lección antes de que sea demasiado tarde —me aconsejó Haggard, en tono paternal, que no le agradecí en lo más mínimo—. Cambia de vida y trabaja honradamente al salir. En caso contrario...

—¿Qué? —pregunté, desafiante.

—La condena de ahora será un regalo amistoso comparada con las que sufrirás en adelante.

Jamás he pedido consejos a nadie ni he hecho ningún caso de los que me dieron sin pedirlos. Menos iba a hacerlo, como es lógico, del que me daba el individuo precisamente que me mandaba a pasar una temporada a presidio. Me encogí desdeñoso de hombros, y durante los catorce meses que duró mi encierro, ni una sola vez me molesté en recordar las palabras de Stephen Haggard. En él, personalmente, sí pensé mucho, pero nunca cruzó por mi mente

idea alguna de aprecio, reconocimiento o gratitud, sino todo lo contrario.

Es posible que no haya odiado a nadie con tanta intensidad como le odié en aquel tiempo. Me sobraban motivos para ello, o, cuando, menos, así lo creía entonces, aunque ahora no esté demasiado seguro de haber estado en lo cierto. El motivo inicial era, naturalmente, mi detención y condena. Sin aquel tipo habilidoso, inteligente, frío y astuto, que llevaba una larga temporada husmeando alrededor nuestro, no me habrían cogido con la marihuana encima ni hubiera sido enviado a pudrirme una temporada en la penitenciaría de Mojave.

No era la primera vez ni la segunda que iba a San Diego para recibir algún paquetito, que lograba llevar sin el menor contratiempo a sus destinatarios de Los Ángeles o del propio Frisco. En varias ocasiones, la Policía siguió mis pasos, y siempre conseguí burlarla; en tres llegaron a echarme mano, pero en las tres me había desembarazado a tiempo de la mercancía comprometedora, y no tuvieron más remedio que ponerme en libertad, dándome toda clase de excusas.

Con Haggard no tuve tanta suerte. Aquel tipo debió planear meticulosamente su golpe, enterarse de mis pasos y tomar todas las medidas sin que yo lo sospechara siquiera. Cayó sobre mí cuando menos podía esperarlo, porque me consideraba más seguro que nunca, sin darme tiempo a desprenderme de mi carga. Aun cogido por sorpresa, tengo la seguridad de que a otro cualquiera hubiera logrado engañarle gracias a mi sangre fría y serenidad; con él fracasaron todos mis trucos, y no me quedó más remedio que reconocerme vencido.

Justo es consignar que no se ensañó. Trató de sacarme los nombres de todos los complicados en el tráfico y me apretó bastante las clavijas, pero ni recurrió a malas artes ni utilizó el famoso tercer grado.

No habría conseguido nada, porque me hubiese dejado hacer picadillo antes de irme de la lengua; sin embargo, bien pudo poner a prueba mi resistencia, y muchos colocados en su lugar acaso no hubieran podido resistir la tentación.

No se lo agradecí, desde luego. Di por seguro que si no empleó la violencia física fué por el pleno convencimiento de que no le

daría el menor resultado y porque suponía que, dadas las pruebas acumuladas contra mí, había más que suficiente para una larga condena. Si la sentencia quedó reducida a dieciocho meses, no se debió a negligencia suya, sino a la habilidad con que mi defensor supo esgrimir toda clase de argumentos legales.

Durante los seis primeros meses de estancia en Mojave no sentí más que rabia y odio contra el inspector Haggard. En los ocho restantes, mi animosidad contra él alcanzó una intensidad difícilmente igualable. Porque al medio año de estar encerrado se produjo la muerte de mi hermano Luther, y también Haggard tuvo algo que ver en ella, como lo tuvo que ver en todas mis desgracias.

Mi hermano Luther Armstrong, diez años mayor que yo, era un hombre inteligente, culto, simpático y atrayente, amigo de la buena vida y de disfrutar de todos los placeres que puede brindar la existencia. Había estudiado leyes, pero ya antes de estallar la segunda guerra mundial descubrió que existían procedimientos para ganar dinero mucho más cómodos y lucrativos que el ejercicio de su carrera. Abandonó, pues, el bufete recién abierto y se dedicó a los negocios. La forma en que tiraba el dinero decía bien a las claras que el éxito le sonreía.

Durante años enteros no supe en qué consistían exactamente sus negocios. Sólo sabía que sufragaba mis gastos en la High School, primero, y en la Universidad de Denver, después, y que me mandaba los dólares precisos para que no careciese absolutamente de nada. No fui mal estudiante, y a los veinte o veintiún años hubiese terminado normalmente mis estudios de ingeniería; pero cuando tenía diecinueve los japoneses atacaron Pearl Harbour, y una semana después, igual que la mayoría de mis compañeros, había dejado las aulas para empuñar las armas en defensa de la patria.

De los diecinueve a los veintitrés peleé lo mejor que supe y pude; me hirieron cinco veces, me condecoraron otras tantas, y el final de la contienda me halló convertido en teniente de Infantería de Marina. Debieron licenciarme entonces y volver a mis estudios. Pero tuve oportunidad de ser enviado al Japón formando entre las fuerzas de ocupación, y la curiosidad por conocer un país del que había leído las más románticas historias y el lógico deseo de tomarme una temporada de descanso luego de los duros años de

lucha, me impulsaron a no insistir en mi petición de licenciamiento y a marchar a Tokio, decidido a divertirme por todo lo alto.

El Japón me desilusionó un poco; el país, vencido y humillado por la guerra, no era ya el orgulloso reducto de los altivos samuráis; tampoco sus mujeres ofrecían la menor semejanza con la dulce y apasionada *madame* Butterfly, immortalizada por la música de Puccini. Con todo, lo pasé bastante bien. Trabajando en las oficinas de la Comandancia Militar de Yokohama, con un coche a mi disposición, víveres en abundancia y algunos dólares en el bolsillo —que podía cambiar por ingentes montones de billetes nipones—, podía lograr cuanto deseaba, especialmente en los meses que siguieron a la firma de la paz. Yo, como tantos otros, me acostumbré a vivir en plan de gran señor, hasta que llegó el momento en que no pude sostener aquel tren por falta material del dinero preciso.

La rápida recuperación del país y el vertiginoso aumento de valor del yen, constituyeron un duro golpe para quienes creíamos encontrarnos en una verdadera Jauja. Al tener que prescindir de juergas y diversiones, no merecía la pena seguir en Yokohama, y pensé pedir el licenciamiento y retornar a Denver para proseguir mis estudios. Pero entonces recibí la visita de Craig Lawrence, y mis planes sufrieron una completa transformación.

Craig apareció una mañana en mi despacho portador de una carta de Luther. Eran socios desde hacía años, y mi hermano pedía que le atendiera en todo y que escuchara con interés una proposición que debía hacerme. «Lawrence te dirá de qué se trata; suscribo por anticipado sus palabras y debes prestarle toda la ayuda que esté en tus manos, pensando que, al ayudarle, me ayudas a mí y de paso te ayudas tú mismo», afirmaba en su misiva.

Cenamos por la tarde en un reservado del nuevo Orient Hotel, al que sólo teníamos acceso los americanos, y Craig habló sin rodeos de ninguna clase. Conocí en aquel instante los negocios a que mi hermano se dedicaba. Luther pertenecía a un «racket» que explotaba el juego, las máquinas tragaperras y las apuestas. A veces extendía su radio de acción a otras actividades más lucrativas, pero también más peligrosas.

—Vengo por algo de eso —añadió Craig—. Necesito llevar a Frisco unos paquetitos. No tropezaremos con ningún obstáculo al

desembarcarlos allí; la dificultad está aquí, en llevarlos hasta el barco a través del cordón de la Military Pólice. Luther ha pensado que podía ayudarnos.

Llevaba año y medio en Yokohama, tenía un coche oficial a mi disposición y me conocían todos los miembros de la M. P.; la mayoría eran amigos personales, pero incluso los que no lo eran no se atreverían a registrarme. Ir vestido de uniforme a Tokio para recoger un maletín y traerlo hasta el puerto o el aeródromo, no ofrecería inconvenientes ni riesgos para mí. En cambio, podía representar una pequeña fortuna para Craig y mi hermano.

—Y para ti, un ingreso extra. ¿Qué tal un billete de los grandes por cada envío?

Mil dólares por una faena que no llevaría dos horas de trabajo en el peor de los casos resultaba una oferta muy tentadora, especialmente para quien, como yo, andaba falto de dinero para sostener el tren de vida a que me había acostumbrado. Con todo, habría rechazado el ofrecimiento de hacérmelo otra persona. Pero Craig hablaba en nombre de Luther, y yo le debía demasiado a Luther para negarme al primer favor que me pedía.

A la mañana siguiente, los paquetes estaban a bordo del «Oregon Star», a punto de partir, y yo tenía en el bolsillo diez billetes de cien dólares. Nada resulta más peligroso que ganar dinero sin el menor esfuerzo, porque uno se engolosina y no hay manera de que renuncie a las fáciles ganancias; eso fue lo que me ocurrió a mí. A los primeros paquetes siguieron otros, y luego otros. Durante un año largo pasó por mis manos todo el opio y la heroína que entró de contrabando en San Francisco, y yo pude tirar alegremente el dinero.

Inesperadamente, un mal día se agotó el filón. No fue que me descubrieran y fuese a dar con mis huesos en la cárcel o que el negocio dejase de interesar a Luther, Craig y quienes colaboraban con ellos. Ocurrió sencillamente que me licenciaron. Estaba a punto de firmarse el tratado de paz con el Japón y las fuerzas de ocupación sufrieron una disminución radical. Nadie esperaba entonces que un año después se encendiese la guerra en Corea, sobraban efectivos tanto en el Ejército como en los «marines», y una mañana de febrero de 1949 pisaba los muelles de Frisco, vestido de uniforme aún, pero con la licencia definitiva en el bolsillo.

—Debías volver a Denver —dijo Luther, que me aguardaba al pie de la pasarela del transatlántico—. En poco más de un año serías ingeniero y...

Era lo más cuerdo y sensato, pero por vez primera no seguí los consejos de mi hermano. Llevaba ocho años sin abrir un libro, y me horrorizaba volver a enfrascarme en unos estudios que había olvidado casi por completo. Además, tenía ya veintiocho años y muchos deseos de seguir disfrutando de la parte más alegre y divertida de la existencia. En el Japón lo había pasado bien; ¿por qué no iba a pasarlo cien veces mejor en California?

—Preferiría quedarme aquí —repuse—. Con título o sin él, no creo que me resulte muy difícil ganar lo que necesito.

Me quedé, naturalmente. No me faltó trabajo, desde luego, y a los pocos días de mi llegada tenía un apartamento y un despachito en Kearney Street, con una placa en la que podía leerse: «Barney Dale Armstrong, agente de seguros». Trabajaba para la Life Insurance y la American Mutual y demostré mi eficiencia llevándoles un puñado de pólizas.

Pero los seguros no pasaban de ser una tapadera de otras actividades más lucrativas. Justificaban a los ojos de la Policía tanto mí «*modus vivendi*» como los constantes viajes que realizaba por California y los estados vecinos. Sin embargo, la fuente primordial y casi única de mis ingresos lo constituía una actividad semejante a la desarrollada durante los últimos meses de mi estancia en el Japón.

La tarea resultaba ahora más peligrosa e incómoda, pero no me asustaban los riesgos y proporcionaba los más saneados beneficios. Cada mes tenía que realizar un par de excursiones a la frontera mejicana o a cualquier punto pintoresco de la costa; a veces subía hasta el Canadá, y pasé cortas temporadas en Nevada, Arizona, Utah y Colorado. No obstante, la mayor parte del tiempo estaba en San Francisco, y no aburriéndome, precisamente.

Pronto vi que en el «racket» no estaban solos Luther y Craig; ni siquiera eran los más importantes. Por encima de ellos había gente gorda. Entre otros, Ernerson T. Norris, personalidad conocida en toda la nación, abogado, «alderman» de Frisco, propietario y gerente del «Tribune Daily» y aspirante en un futuro próximo al puesto de senador por el estado de California.

Norris no daba la cara, como es lógico. Quien se hubiese

atrevido a insinuar públicamente la menor relación entre él y tipos como yo, habría tenido que sufrir las consecuencias de una demanda judicial por libelo. Claro está que sus relaciones conmigo fueron siempre muy superficiales, no pasando apenas de alguna breve charla sobre asuntos intrascendentes. Pero Luther y Craig sabían que Emerson les respaldaba, a cambio de llevarse la parte del león en los beneficios.

Había también otros individuos menos elevados y engreídos. Eran quienes obedecían al pie de la letra las instrucciones de mi hermano y Craig, encargándose de distribuir las drogas, recaudando impuestos de protección o apareciendo como dueños o encargados de diversos establecimientos. Algunos de ellos —Bruce Stoker y Buddy Rogers, por ejemplo— ni siquiera llegaban a tanto; no pasaban de ser simples guardaespaldas, valientes profesionales siempre con la pistola al alcance de la mano, dedicados a meter el resuello en el cuerpo a quienes se resistían a pagar lo que debían o sentían cierta inclinación a contar a la Policía algo de nuestras actividades.

Con los dos choqué en distintas ocasiones, teniendo que enseñarles los dientes. Por iniciativa propia en apariencia —aunque es posible que Craig Lawrence les azuzara—, trataron de que les cediera parte de mis ganancias. Se quedaron con las ganas, naturalmente. Yo no les necesitaba para nada; quien tuviera necesidad de que le guardasen las espaldas debía pagarles de su bolsillo y no tratando de meter la mano en el de los demás.

—Has hecho bien —me dijo Luther cuando se enteró—. Ni tú ni yo precisamos de pistoleros, porque sabemos defendernos solos. Hablaré a Craig para que les meta en cintura y no vuelvan a molestarte.

No volvieron a hacerlo, desde luego. Pero bastaba ver cómo miraban para comprender que no les inspiraba la menor simpatía y que cualquier desgracia mía sería una verdadera satisfacción para ambos. Tan seguro estaba de ello, que cuando Haggard logró atraparme luego de tres años de actuar sin el menor tropiezo, sospeché que mi detención pudiera deberse a una confidencia suya. El inspector lo negó, como niega siempre la Policía estas cosas; pero no quedé nada convencido y durante muchas semanas rumié mis sospechas y hasta acaricié la posibilidad de «agradecer» a Stoker y

Buddy el «interés» que se habían tomado por mí.

En el negocio, como se ve, interveníamos muchos, y eran más aún los que de una manera encubierta o con absoluto descaro se llevaban una parte del botín. Afortunadamente, los beneficios eran tan grandes, que había para todos. Yo sacaba bastante dinero, que me duraba poco, porque solía gastarlo con la misma rapidez que llegaba a mis manos; pero lo que recibía no era nada comparado con lo que otros sacaban, empezando por mi propio hermano. Luther quemaba materialmente los billetes, llevando una vida fastuosa. Aun así, iba reuniendo una pequeña fortuna.

—No puedo meter el dinero en una cuenta corriente, porque la Policía investigaría y no podría justificar su origen —me indicó a solas un día—. Tengo una caja fuerte en la sucursal del Chasse Bank de Market Street.

Poco antes de emprender el viaje en que fui detenido me entregó un duplicado de la llave de su caja.

—Si algo me sucediera —dijo—, no quiero que mi dinero aproveche a Norris o Craig, qué tienen más que yo. Prefiero que vaya a tus manos.

Pretendí rechazar la llave. No quería tenerla, temeroso de caer en la tentación de ir por dinero cualquier día, traicionando la confianza que depositaba en mí. Lo consideraba innecesario, además, por cuanto, al no estar casado ni tener hijos, yo era su único heredero. Al oírme, se echó a reír.

—¿Y cómo reclamarías la herencia? ¿De qué medios te valdrías para justificar que yo tenía esa caja y que había ganado legalmente los cuarenta mil guardados en ella?

El alquiler, pagado por cinco años, lo había hecho a un nombre imaginario. No habría forma humana de probar que Luther Armstrong y Dikson Carr eran una y la misma persona. Menos, cuando nadie, absolutamente nadie excepto yo, sabía ni sospechaba siquiera que mi hermano llevase al Chasse Bank su dinero.

—Toma la llave, Dale —insistió—. Será la única forma de que los billetes vayan a tus manos si me sucediera cualquier desgracia.

Nada hacía presumir que pudiera ocurrirle ninguna desgracia. Luther era lo suficiente listo para no arriesgarse sin necesidad y sabía cubrir las formas de tal manera, que no era posible que le cogiesen un día con las manos en la masa, como me sucedió a mí.

Tampoco tenía enemigos personales, porque se las ingeniaba para estar a bien con todo el mundo. Andaba con pies de plomo, conocía las leyes lo necesario para burlarlas con mayor facilidad, y rechazaba de plano la violencia, pensando, y no sin razón, que quien recurre a ella acaba por convertirse en su víctima. Un hombre de su mentalidad y prudencia parecía destinado a enriquecerse sin contratiempos y a vivir muchos años. Contra toda lógica, murió antes que yo, y si no de tan mala manera como terminaré yo, en forma bastante parecida.

Una madrugada apareció su cadáver con dos balazos en la cabeza en una de las callejuelas que trepan por las inclinadas laderas de Nob Hill, en los alrededores del famoso Chinese Quarter. Según la Policía, debió ser asesinado en lugar distinto y llevado hasta allí en un automóvil. Los periódicos hablaron bastante del caso, insinuando que el final de Luther podía estar estrechamente relacionado con sus poco lícitas actividades. Pero ni fué descubierto el culpable del crimen ni se consiguió esclarecer los móviles verdaderos del mismo.

La noticia fué un golpe terrible para mí; mucho más doloroso porque, encerrado como estaba, con once meses de condena por delante aún, nada podía hacer por buscar a los asesinos y hacerles pagar muy cara su hazaña. Quería a Luther, no sólo por ser el único familiar que tenía en el mundo, sino porque siempre se había portado bien conmigo. ¿Que había influido en cierto modo para que yo emprendiera la senda que me condujo a la cárcel? Indudablemente; pero también lo era que, si seguí aquel camino, fué porque me sentía inclinado a seguirlo. Además, en aquel entonces —y lo proclamo con absoluta sinceridad— no me arrepentía de haberlo tomado.

Pensé mucho acerca de las posibles causas y de los autores de la muerte de mi hermano, haciendo conjeturas con lo que yo sabía y lo poco que decían los periódicos. Me sentía inclinado a creer que se trataba de alguna traición de cualquiera de los miembros del «racket» del que ambos formábamos parte; quizá de Craig, que así se libraba de un compañero que le superaba en inteligencia, aunque no en criminalidad; tal vez de Buddy o Stoker, a quienes más de una vez y con absoluta claridad había dicho el concepto que le merecían y el peligro que para todos representaban sus métodos

expeditivos. Estaba casi convencido de que era obra suya, cuando alguien me visitó para aclararme las cosas.

Mi informante fué Howard Chandle. Howard Chandle, compañero de estudios de Luther y buen amigo suyo a lo largo de veinte años, nada tiene que ver con el «racket» y más de una vez aconsejó a mi hermano un cambio radical de actividades. Chandle es, como nadie ignora, uno de los mejores abogados criminalistas de Prisco, dueño de un bufete que le proporciona los más saneados ingresos. En el ejercicio de su profesión, tuvo que defender a muchos delincuentes, entre los que figuraban algunos que le fueron recomendados por mi hermano. Pero no simpatizaba nada con el hampa, odiaba con todas sus fuerzas a Craig —al que consideraba principal responsable de que Luther no estuviera ejerciendo honradamente la abogacía— y era implacable adversario político de Norris, al que combatía siempre que se le presentaba ocasión, e incluso cuando no se le presentaba.

Aprovechando un viaje que tuvo que realizar a Los Ángeles, se presentó en Mojave y me sacó a comunicar. Toda nuestra conversación giró en torno al trágico fin de Luther. Yo expuse con toda crudeza mis sospechas respecto a la intervención de Norris, Craig o sus secuaces en el crimen. Chandle, que estaba mucho mejor enterado que yo, pensaba de manera diametralmente opuesta.

—Desecha esas ideas, muchacho —indicó—. Ni Lawrence ni ninguno de sus pistoleros tuvo nada que ver en el suceso.

—¿Quién entonces? —pregunté.

La respuesta de Chandle no fue todo lo concreta y categórica que yo hubiera deseado, pero al cabo de muchas vueltas y rodeos vino a centrarse en un nombre que hasta aquel instante no había cruzado siquiera por mi imaginación: Stephen Haggard. Parecía que el inspector del

F. B. I.,

estaba interesadísimo en la detención y condena de mi hermano, al que calificaba de organizador y jefe del contrabando de drogas en toda California.

—Le interrogó varias veces, pero era demasiado listo para él y se le escurría siempre. Al cabo, debió convencerse de que por procedimientos estrictamente legales no lograría nada jamás y resolvió emplear otros procedimientos.

—¿El asesinato?

Chandle movió la cabeza en gesto negativo. Estaba seguro de que Haggard no llegó de una manera premeditada al crimen. Debíó tratarse de un accidente, de un acaloramiento suyo o de cualquiera de sus subordinados ante las evasivas habilidosas y las negativas de su víctima. Como ya sabía —aunque sólo un periódico mencionó el detalle—, el cadáver de Luther presentaba hematomas y contusiones en diversas partes del cuerpo. Alguien había insinuado que pudieron producirse al ser arrojado desde el interior de un automóvil en marcha, pero...

—Lo más seguro es que le aplicasen el tercer grado sin el menor resultado y que furiosos por su obstinación...

Haggard había andado buscando a Luther por todas partes la víspera de su muerte. ¿Le encontró? El inspector lo negaba, pero en un terreno puramente confidencial, cierto individuo que a Chandle debía su libertad, aseguraba haber visto a mi hermano subir a un coche en su compañía seis horas antes de que fuera descubierto el cadáver.

—Si Mike no fuese un expresidiario con una ficha deplorable en los archivos policíacos, si tuviese, además, el valor cívico preciso para sostener su afirmación en todas partes, yo habría presentado a estas horas la denuncia correspondiente contra Haggard; así...

—¿No piensa hacerlo?

—No. Perdería el tiempo y me expondría a un grave disgusto. Mike negaría haber visto ni haberme dicho nada, y no tendría base en que apoyarme. Pero, aun en el caso inconcebible de que se atreviese a decir la verdad, ¿qué valor concedería nadie a la palabra de un delincuente habitual frente a la de un inspector del F. B. I.,

que a los ojos del mundo entero está por encima de toda sospecha?

Sintiéndolo mucho, Chandle había tenido que cruzarse de brazos. No era posible hacer nada. En su fuero íntimo estaba plenamente convencido de la culpabilidad de Haggard. La mejor prueba era lo poco que la Policía se había molestado en investigar el crimen y la prisa que se dió en arrojar toneladas de tierra para enterrar el suceso.

—Es lamentable y doloroso —terminó diciendo—, pero siempre temí que Luther acabara así. Se lo pronostiqué muchas veces y no

quiso hacerme caso. ¡Ojalá te sirva a ti de lección y escarmiento! El crimen no paga dividendos y exige un interés usurario por el dinero que proporciona. No dejes de ir a verme cuando salgas; te ayudaré en todo, si estás dispuesto a marchar por el camino recto.

En los siete meses que aún permanecí en Mojave recordé muchas veces mi conversación con Chandle, aunque nunca pensando en seguir sus consejos de trabajar honradamente y ganarme el pan de cada día con el sudor de mi frente. Me parecía mucho más cómodo y deseable que fuesen otros los que sudasen por mí. Si me repetía sus palabras era para no olvidar en ningún instante que Stephen Haggard era el culpable de todas mis desgracias e imaginar lo agradable que resultaría hacer con él exactamente igual que había hecho con mi hermano.

Pero si me tracé muchos planes y más de una vez en sueños liquidé cuentas con el inspector —y esta confesión sería suficiente para convencer hasta a los más incrédulos, caso de que haya alguno, de que fui yo quien mató realmente a Haggard—, jamás ignoré los riesgos que la empresa llevaba aparejados ni pensé en lanzarme a ella con acaloramiento y estupidez. Cualquier satisfacción que su muerte me produjese, quedaría borrada si tenía que pagarla en la cámara de gas. Necesitaba hacer las cosas bien y con calma, de forma y manera que nadie sospechara siquiera mi intervención en el crimen.

Cuando a los catorce meses de encierro me pusieron en libertad condicional —era mi primera condena y había observado buena conducta en el interior de la prisión— consideré llegado el momento de iniciar la puesta en práctica de mis proyectos. Nadie se engañe, sin embargo, creyendo que había resuelto ir directamente en busca de Haggard para meterle unos balazos entre pecho y espalda. Hubiera tenido que ser rematadamente tonto para pensar tal cosa. En primer lugar, porque los agentes federales suelen tirar con una endiablada puntería y corría grave riesgo de que no fuese él, sino yo, el muerto, caso de enfrentarme de cara con el inspector. Y en segundo término, porque vigilado de cerca hasta que terminase de cumplir mi condena, el solo hecho, de que llevase un arma encima ya bastaría para que volviese a presidio, ahora por tres o cuatro años como mínimo.

Pensaba hacer las cosas con toda calma, esperando meses, años

incluso, a fin de que hasta el propio Haggard se olvidase un poco de Luther y de mí. Hasta estaba dispuesto a cambiar de residencia, yéndome a vivir a Nevada o volviendo a Colorado. La idea de reanudar mis estudios no me parecía totalmente descabellada. A los ojos de todos demostraría mis deseos de regeneración y haría que nadie me relacionase con la muerte del inspector cuando ésta se produjera. En cuanto al dinero necesario para vivir sin estrecheces y cuidar hasta el último detalle, no me preocupaba en absoluto.

—Con los cuarenta mil de Luther tendré más que suficiente.

No quise precipitarme, sin embargo. Cabía que alguien siguiera mis pasos al llegar a San Francisco, y podía resultar sospechoso en extremo que mi primera visita fuese al edificio del Chasse Bank en Market Street. Realicé antes otras visitas, que dada mi situación y antecedentes podían parecer mucho más lógicas y explicables.

Chandle me recibió con muestras inequívocas de alegría. Aseguró que estaba dispuesto a ayudarme si realmente deseaba cambiar de vida, y esperaba que lo hiciera en vista de lo sucedido a mi hermano. En previsión de que quisiera continuar como agente de seguros —sólo que ahora trabajando de verdad y no utilizando el nombre para encubrir otras actividades—, había seguido pagando mi apartamento y despacho de Kearney Street, del que no volví a preocuparme desde el día de mi detención.

—Todo está como lo dejaste —dijo al entregarme la llave—. Supe que Luther lo había conservado y no quise que lo perdieras a su muerte. Lo necesitarás como punto de apoyo para iniciar una nueva vida.

Le di las gracias, porque tenía cierto cariño al pisito; guardaba buenos recuerdos para mí y abrigaba muy pocas esperanzas de volver a él. Agradecí también al abogado que me entregase quinientos dólares para comprarme alguna ropa y vivir las primeras semanas. Y no me desagradó la perspectiva de conseguir otros mil, con los que no contaba, en un plazo de quince o veinte días.

—Se trata de una cuenta corriente que Luther tenía en el National Bank. Los reclamaré en tu nombre y tendrán que dártelos.

A Chandle le había sorprendido comprobar que mi hermano tenía tan poco dinero; lo atribuía a que gastaba mucho, sin preocuparse poco ni mucho del porvenir. No parecía sospechar la existencia de la caja de alquiler en el Chasse ni su contenido, y yo

juzgué conveniente no decirle una sola palabra por el momento.

—Después de tantos meses de encierro —agregó, sonriendo—, tendrás ganas de divertirme unos días. Y yo sé de una chica a la que no molestaría en lo más mínimo acompañarte.

Se refería a Pamela Jericó, su propia secretaria. Era una muchacha bonita, simpática, atractiva e inteligente. Un hermano suyo, compañero de estudios de Luther y Howard, había muerto heroicamente en los primeros meses de la guerra, y mi hermano convenció a Chandle para que colocara en su bufete a Pam, que entonces no pasaba de ser una cría larguirucha de quince o dieciséis años, con brazos y piernas que parecían los de una araña. Pronto experimentó, sin embargo, una completa metamorfosis, y a los veinticinco que ahora tendría admitía sin temor la comparación con las más rutilantes estrellas del firmamento cinematográfico.

La chica me gustaba, como gustaba a cualquiera que la miraba una sola vez; sobre mis posibles rivales y competidores, que debían ser muchos, yo tenía una gran ventaja: que no le era indiferente, sino todo lo contrario. Sólo tenía una pega: su decencia. Con ella uno podía pasar un rato divertido nadando en cualquier playa, yendo al cine y al teatro o cenando y bailando hasta una hora prudencial en algún club nocturno, pero nada más. Absolutamente nada más. Ni perdía jamás la cabeza bebiendo, ni toleraba que sus amigos se propasasen simulando haberla perdido.

—Hará feliz al hombre que se case con ella —oí decir en repetidas ocasiones a mi hermano Luther.

Yo no lo dudaba, pero no deseaba casarme. Pamela me encantaba para un ratito; reconocía que le sobraban inteligencia y belleza; que física y espiritualmente estaba cien codos por encima de todas las chicas que conocía. Por desgracia, no podía prescindir de las demás y me asustaba un poco su tendencia moralizadora y su afán por hacer de mí una persona decente en todas las acepciones de la palabra. O sea, dicho con mayor claridad, que yo veía en ella un peligro cierto de casamiento y procuraba curarme en salud, acompañándola pocas veces, y estas veces muy espaciadas entre sí.

Acepté, no obstante, la insinuación de Chandle a mi regreso de Mojave. Lo hice no sólo porque salir con Pam no constituía el menor sacrificio, sino porque me interesaba en aquellos momentos. Nadie que la conociese y me viera con ella sospecharía que yo

buscaba otra cosa que unas horas de honesto esparcimiento. Y al mismo tiempo que me divertía, podía informarme de cuánto quería saber; la chica, por su puesto en el despacho de Howard, debía estar enterada de cuánto me interesaba.

Fui con ella a cuatro o cinco sitios donde tenía la esperanza de tropezarme con Craig, en forma que el encuentro pareciese pura casualidad; pero fracasé por cuanto no logré echarle la vista encima ni a él ni a ninguno de sus secuaces. Como contrapartida tuve pleno éxito sonsacando a Pam. Lo mismo que Chandle, le muchacha estaba convencida de que a Luther le había matado el inspector Haggard; como su jefe se sorprendió al enterarse de que todo el dinero dejado por mi hermano era una cuenta corriente de poco más de mil dólares, igual que el abogado, ni siquiera sospechaba la existencia de la caja fuerte del Chasse Bank.

—Quizá —admitió un día— ese míster Lawrence, con el que trabaja como socio, logró quedarse con todo.

No la saqué de su error, naturalmente. No quería que nadie supiese una palabra del dinero que me aguardaba. Cuanto menos gente sospechara el destino que pensaba dar a parte de los cuarenta mil dolores, más seguro estaría.

Esperé, pues, unos cuantos días para despistar a cualquiera que vigilase mis pasos. Al final, una mañana salí temprano de casa, tomé y dejé tres taxis distintos para tener la seguridad de que nadie iba pisándome los talones, y al cabo penetré con paso presuroso en la sucursal del Chasse Bank en Market Street.

Tras mirar en todas las direcciones sin ver a ningún conocido, y luego de comprobar que llevaba la llave en el bolsillo y de que la caja fuerte alquilada a nombre de Dickson Carr era la número 345, bajé a los sótanos. Pronto estuve frente a la caja que me interesaba. Aparentando una absoluta tranquilidad, como quien hace algo perfectamente normal, hice girar la llave en la cerradura, mientras sentía un cosquilleo de emoción a lo largo de la columna vertebral.

Al abrir tuve que morderme los labios para no lanzar un grito de asombro. Una sola ojeada me bastó para descubrir que los montones de billetes que esperaba encontrar brillaban por su ausencia.

Temí haberme equivocado de número. Al minuto hube de reconocer que no había sufrido error de ninguna clase. En el

interior de la caja hallé varios documentos sin la menor importancia a nombre de Luther Armstrong. Era la caja alquilada por mi hermano, pero el dinero había desaparecido.

—¡Se me adelantó alguien! —exclamé rabioso—. Pero el que haya sido, y no tardaré en saber quién es, habrá adelantado algo más de lo que supone: la hora de su muerte...

III

CRIMEN EN PERSPECTIVA



—¿Y por cuál se inclina usted? —inquirí, anhelante.

—Por el primero, indudablemente —afirmó, convencido—. Las relaciones de Luther con Norris eran un poco tirantes, y no creo que cayese jamás en la tentación de confesarte dónde guardaba su dinero. Si no me lo dijo a mí, pese a la amistad y confianza que nos

—¿Y por cuál se inclina usted? —inquirí, anhelante.

unía, menos iba a decírselo al que consideraba como su mayor explotador y el peor de sus enemigos.

También, aunque por distintos motivos, había que descartar al inspector. En las filas del

F. B. I.,

no tenían cabida posible los ladrones. Haggard no le inspiraba personalmente la menor simpatía. Era un hombre seco, duro, brutal incluso, que desconfiaba de todo el mundo y por todas partes veía delincuentes. Sus métodos con los detenidos nada tenían de versallescos. Chandle había defendido a varios que conservaban un recuerdo indeleble de los interrogatorios a que les sometió Sthepen para arrancarles la verdad.

—Estoy seguro de que liquidó a tu hermano, como liquidaría por su gusto a cualquiera que se saliera de la Ley, sin el menor remordimiento de conciencia. Pero de eso a pensar que pudo lucrarse con un solo centavo media un abismo que el inspector no traspasaría por todo el oro del mundo.

Quedaba Lawrence únicamente. Llevaba muchos años trabajando con Luther, y a los dos les unía una fuerte amistad, pese a que disputaban con frecuencia por el reparto de los beneficios. Entre ambos no había secretos, aunque a veces uno y otro aparentasen lo contrario.

—Y usted cree que Craig le traicionó al final, ¿eh?

—¿Traicionarle? ¡De ninguna manera! Lawrence era con tu hermano todo lo leal que puede ser un tipo de su catadura. En más de una ocasión se comprometió seriamente para sacarle de algún apuro; incluso creo que se hubiera jugado la vida por salvar la de Luther. Pero una vez muerto su gran amigo...

Nada más lógico, dada su especialísima contextura moral, que hubiese procurado quedarse con los cuarenta mil dólares. En cierto sentido debía creerlos suyos; desde luego, se consideraría con mucho mayor y mejor derecho que yo. La única duda estribaba en que se hubiese enterado de la existencia de la caja fuerte y se hubiera podido hacer con una llave.

—Y ambas cosas estaban a su alcance —aseguró Chandle—. Luther vivía últimamente en el apartamento de Lawrence. Cuando mataron a tu hermano, Craig debió registrar sus cosas, y si encontró la llave, como es natural que la encontrase...

—Bien —dije, resuelto, poniéndome en pie y dando por terminada la entrevista—. Voy a buscarle, y por las buenas o las malas tendrá que devolverme hasta el último centavo.

Howard se asustó un poco al oírme; se asustó por mí, como no tardó en decirme. Temía que en un choque con Craig me tocara llevar la peor parte, porque Lawrence tenía siempre a su alrededor a tres o cuatro sujetos de nada recomendables costumbres. Y aun en el caso de que nos peleásemos y fuera yo el vencedor...

—Sólo conseguirías que volvieran a encerrarte, ahora para una temporada mucho más larga.

—¿Y qué voy a hacer? —pregunté, irritado—. ¿Cruzarme de brazos y dejarle disfrutar alegremente de un dinero que me pertenece, por miedo a que se ofenda si se lo reclamo?

—No. Hacer las cosas con cabeza, sin acaloramientos ni irritaciones. O, mejor aún, dejar que sea yo quien las haga.

Discutimos un rato. No me parecía leal, aunque resultara cómodo permitir que me sacara las castañas del fuego. Era yo, como principal interesado, quien debía moverse y actuar. Al final llegamos a un acuerdo. Yo iría a ver a Craig para plantearle de cara la cuestión; pero dejaría que antes le hablara Chandle.

—Me odia con todas sus fuerzas, aunque sólo sea por la seguridad de que le pago en la misma moneda. Pero precisamente por considerarme enemigo le harán mayor efecto mis palabras.

El abogado pondría a Lawrence en una dramática disyuntiva: o devolvía los cuarenta mil dólares sacados del Chasse Bank o se enfrentaría a una denuncia por robo que Howard presentaría. Carecía de pruebas materiales en que apoyarla, pero...

—Teme demasiado a que la Policía se fije en sus manejos, y mi denuncia atraería sobre él la atención general. Sabe además que si yo intrigo un poco y azuzo al inspector Haggard, que está deseando darle un disgusto, no lo pasará nada bien. Incluso cuarenta mil le parecerán un precio módico por cerrarme la boca.

Me indicó dónde podía encontrar con toda seguridad a Craig. Durante los meses que yo permanecí encerrado había cambiado bastante de costumbres y de táctica. Seguía siendo el mismo en el fondo, pero pretendía hacerse pasar por un hombre de negocios que, olvidando las turbulencias de su pasado, se ganaba honradamente la vida. Por las noches frecuentaba el

Coppa's

y el Peacock —dos elegantes clubs nocturnos donde hasta entonces no se me había ocurrido buscarle—, aunque era preferible que le abordase en las oficinas del Coast Truck Company, una empresa de transportes de la que era director-gerente.

—Ocupan casi toda la planta duodécima de un rascacielos sito en Broadway Polk Street. Te sorprenderá un poco el lujo con que aquello está montado; pero acaso te asombre más ver convertidos en oficinistas de aspecto inofensivo a algunos de tus viejos amigos. De cualquier forma —se apresuró a añadir—, no te olvides de que su aire pacífico no pasa de ser una máscara y que no te conviene alborotar, porque siguen siendo tan peligrosos como antes.

Quedamos de perfecto acuerdo. Chandle iría por delante para preparar el terreno y hacer mucho más fácil mi cometido. Era probable que Craig no quisiera verme y hasta que hubiese advertido a sus secuaces para que no me dejasen llegar a su despacho. Cambiaría de actitud, naturalmente, luego de escuchar al abogado.

—Di que Lawrence te espera e insiste en entrar, aunque Stoker o Buddy traten de impedirlo. Espero que logres convencerlos. Pero renuncia a verle antes de pelearte con ellos. A puñetazos no se arregla nada y podría estropearse todo. ¡Y no se te ocurra coger un arma! En libertad bajo palabra como estás, te costaría muy caro.

Agradecí muy de veras su ayuda y consejos y seguí las instrucciones que me dió al pie de la letra. Aunque estaba en un bar de Polk Street frente a la entrada del rascacielos desde las diez de la mañana y vi a Chandle entrar a las once y media como me había anunciado, no le seguí hasta una hora después. Al mediodía se irían a almorzar casi todos los empleados, y treinta minutos más tarde era el mejor momento para abordar a Craig a solas y sin testigos inoportunos y molestos.

Me hubiese agradado ver salir al abogado antes de penetrar yo y saber en qué actitud se había colocado Lawrence frente a mis exigencias. Pero a las doce y media, en vista de que no salía, y dando por descontado que aquello significaba que Craig se mostraba dispuesto a discutir y que Howard se había quedado a su lado para apoyar mis argumentos, penetré en el ascensor y subí a la planta duodécima.

Vi a la derecha una puerta sobre la que se leía el nombre de la

Coast Truck Company, y sin la menor vacilación abrí y entré. Me encontré entonces en un gran salón de oficinas con diez o doce mesas y algunas máquinas de escribir o calcular sobre ellas; pero junto a las que no aparecía nadie. Era indudable que los empleados se habían marchado a almorzar y no volverían hasta una hora u hora y media después. Divisé al fondo otra oficina más pequeña, y suponiendo que Craig se encontraría allí cerré la puerta de la escalera a mi espalda y avancé tranquilamente.

—¿Quién anda ahí? —preguntó de pronto una voz que no me pareció desconocida.

Sin molestarme en responder crucé el salón y penetré en la habitación inmediata. Era un antedespacho amueblado con lujo no exento de buen gusto, con una puerta a la derecha sobre la que se leía el nombre de Craig S. Lawrence y la palabra «President». Quise dirigirme hacia ella, pero se cruzó en mi camino el individuo que había hecho la anterior pregunta, y que resultó mi antiguo conocido Buddy Rogers.

—¡Más despacio, muchacho! —dijo, con su eterno aire de perdonavidas—. Ahí dentro no se te ha perdido nada. ¡Ni aquí fuera tampoco!

Tuve intenciones de contestarle adecuadamente. Logré dominarme recordando los cuerdos consejos de Chandle y la conveniencia de evitar pependencias. Con toda moderación repuse que deseaba ver a Craig.

—Pero Craig no quiere verte a ti —me interrumpió, desdeñoso—. De forma que cuanto antes te largues, mejor para todos.

—¿Y si me estuviera esperando? —pregunté, procurando cargarme de paciencia:

—¿A ti? ¡No sueñes despierto, Dale! Ni a él ni a nosotros nos interesa verte. Todos somos ahora personas respetables, y tú...

—¿Qué? —salté, impetuoso, sintiendo que la sangre se me subía a la cabeza.

—No pasas de ser un vulgar presidiario cuyo contacto mancha a caballeros tan honorables como míster Lawrence.

Se hinchaba como un pavo real al hablar y me medía de pies a cabeza con una mirada cargada de asco y desprecio. Apreté instintivamente los puños, y sólo un milagro le libró de recibir el primer puñetazo en aquel instante.

—¡Déjate de tonterías, Buddy! —Gruñí, irritado—. De sobra sabes que todos estamos metidos en el mismo asunto.

—Padeces un grave error, muchacho —contestó, ofensivo—. Ni el jefe ni yo estuvimos jamás metidos en nada con tipos de tu calaña. ¡Y basta de hablar! O te vas de una vez o te echo a patadas. ¡Elige pronto!

El asombro me impidió articular palabra por espacio de medio minuto. Buddy era un pistolero profesional, un asesino cobarde, con tres o cuatro muertes sobre su conciencia. Pero en el fondo, y pese a sus alardes matonescos, no pasaba de ser un cobarde que cambiaba de color en cuanto alguien le hacía cara. En dos ocasiones distintas le hice comerse algunas frases ofensivas para mí; una de ellas, en unión de cuatro o cinco dientes.

Era un tipo de seis pies de estatura y doscientas libras de peso, pero tenía más grasa que músculos y mucha más cara que corazón. Resultaba inconcebible que, conociéndome, me hablase en aquel tono, ni aun sabiéndome desarmado y llevando una pistola en el bolsillo.

—¿Echarme a patadas tú? —pregunté, cuando salí de mi estupor.

—Sí —repuso—. Y para que veas que cumplo mi palabra, toma...

Alzó la mano tratando de asestarme una bofetada, pero sus movimientos eran lentos y yo estaba esperando algo semejante. Paré el golpe sin dificultad alguna y le cogí por el cuello, casi levantándole en vilo a pesar de su corpulencia.

—¡Eres muy poca cosa para echarme a mí de ningún sitio! —dije, sonriente, viéndole cambiar de color—. Si tuvieras dos dedos de sentido común...

—¡Suéltame, o disparo! —me interrumpió con un brillo amenazador en las grises pupilas.

Advertí entonces que apretaba contra mi pecho el cañón de una pistola que había sacado mientras le cogía del cuello. No tuve más remedio que soltarle, seguro de que el miedo a que le estrangulase le induciría a apretar el gatillo. Cuando se vió libre de la presión de mis manos galleó, fanfarrón, sin dejar de apuntarme:

—¡Tú sí que eres poco para mí! Vas a levantar ahora mismo los brazos y voy a estar dándote bofetadas hasta que se me canse la

mano. Y si te mueves siquiera...

Me pegó las dos primeras, porque yo aguardaba una oportunidad para devolvérselas. La tercera no llegó a dármela nunca. Confiado por el aire resignado con que sufrí sus golpes, creyéndome vencido e incapaz de reaccionar —seguramente porque de estar cambiados los papeles él no hubiese tenido arrestos para intentarlo—, dejó de apuntarme una fracción de segundo. Resultó suficiente.

Mis dos manos se cerraron en torno a su muñeca. Se la retorcí con violencia hasta hacerle soltar la pistola. Luego, volteándole limpiamente por encima de la cabeza, le tiré de espaldas contra la pared del fondo. El golpe le dejó medio inconsciente y pude agacharme sin la menor prisa y recoger el arma que acababa de perder.

Parado en el centro de la habitación, con la pistola en la mano, contemplé, sonriendo desdeñoso, cómo, se incorporaba Buddy, con el rostro contraído en un gesto de dolor y en los ojos brillándole toda la rabia de su impotencia.

—Debías pensar un poco en las consecuencias —le dije— antes de enfrentarte con un hombre de veras. Con todos tus alardes, no pasas de ser un montón de basura.

Se pasó la mano por la cabeza y luego se la llevó a los riñones, que debían dolerle a consecuencia de la caída, pero no respondió una sola palabra. Volviéndole la espalda me dirigí hacia la puerta del despacho de Craig, diciendo a modo de despedida:

—Podría matarte con toda impunidad, o acabar de romperte la cara. No merece la pena. Me mancharía las manos, y tú...

—¡Yo sí te mataré! —chilló, rabioso y descompuesto—. ¡Y será ahora mismo!

Di media vuelta, sorprendido por las palabras, y más aún el tono en que las pronunciaba. Al hacerlo me estremecí de pies a cabeza. Buddy tenía ahora otra pistola en las manos, sacada no sé de dónde, y pretendía emplearla contra mí.

La empleó antes de que yo saliera de mi estupor. Apretó el gatillo y escuché junto a la detonación el silbido nada tranquilizador de una bala. Tornó a disparar y un trozo de plomo pasó rozándome la cabeza. Experimenté verdadero terror. Aquel imbécil tiraba a dar; me mataría si le dejaba seguir probando su

puntería conmigo.

El instinto de conservación se sobrepuso a todo. Olvidé en una décima de segundo mis buenos propósitos y los consejos de Chandle, Me enfrentaba de lleno con una disyuntiva trágica: había que elegir entre su vida y la mía. La elección no era ni podía ser dudosa.

Tiré con rapidez, sin apuntar antes con cuidado, sin mirar casi. O acaso miré y apunté de una manera maquinal e instintiva. El hecho cierto es que tuve mejor puntería que en ningún otro trance de mi vida. Los dos disparos dieron donde yo deseaba en aquel instante de pánico y acaloramiento.

Buddy soltó el arma que empuñaba, se llevó ambas manos al pecho, abrió unos ojos como puños y de sus labios se escapó un alarido lastimero; luego dió media vuelta sobre sus pies y cayó de bruces, quedando inmóvil en el suelo, en tanto que su agitada respiración se transformaba en un estertor agónico que no tardó en cesar por completo.

—¿Qué he hecho? ¡Dios mío! —exclamé, angustiado—. ¿Qué he hecho?...

Quedé espantado, mirando atónito el cuerpo de Buddy Rogers, con una sensación de ahogo en el pecho y una terrible confusión de ideas y pensamientos dentro de la cabeza. No era la primera vez que mataba a un hombre; fueron varios los japoneses que vi caer bajo mis disparos en las Salornons e

Iwo-Jima;

pero esto era totalmente distinto y cien veces más espantable.

Permanecía inmóvil, con la pistola en la mano y los brazos caídos a lo largo del cuerpo, cuando llegó la gente. La puerta del despacho se abrió de golpe, y salió Craig, seguido de Chandle. El abogado me miró a mi primero y luego a Buddy, tendido en el suelo, y de su garganta se escapó un grito de espanto:

—¡Qué barbaridad! ¡Estás loco, Dale!

—Loco o cuerdo —comentó Craig, con una mueca en el rostro—, lo que acaba de hacer le costará muy caro. Cuando le coja la Policía...

—¡No me cogerán! —repliqué, airado, saliendo de mi abstracción—. Tengo un arma en la mano, y el que se cruce en mi camino...

—¡Quieto, Dale! —dijo entonces una voz amenazadora a mi espalda—. Si tardas dos segundos en soltar el «cacharro», te vuelo la sesera. Y no me gusta amenazar en balde...

Sentí en la nuca el frío del acero y reconocí sin vacilaciones al que me hablaba. Era Bruce Stoker, amigo entrañable de Buddy y cien veces más peligroso que él. Tenía menor estatura y corpulencia, pero mucho peores intenciones. Miré hacia atrás y vi que no había escapatoria posible. Además de Bruce, que me encañonaba, aparecían dos tipos de aire siniestro, surgidos como él de no sabía dónde.

—¡Deprisa, o le doy gusto al dedo! —apremió.

No tuve más remedio que dejar caer la pistola, que Craig se apresuró a recoger, aunque teniendo un cuidado exquisito en asirla por el cañón y utilizando un pañuelo para no dejar marcadas sus huellas ni borrar las mías.

—¡Mal negocio, Dale! —murmuró Craig—. Apenas cumples una condena, ya te ganas otra mayor. Parece que tienes mucha prisa en volver a Mojave...

—Quizá no vaya tan lejos —le interrumpió con aire desolado Chandle, que se había arrodillado junto al cuerpo de Buddy—. Esto es mucho peor de lo que suponemos. Rogers ha muerto...

—¿Muerto? —pregunté, sintiendo un nudo en la garganta.

—Sí —replicó el abogado, incorporándose—. Tus balazos debieron partirle el corazón.

—¿Le sacudo ya, jefe? —inquirió Bruce, cuyos ojillos, ligeramente bizcos, tenían un brillo siniestro.

—¡Calma, un poco de calma! —repuso Craig—. Pensemos un poco y veamos lo que nos conviene hacer...

—Sólo puede hacerse una cosa —afirmó, pálido por la impresión recibida, Chandle—. Llamar en el acto a la Policía. Voy a telefonar al Precinto más próximo...

—¡Deje en paz a la Policía! —chilló Craig—. No me gusta que meta las narices en mis asuntos.

—Le guste o no le guste —repuso con firmeza el abogado—, no hay otro camino. Telefonaré yo mismo, ya que ustedes no parecen muy dispuestos a hacerlo.

—¡Estese quieto, estúpido! —gritó, descompuesto, Lawrence—. Y tú, Bruce, convéncele de que no haga tonterías.

Stoker no se hizo repetir la orden. Pistola en mano avanzó hacia Howard, impidiéndole tocar siquiera el teléfono. Amenazador, gruñó:

—¡Obedezca, amigo! Lo que haya que hacer, lo haremos nosotros. Usted se estará quietecito si sabe lo que le conviene. ¿Enterado?

—Pero yo creo...

—Usted no cree nada —le interrumpió Craig—. ¿No me dijo que venía a interceder por Dale? ¿No era amigo de su hermano? ¡Pues lo menos que puede hacer es no meter la pata para mandar al chico a la cámara de gas! ¿O es eso lo que pretende?

—¡Desde luego que no! Sin embargo...

—¡Entonces, cierre la boca y quédese quietecito! Esto no le afecta de una manera directa. Usted ni ha visto nada ni sabe nada.

Chandle quiso decir algo, pero un gesto imperioso de Bruce le obligó a callar. Con aire resignado se cruzó de brazos. Yo respiré aliviado. Por una vez estuve de acuerdo con Lawrence y sus secuaces. Admiraba la decisión y honradez del abogado, pero si le dejaban hacer lo que pretendía me hubiese dado el mayor de los disgustos. No me hacía demasiadas ilusiones respecto a lo que pretendían los otros, poco inclinados seguramente a perdonarme la muerte de Buddy; no obstante, peor sería ver aparecer a la Policía.

Dueño absoluto de la situación, Craig daba con rapidez sus instrucciones:

—Vosotros dos —y señaló a los acompañantes de Stoker—, llevaos el «fiambre» sin que nadie lo vea. Tú, Bruce, quédate aquí sin perder de vista a míster Chandle, para que no telefonee ni haga bobadas. Y tú...

—¿Qué? —preguté, viendo que vacilaba en proseguir.

—Pasa a mi despacho —decidió—. Tenías interés en hablarme, ¿eh? ¡Pues ahora soy yo quien tiene algo que decirte! Entra...

Dudé un instante, mirando indeciso en todas las direcciones. Los dos sujetos, cuyos nombres ignoraba, se disponían a llevarse al cuerpo sin vida de Buddy Rogers sin soltar la pistola que empuñaba, Bruce vigilaba los menores movimientos del abogado, que, sumido en una profunda confusión, no sabía qué hacer ni decidir.

—Nada de esto me parece muy legal —afirmó, desconcertado—. Mi obligación...

—Su obligación —tornó a interrumpirle, indignado, Craig— es no estropear las cosas y no decir una sola palabra. Si se le ocurre hacerlo...

Hizo una breve pausa, como esperando alguna pregunta de Howard; viendo que guardaba silencio, concluyó:

—Tampoco sería muy legal; pero tenga la seguridad de que si se fuera de la lengua alguien le agujerearía la piel. ¿Cree que un tipo como Buddy merecía tanto?

Sólo cabía una respuesta posible, y un poco a regañadientes la dió Chandle. En realidad, no podía esperarse otra cosa de él. Aunque honrado e inteligente, no tenía temple de héroe ni madera de mártir, y hubiera necesitado ambas cosas para desdeñar las amenazas del grupo de pistoleros que tenía enfrente.

—Asunto resuelto —dijo, satisfecho, Lawrence—. Ahora vamos a arreglar nuestras cuentas tú y yo.

Tuve que entrar con él en su despacho. Con un gesto me invitó a sentarme a unos pasos de la mesa. Tomó asiento a su vez, y luego de guardar en un cajón, bien envuelta en un pañuelo, la pistola empleada por mí para matar a Buddy, sacó otra con la que me encañonó, diciendo:

—Así hablaremos mejor. Yo estaré más seguro y tú no caerás en la tentación de hacer nuevas locuras. ¿Qué te parece?

—Bien —repuse—. Al llegar, nada tenía contra Buddy ni nada intenté. Fué él quien me provocó, pegándome primero y disparando después. Incluso el arma con que le maté era suya y se la quité de las manos.

—Seguro —admitió Craig—. Sólo existe una pega: que no habrá manera de comprobar si la pistola la compró él o la adquiriste tú. Y como él está muerto y en la culata del arma aparecerán únicamente tus huellas...

—¿Qué pretendes insinuar? —pregunté, alterado, haciendo ademán de incorporarme.

—¡Quieto, Dale! —ordenó, mientras me encañonaba—. Conmigo no repetirás lo de Buddy. ¡Siéntate! Así; ahora contestaré a su pregunta. No insinúo nada; afirmo que mataste a Rogers.

—En defensa propia —protesté—, y contestando a una agresión suya.

—Quizá, aunque tendrías que probarlo primero, y sería un poco

difícil. Pero aun en el caso de que lo probases, un homicidio estando en libertad bajo palabra te costaría por lo menos quince o veinte años de encierro. Si alguien llamase ahora a la Policía...

—¿Piensas hacerlo?

—Depende de que aceptes o no mis condiciones. Y no tendría que molestarme siquiera en avisar yo; bastaría que dejase en libertad de hacer lo que su conciencia le dicta a tu buen amigo y defensor Howard Chandle para que antes de media hora estuvieras en un calabozo acusado de asesinato.

—¿Cuáles son tus intenciones? —inquirí, reconociéndome vencido, sabiendo que era verdad cuanto acababa de decir.

—La primera, que cojas esa pluma y ese papel, redactes de tu puño y letra y firmes después una confesión de haber matado a Buddy Rogers hace cinco minutos.

—¿Para entregársela a la Policía o al District Attorney?

—Para guardarla yo como garantía de que nada intentarás contra mí y harás siempre lo que te mande. ¿Está claro?

—Diáfano —repliqué—. ¿Y si me niego?

—Lo sentiría por ti, porque llamaría inmediatamente al Precinto policíaco de Van Ness Avenue y denunciaría lo que acaba de pasar. Tú veras lo que te conviene.

—No firmaré —repuse tras un minuto de reflexión.

—Perfectamente —dijo Craig, con una sonrisa irónica—. Yo quería hacerte un favor. ¡Allá tú si lo rechazas! En realidad, no hace falta esa confesión. Con decir lo que ha pasado, entregar la pistola con tus huellas y pedir aclaración a Chandle, Stoker y los muchachos habrá más que suficiente.

Mientras con la mano derecha sostenía la pistola, con la izquierda había descolgado el auricular y estaba marcando un número. Habló luego sin dejar de mirarme ni soltar el arma:

—¿Estación de Policía? Quiero hablar con el teniente Rice. ¡Ah! ¿Es usted, Cáster? Pues verá, teniente. Quisiera...

—¡Basta, Craig! —salté sin poderme contener; estaba angustiado y sudaba copiosamente—. ¡No sigas! Firmaré lo que quieras...

Lawrence había tapado el microteléfono para que al otro extremo del hilo no pudieran oír lo que decía. Sonrió satisfecho al escucharme. Hizo un gesto de asentimiento y tornó a hablar por teléfono.

—No, Cáster, no: desde luego, no es nada urgente. ¿Que irá esta noche? Bien; se lo contaré entonces. Espero que le divertirá oírme. ¡Hasta luego!

Colgó el auricular y con un gesto me invitó a acercarme a la mesa, aunque siempre a la suficiente distancia para que no pudiese arrojarme sobre él.

—Escribe lo que voy a dictarte.

Lo hice. Era una declaración explícita y terminante. Como en ella no argüía para nada la legítima defensa ni consignaba que Buddy hubiera disparado primero, ni que el arma manejada por mí era suya, bastaría para que cualquier Jurado diese un veredicto de culpabilidad por homicidio en primer grado. La leyó y se la guardó, satisfecho.

—Ahora dime lo que querías —me invitó.

No tenía muchos deseos de hablar. Cualquier posibilidad que tuviera de que acabara devolviéndome los cuarenta mil dólares debía considerarla como definitivamente desvanecida. Pudiendo mandarme a presidio o a la cámara de gas con sólo mover un dedo, no se iba a dejar amedrentar por mí para devolverme el dinero sacado del Chasse Bank. Se lo dije no obstante. Moviό la cabeza en gesto negativo.

—¿No quieres darme el dinero? —preguntó, sin demasiada sorpresa.

—No te lo daría de ninguna manera —respondió en tono de absoluta franqueza—. Pero mucho menos no habiéndolo cogido.

—¿Que no lo cogiste?

—No. Ahora, con la declaración que tengo en el bolsillo podría admitir sin el menor riesgo haber dejado vacía la caja de alquiler de Luther. Pero la verdad, la única verdad, es que ignoraba su existencia hasta que tu amigo Chandle vino a decírmelo hace una hora.

Reconocía que había buscado con interés dónde podía tener mi hermano aquellos miles de dólares, suponiendo que fuesen bastante más de cuarenta. Había fracasado. Buscó en tres o cuatro sitios donde Luther había vivido; apretó las clavijas a una de sus amigas; husmeó por todas partes y no consiguió nada.

—No fui yo, y no por falta de ganas —concluyó—, quien encontró el dinero y se quedó con él.

—¿Quién, entonces?

Craig tardó en responder. Al parecer, hablando con Chandle, habían discutido la posible personalidad del ladrón. El abogado se resistía a creer que no hubiese intervenido en el despojo; yo, en cambio, tendría que creerle.

—Para mí solo pudieron ser dos personas —repuso al cabo—. O el inspector Haggard o Emerson Norris.

Pero inmediatamente, e igual que había hecho Howard, descartó al inspector. Le odiaba con todas sus fuerzas y daría con gusto unos años de vida con tal de verle desaparecer sin dejar rastros. No quería engañarse ni engañarme, sin embargo, sosteniendo ni un solo minuto que Haggard pudo quedarse con nada que no le perteneciera.

—En ese caso, no queda más que Norris.

Me costaba creer que un personaje como Emerson Norris, que ocupaba los más altos puestos y nadaba materialmente en dinero, pudiera haberse ensuciado con lo que para él no pasaba de ser una cantidad minúscula. Craig opinaba de manera opuesta.

—No conoces a Emerson —dijo, sonriendo—. Es un avaro sin entrañas. Por un solo dólar dejaría matar a cualquiera, sin que le remordiera la conciencia. ¿Qué tiene millones? ¡Seguro! Pero ¿cómo crees que los ha reunido?

Contó algunas cosas que yo conocía y otras que ni siquiera sospechaba. Norris era un logrero sin entrañas ni escrúpulos. Ningún procedimiento le parecía recusable si le permitía embolsarse algún dinero. Había intervenido en los negocios más sucios, siempre con la habilidad precisa para que fueran otros quienes diesen la cara. Exprimía a la gente hasta sacarla todo su jugo. Luego, cuando empezaban a ser un peligro para él, la sacrificaba con entera frialdad.

—Luther y yo llegamos a saber más de lo que le convenía. Por eso le pasó a tu hermano lo que le pasó; lo que puede sucederme a mí el día menos pensado.

—Pero ¿no fue Haggard quién le liquidó? —pregunté, sorprendido.

—Materialmente, sí; de eso no cabe la más ligera duda. Moralmente... ¿Quién sino Norris pudo proporcionar al inspector datos que sólo él y nosotros conocíamos y que le permitieron

estrechar el cerco en torno a Luther? ¿Quién ha podido ponerle sobre mi pista, facilitándole informes capaces de colocarme en un grave aprieto?

Parecía que Haggard le tenía ya medio acorralado; igual que tuvo a Luther unas semanas antes de su muerte. Más desconfiado y astuto, Craig había tomado algunas precauciones y las cosas contra él no estaban tan claras como estuvieron contra mi hermano. La misma compañía de transportes en cuyas oficinas nos encontrábamos, constituía una buena tapadera. De cualquier forma, si Norris continuaba facilitando informes al inspector, éste acabaría cogiéndole.

—Créeme —añadió con rabiosa sinceridad—, que si alguien le liquidase me haría el mejor de los favores.

Adiviné sus intenciones, pero quise aclararlas con una pregunta concreta. Al hacerme firmar la confesión de la muerte de Buddy había aludido a ciertas contradicciones. Hasta entonces no me había dicho en que consistían. ¿No estaría entre ellas el asesinato de Haggard?

—Es algo que entra en mis cálculos —reconoció sin rodeos—. Pero sólo como una remota posibilidad, y en el caso de que no quede otra solución. Sin embargo, preferiría no tener que darte esa orden.

Desnudó por entero su pensamiento. Con un hombre al que tenía en sus manos no necesitaba andarse con rodeos ni disimulos. El inspector constituía un grave peligro, que estaba dispuesto a suprimir de la forma que fuese. De considerarlo imprescindible me daría la orden de acecharlo cualquier noche al volver a su casa y meterle un cargador en el cuerpo; a mí no me quedaría otro remedio que obedecer.

—Es posible que te cojan y te condenen; pero es seguro que te condenarían sin la menor esperanza de salvación en cuánto pusiere en manos de la Justicia tu confesión de la muerte de Buddy. Y como entre posible y seguro la elección no es dudosa, elegirás, naturalmente, lo que a mí me conviene más.

Con todo, aquella perspectiva no acababa de satisfacerle. Entrañaba algunos riesgos. Al detenerme a mí, cabía que alguien me relacionase con él; incluso que yo, al verme perdido, hablase acusándole. Confiaba en arreglar las cosas de forma que nadie me

creyera aunque dijera toda la verdad. Sin embargo, siempre representaría un peligro que sería tonto desdeñar.

—Me gustaría más otra solución.

—¿Cuál?

—Que fuese Norris quien le liquidase; especialmente si el crimen acababa costándole la vida.

Hice un gesto de escepticismo. Que el inspector y Norris se destruyeran mutuamente sería magnífico para Craig; pero no creía que existiera la menor posibilidad de que sucediera tal cosa.

—Pues existe, y mayor de lo que supones —aseveró.

Cumplidor escrupuloso de su deber, excediéndose incluso en muchas ocasiones, Haggard era implacable en su lucha contra el delito y los delincuentes. Utilizaba a los confidentes, pero procuraba que sufrieran al final la misma suerte que los amigos a quienes traicionaban. Para él, carecía de importancia la posición social del que se salía de la Ley, porque a todos los medía por el mismo rasero. Si acaso extremaba el rigor con los que estaban más altos. Lo que hizo con Luther y conmigo constituía una buena prueba; a mi hermano le trató con cien veces mayor dureza que a mí.

—Llegado el caso, a Norris le tratará todavía peor. Y el caso puede llegar en cualquier momento.

Pagando a Emerson en la misma moneda de traición, estaba proporcionando al inspector de una manera anónima datos e informes terriblemente acusatorios contra el famoso «alderman». Su treta empezaba a dar frutos, porque ya Haggard había tenido tres o cuatro choques con Norris.

—Cuando nuestro amigo se vea en peligro, y se verá muy prontito, tratará de eliminar al inspector. Espero que lo consiga —concluyó con una risita siniestra— y que le manden a la cámara de gas por haberlo conseguido.

El plan, maquiavélico, me hizo mirarle sorprendido y desconcertado. Hasta entonces no había supuesto que Craig tuviera inteligencia para tanto. Era una de las muchas cosas que descubría a mi vuelta del presidio y que ni siquiera había sospechado antes.

Pero todo aquello me dejaba un poco al margen. Si Norris terminaba con el inspector y su crimen le costaba la vida, ¿para qué me necesitaba Craig? ¿Por qué estaba dispuesto a perdonarme la muerte de uno de sus más fieles esbirros y para qué se había

tomado la molestia de hacerme firmar una confesión explícita?

—Para tenerte en mis manos —reconoció, con entero cinismo—. ¿Que también tenía a Buddy? Sí; pero con la diferencia de que a ti te tengo cogido por el cuello, y él me tenía a mí. Sabía demasiado, y eso siempre es un peligro. Además, le aterraba la perspectiva de liquidar a Haggard. Tú, en cambio...

—¿Crees que no me asusta?

—Pero harás lo que te mande, aunque te asuste. Más aún: lo harás con gusto, porque el inspector liquidó a tu hermano. ¿Lo has olvidado, acaso?

—No lo olvidaré mientras viva —repliqué, acalorado.

—Mejor; ese recuerdo contribuirá a que no te tiemble el pulso. Como ves —añadió, sonriendo—, todo son ganancias para mí con la muerte de Buddy. Tú vales cien veces más que él, y me serás infinitamente más útil.

Había poco más que hablar. Yo di mi asentimiento a cuánto dijo Craig. Quedaría a sus órdenes, y haría cuánto me mandase, puesto que no me quedaba otra solución. Dándome una palmada amistosa en la espalda, aseguró que no tendría que arrepentirme.

—Ganarás a mi lado más que ganaste hasta ahora. Y con menos riesgos.

—¿También en lo que respecta a Haggard?

—Eso espero que nos lo resuelva Norris. Por cierto, que debes pasarte esta noche por el

Coppa's;

es un sitio divertido, aunque caro. Toma —añadió, dándome unos billetes—, y lleva contigo alguna chica agradecida. Es probable que veas algo interesante.

Afirmó que Emerson era dueño del famoso restaurante y club nocturno, aunque otro apareciera como propietario. Norris no dejaba de ir por allí una sola noche, y aquella...

—Quizá haya quien le dé un pequeño disgusto. Aparte del que le proporcionará verte, si supone que estás enterado de que se quedó con los cuarenta mil.

Quedaba un solo punto por aclarar y solucionar: la actitud de Chandle. ¿Insistiría aún en denunciar a la Policía la muerte de Buddy? Para salir de dudas, Craig le hizo entrar en el despacho, y le habló en tono duro y amenazador. El abogado se resistía a empeñar

su palabra de honor de que no contaría nada de lo sucedido. Al final, vencido por las amenazas de Lawrence —a las que me sumé sin vacilaciones, olvidando que si Howard estaba allí era únicamente por hacerme un favor—, juró lo que quisimos, si bien fué menester que mi nuevo jefe le pusiera en el pecho el cañón de una pistola.

—Está bien —dijo, pálido como la muerte y tragando difícilmente saliva—. No voy a suicidarme por algo que no me importa. ¡Juro que no saldrá de mis labios uní sola palabra acerca de Buddy Rogers, y que si alguien me pregunta, simularé una completa ignorancia!

—Y yo —afirmó Craig—, que haré que le maten como un perro si falta a su juramento.

Daba pena el aspecto del abogado en aquellos momentos. Ya he dicho que nunca fué valiente, y supongo que jamás pasó peor rato que aquél en todos los días de su vida. Que con todo su miedo resistiese tanto a las amenazas de Lawrence y a las mías, ya indicaba bien a las claras su profundo respeto a la Ley y lo rígido y rectilíneo de su conciencia. En mi fuero íntimo sentí admiración por él, aunque celebré muy de veras que al final prometiese solemnemente callar la boca y, más aún, que el temor a ser asesinado sellara sus labios.

¿Por qué cuento ahora todo esto? Porque ya no me importa contarlo, desde luego. Sé que no tengo salvación posible; que mañana, esta noche tal vez, me llevarán a la cámara de gas. No podrán volver a meterme en ella porque confiese haber matado a Buddy Rogers, como no podrían hacerlo aunque reconociera haber matado a cincuenta más. A Chandle no le causo con ello el menor perjuicio, porque su actitud fué más digna y heroica que habría sido la de la mayoría de las gentes. ¿Que Craig, en cambio, puede aparecer como encubridor? No me preocupa en lo más mínimo. No estoy muy seguro de que jugase limpio conmigo, y no sentiría nada malo que pudiera pasarle. Pero no le pasaría nada. Es demasiado listo para no tener bien atados todos los cabos a estas alturas.

Pero volvamos a mi relato. No creo que me queden muchas horas de vida, y si empiezo con digresiones me expongo a no llegar al final. Decía que logramos convencer al abogado de que cerrase la boca, ante la perspectiva de cerrársela con plomo si pretendía

hablar. Craig nos había invitado a un «martini», para celebrar la decisión, cuando sonó el teléfono. Alguien, que tenía apostado en la portería, le avisaba de que el inspector Haggard subía en su busca.

No le preocupó lo más mínimo, porque aseguró haberle citado a aquella hora. Me figuré que sería para lanzar alguna acusación contra Norris, aunque se abstuvo de decirlo. Aún charlamos unos minutos, y al despedirnos me dió un consejo:

—¡Cuidado con lo que haces, Dale! Ya sé que tienes motivos para odiar al inspector, pero es preciso que lo disimules. ¿Entendido?

—¡No hagas locuras! —me aconsejó, por su parte, Chandle—. Olvida lo de Luther. Haggard es mal enemigo, y si te enfrentas con él...

Asentí con una inclinación de cabeza. Lawrence nos abrió la puerta del despacho, y salimos a la misma habitación donde había tenido lugar mi pelea con Buddy. El cadáver había desaparecido, pero no pude evitar un estremecimiento al encontrarme allí. Doble estremecimiento, porque junto a Bruce Stoker, que se había guardado la pistola y en cuyos labios florecía la mejor de sus sonrisas, aparecía un tipo inconfundible e inolvidable para mí: el inspector Stephen Haggard.

Por fortuna, no me miraba en aquel instante. Nos daba la espalda y examinaba con gesto receloso unas manchitas claramente visibles en el punto mismo en que cayó Buddy.

—Parece sangre —le oí murmurar, pensativo, y mi mano fué instintivamente al bolsillo donde había guardado una pequeña «*browning*», que Craig me dió una vez que estuvimos de perfecto acuerdo.

—¡Siempre viendo visiones, inspector! —exclamó, burlón, Stoker—. Es tinta, un poco de tinta encarnada...

—Sí; debe serlo —repuso, no muy convencido, Haggard, que se había agachado para examinar las manchas—, aunque la verdad...

Se interrumpió, porque al incorporarse su mirada tropezó con la mía. Me contempló en silencio unos segundos. Al cabo, ofensivo y brutal, me interpelló:

—Te soltaron ya, ¿eh? Todos los granujas tienen suerte. Debiste pudrirte en Mojave, y sales al año. ¡Bien, bien! Acaso sea mejor así, porque dentro estabas relativamente seguro, y fuera puede ocurrirte

lo que a tu hermanito...

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza, y apreté con fuerza los puños. Indignado, grité:

—¡Lo de Luther fue un asesinato cobarde!

—Sí —repuso el inspector, mirándome con ojos escrutadores, como si quisiera adivinar lo que estaba pensando—. Es posible que fuera un asesinato cobarde; de cualquier forma, tenía que terminar mal. Como terminarás tú cualquier día. Y no lo sentiré. ¡Palabra que no lo sentiré!...

Me volvió, desdeñoso, la espalda, como si le tuviera sin cuidado mi reacción. En tono tranquilo habló a Craig, que acababa de surgir en la puerta de su despacho:

—¡Hola, Lawrence! Ya veo que sigue rodeado de indeseables. Voy a darle unos consejos, aunque temo mucho que no quiera hacerme el menor caso.

Tuve intenciones de lanzarme contra él. Chandle me contuvo, cogiéndome del brazo y empujándome hacia la salida.

—¡Serénate, Dale! Ya has cometido bastante locuras. Una más...

Le seguí sin hablar palabra. En el pasillo ya, mientras aguardábamos el ascensor, di rienda suelta a toda la cólera que sentía.

—¡Mató a Luther, y me amenaza a mí! —gruñí, rabioso—. Pero acaso sea yo el que con un poco de suerte...

IV

UN CADÁVER EN LA HABITACIÓN



HEVO dos días escribiendo, y tan abstraído estaba en mi tarea, que había conseguido olvidarme de toda la angustia dantesca de mi situación actual. Por desgracia, hace un rato hubo algo que me la recordó: el reverendo Untermeyer. Vino de visita, como ha venido otras veces, prodigando frases de consuelo y esperanza. Es un hombre bueno e inteligente, que cumple su difícil y generosa misión lo mejor que sabe y puede. Por desgracia, casi siempre consigue un resultado contrario al que pretende.

Trata de animarnos, y nos deprime más; de mantener viva una

débil lucecita de ilusión, y llena nuestro corazón de lúgubres presentimientos. No es culpa suya, desde luego, sino de nosotros. Cuando uno está condenado a muerte, todo le inquieta y sobresalta. Y cuando Untermeyer nos visita, pensamos siempre, de manera inevitable, que está enterado de algo; que sabe más que nosotros de la proximidad del trágico final.

—Repito que estuvo a verme hace un rato, y charlamos —habló él, mejor dicho, porque yo no hice otra cosa que escucharle y pensar— por espacio de media hora. No voy a repetir lo que dijo, porque sólo a mi interesa, en definitiva. Sólo señalaré que al final, cuando ya se marchaba, advirtió el montón de cuartillas que llevo escritas, y mostró interés por leerlas.

—No tengo el menor inconveniente —repuse—, pero tendrá que esperar a que concluya el relato.

—¿Y si...? —empezó a preguntar, y se detuvo sin acabar la frase.

—¿Me ejecutan antes? —completé, creyendo adivinar sus pensamientos—. En ese caso, podrá hacer lo que quiera con las cuartillas. Aunque no creo que nada de lo que digo, y menos si no me dejan finalizar la narración, tenga interés para nadie.

Quedamos de acuerdo, y volví a escribir con renovado afán. Necesito alejar de mi ánimo los tristes presentimientos que asaltan, y he podido comprobar que no existe mejor manera de conseguirlo que abstraerme en esta tarea. Ahora más que nunca me gustaría poder llevarla hasta su final; pero temo mucho no lograrlo, a menos que procure extractar un poco, sintetizar recuerdos de conversaciones y episodios. Si me extiendo —y es una grave tentación, cuando llego a la parte más dramática e inexplicable de mi historia, a los dos crímenes que tengo la certidumbre de no haber cometido, y por los cuales he sido condenado a la última pena—, lo más seguro es que vengan a interrumpir mi trabajo mucho antes de llegar a la mitad.

Fui aquella noche al

Coppa's,

cumpliendo al pie de la letra las instrucciones de Craig. Pamela consintió en acompañarme, pese a que Chandle le aconsejó que no lo hiciera. Me contrarió bastante que el abogado —irritado conmigo indudablemente por los acontecimientos del mediodía— tratase de

alejarme de mí, juzgándome indigno de ella, y cuando la chica me lo dijo, se me escaparon algunas expresiones contra Howard que nada tenían de amables. Luego, a la vista de posteriores sucesos, creo que habría sido mejor para la muchacha no haberme vuelto a ver, lo que le habría evitado contrariedades y disgustos sin cuento; pero entonces halagó mi vanidad que *miss* Jericó saltara por encima de todas las prohibiciones para pasar a mi lado unas horas divertidas.

Al principio lo fueron, en efecto. El

Coppa's

era un sitio encantador, montado con discreta elegancia; la cocina resultó de primer orden, buena la orquesta y espléndidas las bebidas. Cenamos como príncipes, mientras presenciábamos un magnífico «*show*», rociando la comida con abundantes libaciones, aunque nunca en forma que ni la chica ni yo sintiéramos vacilar nuestras cabezas. Y la mejor prueba es que al terminar bailamos unas cuantas piezas, siguiendo perfectamente el ritmo de la música. Craig, que había cenado con varios amigos en una mesa alejada de la nuestra, vino a decirme, cuando se marchó:

—Diviértete lo que puedas, Dale; pero procura no marearte y tener bien abiertos los ojos. Me voy, porque no quiero encontrarme con Norris, que no tardará en llegar. Pon atención a lo que suceda; es posible que tenga una gran importancia para ti y para mí.

El encargo me pareció fácil y agradable de cumplir. Estaba a gusto, y continuar allí unas horas más —especialmente al lado de Pam, que estaba más encantadora y simpática que nunca— constituía todo lo contrario de un sacrificio. A Emerson Norris tenía muchas ganas de verle, y hasta de hacerle alguna preguntita, si se presentaba oportunidad y ocasión. Y en cuanto a marearme, no tenía el más ligero temor, por mucho que bebiera. Durante la guerra, primero, y en los años pasados en el Japón, después, me había acostumbrado a beber como una esponja, pero siempre continuaba sereno y despejado cuando todos los demás habían rodado debajo de la mesa.

Las cosas empezaron a torcerse alrededor de las doce. Hacía un buen rato ya que Emerson Norris, impecablemente vestido de frac, con su aire imponente de gran figura política, había hecho su aparición en el

Coppa's,

rodeado de una cohorte de caballeros de aire tan solemne como el suyo, cuando le vi dirigirse sólo hacia los lavabos, y fui tras él.

Le abordé a solas en uno de los pasillos. Tengo la seguridad de que me reconoció a la primera ojeada, pero simuló ignorar por completo quién pudiera ser. Me miró con desdeñosa altivez, y respondió a mi saludo, diciendo:

—Creo que padece un error, amigo, porque no le conozco ni sé quién pueda ser.

—Acaso le diga algo mi nombre —continué, con calma—. Me llamo Barney Dale Armstrong, y soy hermano de Luther. ¿Tampoco le conocía?

Vaciló un segundo en contestar. Al final, encogiéndose de hombros, replicó:

—Me parece recordar haber leído algo en los periódicos sobre ese individuo. No presté la menor atención, porque no me interesaba. Desde luego, no era amigo mío, si es eso lo que pretende insinuar.

—¿De veras? —pregunté, sintiendo que me acometía una rabia sorda—. Entonces, ¿pretende también no saber una sola palabra de los cuarenta mil dólares?

—¿De qué cuarenta mil dólares? —inquirió, a su vez, con aire sorprendido, si bien tuve la impresión de que había cambiado ligeramente de color.

—De los que se llevó usted de la caja fuerte alquilada por Luther en la sucursal del Chasse Bank, de Market Street —acusé de lleno.

Se estremeció de pies a cabeza, y una sombra de temor apareció en sus ojos. Un instante me contempló como si dudase del equilibrio de mis facultades mentales. Al cabo, estalló, violento y agresivo:

—¡Está usted loco! ¡No entiendo nada de lo que dice!

—No, ¿eh? Pues me parece que me entenderá perfectamente cuando emplee otros procedimientos para hacerle vomitar el dinero.

Norris era un tipo sesentón, de elevada estatura, pero de menguada corpulencia. Podía ser —lo era, según quienes le conocían— habilidoso y astuto; pero no tenía nada de arrojado y valiente. Le vi temblar como un azogado, cuando temió que me lanzara sobre él. Se tranquilizó un poco cuando alguien apareció a mi espalda en el pasillo. Con voz agitada, gritó:

—¡Peter! ¡Larry! ¡Ayúdenme a librarme de este caballero! Ha

bebido más de la cuenta, y se empeña en que yo...

—¡Quiero que me dé ese dinero, Norris! —le interrumpí, irritado—. Si se niega...

—¡Déjale en paz, muchacho! Si no soporta el alcohol, es preferible que se abstenga de beberlo.

Quién hablaba era un tipo malcarado y corpulento, que surgió repentinamente a mi lado, acompañado de otro de parecida catadura. Los dos llevaban las manos en los bolsillos, y juraría que ambos empuñaban algún arma.

Tuve intenciones de darles una buena lección. Me contuve con un gran esfuerzo. No me convenía armar un escándalo. Al fin y al cabo, estaba en libertad provisional, y si me detenían con un arma encima, lo pasaría mal.

—¡«Okay», Norris! —dije, amenazador—. Volveremos a vernos en otro lado. Y lo pasará mal si no me da lo que me pertenece.

—¡Basta! —masculló, acalorado, el tipo que había hablado antes—. Si no se marcha inmediatamente, dejando en paz a míster Norris...

Me fui, desde luego. Volví a la mesa, donde me esperaba Pamela, y ahogué mi indignación injiriendo seguidas cuatro o cinco copas de «*brandy*». Otro cualquiera habría temido pasarse de la raya; yo tenía plena confianza en mi resistencia, pese al lógico desenfrenamiento del año largo pasado en Mojave.

Pronto ocurrió un episodio, que si me inquietó en un principio, me produjo luego una viva satisfacción. Fué la presencia en el Coppa's

del inspector Haggard, cuyo aspecto y atavío contrastaba con el de la mayoría de los clientes. Un momento temí que me anduviese buscando, pero aunque miró en dirección al lugar en que me encontraba, no me prestó la menor atención. Siguió dando vueltas por el local, basta que halló a quien le interesaba: Emerson Norris.

Habló unas palabras al oído del acaudalado «alderman», y los dos desaparecieron por una puerta del fondo. Sonreí, complacido, viendo en aquella entrevista una plena confirmación de las sugerencias que Craig hizo por la mañana. Indudablemente, Haggard le estaría dando un mal rato al tipo con el que había chocado media hora antes.

—Hay algo que quisiera celebrar, Pam —dije a la muchacha—.

¿Qué tal una botella de buen champaña francés?

Llamé al camarero, sin esperar su respuesta, e hice el encargo. Antes de concluir la botella, Emerson Norris volvía, solo, a entrar en el salón. Aunque le vi de lejos, advertí que estaba congestionado, con un gesto de honda preocupación en el semblante y una mirada de bestia acorralada en sus ojillos astutos y maliciosos.

—Indudablemente —dije, expresando en voz alta mis pensamientos—, el inspector le ha apretado bien las clavijas.

—¿A quién? —preguntó, sorprendida, la muchacha.

—Al honorable míster Norris —respondí, burlón—, uno de los mayores granujas que padece Frisco.

Pero la alegría que me invadió en aquel momento no duró más de un cuarto de hora. Porque quince minutos después del retorno de Emerson, volvió también al salón Stephen Haggard. Miró escrutador en torno suyo, y cuando vió dónde estaba, avanzó resueltamente hacia la mesa que ocupábamos Pamela y yo. Había en su gesto algo que no me agradaba, y cuando le vi detenerse a nuestro lado, contemplándonos con aire impertinente, me puse en pie, para preguntarle, amoscado:

—¿Qué quiere de mí, Haggard?

—De ti, nada —respondió, despectivo—. Es *miss* Jericó quien me interesa.

—*Miss* Jericó está conmigo y...

—Eso es precisamente lo que me asusta —me interrumpió—. Y no por ti, naturalmente.

La muchacha le miró, desconcertada. Yo quise decir algo, pero Haggard me lo impidió, adelantándose.

—¡Tú te callas! —ordenó, seco; luego, dirigiéndose exclusivamente a Pamela y en tono más amable, le preguntó—: ¿Sabe usted, *miss* Jericó, quién es el individuo que le acompaña?

—¡Claro que lo sé! —replicó la joven, con indignación apenas disimulada.

—¿Sabe también que es un indeseable en toda las acepciones de la palabra, un contrabandista en drogas, expresidiario y...?

—¡Se acabó! —chillé, irritado, incapaz de dominarme por más tiempo—. Por muy policía que sea, no tiene derecho a insultarme...

—¿Insultarte? ¡La verdad no es ningún insulto! Además, no hablaba contigo. Quería que *miss* Jericó supiera quién eres y los

peligros a que se expone con un tipo de tu catadura. Si yo le dijese...

—No necesito que me diga nada —afirmó Pamela, que se había puesto muy colorada al advertir fija en nosotros la mirada de los ocupantes de las mesas vecinas y la aproximación de varios camareros—. Con quien vaya o deje de ir, debe tenerle totalmente sin cuidado.

—¡Allá usted con las consecuencias! Yo cumplo con mi deber advirtiéndola que un miserable como Dale...

Era mucho más de lo que podía aguantar. No me convenía armar escándalo de ninguna clase, y menos aún enfrentarme con un inspector federal. Pero la actitud de Haggard constituía una provocación. Me estaba insultando en presencia de Pamela, y hubiera sido una cobardía imperdonable soportar sus ofensas con bovina mansedumbre.

—¡Basta! —grité, exasperado—. Voy a enseñarte a...

Quise lanzarme sobre él, para partirle la cara a puñetazos; pero se pusieron por delante dos camareros, que indudablemente estaban esperando algo por el estilo, y a quienes interesaba evitar pendencias en el

Coppa's.

Forcejeé con ellos unos segundos, vociferando toda clase de insultos.

Airado a su vez, Haggard trató de acometerme. Le sucedió lo mismo que a mí: que un par de camareros le sujetaron antes de que pudiera alcanzarme ninguno de sus golpes. No tardó en surgir el «*maître*», suplicando que cesara el alboroto, y rogando al inspector que se alejase y me dejara en paz. Tras una breve discusión, mi adversario accedió a retirarse.

—Acabarás pronto y mal, Dale —me gritó, a modo de despedida—. Lo dije esta mañana y lo repito ahora. Terminarás como tu hermano, y a las mismas manos...

—¡Canalla! —contesté, enfurecido, por la alusión a la muerte de Luther—. ¡Serás tú quien termine sin tardar mucho a las mías!...

Dando media vuelta, Haggard se marchó sin molestarse en responderme. Volví a sentarme junto a Pamela, que estaba avergonzada por el espectáculo, con la cabeza agachada y los ojos arrasados en lágrimas. Traté de animarla, quitando toda

importancia a lo sucedido. Y para lograrlo, empleé, aparte de las palabras, un medio de fuerza: la bebida.

La botella de champaña francés que nos habían servido minutos antes de aparecer el inspector, quedó agotada en breves segundos. El alcohol, unido a las palabras, hizo su efecto. Pamela recuperó su anterior alegría, y salir a bailar, olvidados momentáneamente del desagradable incidente.

Cuando volvimos a la mesa un cuarto de hora después, recibí una sorpresa considerable, viendo en un cubito con hielo dos nuevas botellas de champaña.

—Son especiales, señor —dijo, oficioso, uno de los camareros—. En ningún otro sitio de Frisco encontrará nada que pueda comparársele...

—Pero ¿quién las ha pedido? —pregunté, desconcertado, sabiendo que dos botellas de aquella marca valdrían allí un dineral—. Porque yo no he sido, a menos que fuera soñando...

—Es obsequio de un caballero amigo suyo —replicó, sonriendo, el camarero—. Me dijo que las trajese, con sus mejores deseos para usted y *miss* Jericó.

No cabía duda de que las botellas estaban destinadas a nosotros. Pero ¿quién podía ser? El camarero vaciló un momento.

—Dijo que se llamaba *míster...*, *míster...*

Una idea rápida cruzó por mi cerebro:

—¿Craig Lawrence, por casualidad?

—Eso mismo, señor. ¡Qué memoria la mía! Desde luego, fué *míster* Lawrence. ¿Cómo pude olvidar su nombre? Le pido que me disculpe, señor. Cuando *míster* Craig vuelva por aquí...

Me agradó el gesto de Lawrence. No hubiera esperado de él nada semejante, pero indudablemente era más listo de lo que pensaba, y sabía hacer las cosas con cierto tacto y delicadeza. En cualquier caso, las botellas no podían venir en mejor momento.

—¡Brindemos por Craig! —propuse a Pamela, luego de llenar su copa y la mía.

—¿No sería mejor que brindásemos por nosotros? —repuso la joven, clavando en mí una mirada acariciadora.

—¿Te atreverías a brindar por mí, luego de lo que dijo Haggard?

—¡Naturalmente! Creo conocerte mejor que nadie, Dale. No eres tan malo como dicen. Y aunque lo fueses...

—¿Qué? —la incité a continuar, deseoso de oír de sus labios lo que ya adivinaba.

—Que no podría dejar de quererte —afirmó en voz tenue, bajando la cabeza, acaso para que no advirtiera el rubor que teñía sus mejillas.

Cogí su mano entre las mías, y se la estreché con fuerza. Luego, ajenos a cuánto nos rodeaba, bebimos sin dejar de mirarnos, diciendo con la vista más de lo que pudieran decir nuestros labios.

A la primera copa siguió otra, y luego otra. El champaña era excelente; el mejor, sin duda, que había ingerido en todos los días de mi vida. No había exagerado el camarero: en ningún sitio de Frisco en contrariamos nada semejante. ¡Qué bien sabía elegir aquel endemoniado Craig Lawrence!

—¿Qué te parecería si bailásemos otro poco?

Miss Jericó accedió con una leve inclinación de cabeza, pero cuando intentó levantarse no pudo conseguirlo.

—¡Qué raro! —exclamó, riéndose—. Parece como si tuviera las piernas de trapo...

—¡Y yo también! —repuso, luego de comprobar que las mías no acertaban a sostenerme—. ¡Mejor! Así seguiré sentado sin dejar de mirarte...

Desconozco en absoluto lo que sucedió después. Confusamente creo recordar que seguimos riendo y bebiendo, pero no podría asegurar que lo hiciéramos. Por mucho que he forzado mi memoria, no he podido pasar más adelante del instante en que Pamela y yo constatamos, entre asombrados y divertidos, que no conseguíamos ponernos en pie. A partir de aquel preciso instante, se abre en mi mente una laguna de varias horas, durante las cuales me resulta imposible precisar lo que ocurrió.

Debí soñar en aquel tiempo las cosas más extrañas e inverosímiles. A veces me asaltan fugaces escenas, que supongo entreví entonces, pero se borran de mi cerebro antes de que consiga precisar sus contornos. No puedo asegurar nada de lo que hice o dejé de hacer. De una manera concreta, sólo sé que fué alrededor de la una cuando Pamela me dijo que me quería, y que no faltaba mucho para las cuatro de la mañana al tornar a la vida, ajeno por entero al sitio en que me hallaba.

Mi retorno a la realidad circundante no tuvo nada de agradable

o placentero. Soñaba que alguien me había cogido por un brazo, zarandeándome con violencia; furioso, el desconocido me abofeteaba; yo trataba de defenderme, pero no podía levantar los brazos. Tan real era la pesadilla, que creí sentir los golpes en la cara. Con un esfuerzo entreabrí los ojos, y vi una escena semejante a la que estaba soñando. Volví a dejar caer los párpados, convencido de que todo aquello era fruto de mi imaginación. De pronto sentí en la pierna el dolor de una patada, mientras una voz impaciente chillaba:

—¡Despierta de una vez, canalla!

Sacudí la cabeza, y abrí los ojos. Dos individuos corpulentos —policía, quizá, aunque iban vestidos de paisano— me obligaban a incorporarme con modales bruscos y palabras de las que púdicamente silencian los mejores diccionarios. Como a través de una espesa capa de algodón, oí gritar a uno de ellos:

—¡Ya está listo este tipo, Rice!

El llamado Rice apareció entonces en mi campo visual. Era un individuo cuarentón, rechoncho, de frente estrecha y mandíbula ancha, cuyo rostro no denotaba una inteligencia excepcional. A manera de saludo me asestó un puñetazo en el estómago, mientras decía, en tono amenazador:

—Te conviene no negar nada, amiguito. Sólo conseguirías que te sobásemos el cuero...

No acertaba a comprender nada de lo que sucedía. Estaba seguro de no haber visto nunca a aquellos caballeros, y no entendía una sola palabra de lo que decían. Antes de responder nada, miré en torno mío. Sorprendido, advertí que me encontraba en el «*living*» de mi apartamento de Keaniey Street. En la mesita de centro pude distinguir tres o cuatro botellas de «*whisky*» vacías.

—¿Qué pasa? —pregunté, en el límite del asombro—. ¿Qué hacen en mi casa, y cómo han entrado?

—¿Le aclaro un poco la memoria, teniente? —preguntó uno de los individuos que me sujetaban, balanceando su puño derecho delante de mis narices.

—Espera un poco, Bob —repuso el tipo rechoncho, al que instantáneamente identifiqué con el desconocido teniente Rice, al que Craig había telefoneado desde su despacho, cuando me resistía a firmar mi confesión de la muerte de Buddy—. Acaso no haga

falta. Por poco inteligente que sea, comprenderá que no le queda más remedio que «cantar» clarito. Porque no te obstinarás en negar, ¿eh, Dale?

—Pero ¡si yo no he negado nada! —respondí, confuso.

—¿Reconoces, entonces, que fuiste tú? —preguntó Rice.

—¿Que fui yo qué?

—El que hizo eso —repuso, apartándose a un lado y mostrándome las piernas de un hombre tendido en el suelo que sobresalían por un lado del diván—. ¡Acércate, y mira!

Los dos tipos que me cogían de los brazos me empujaron, haciéndome dar la vuelta al diván. Pudo ver entonces al muerto; y digo muerto, porque bastaba una mirada a su rostro crispado y a su camisa empapada en sangre, para comprender que había pasado a mejor vida. Le reconocí en el acto, con una extraña mezcla de los más contradictorios sentimientos.

—¡Stephen Haggard! —exclamé, estupefacto—. ¡El inspector Haggard, muerto!

—Asesinado, muchacho —rectificó, rápido, Rice—. ¡Y asesinado por ti!

Quise protestar, y un puñetazo me hizo tragarme dos dientes; insistí en mi propósito, y una lluvia de golpes me derribó en el suelo, de donde me obligaron a incorporarme a patada limpia. Creo que perdí un instante el sentido, y que lo recobré de la misma manera que lo había perdido: a bofetadas y puntapiés.

—¡No mientas, Dale! —chilló, irritado, Rice—. Lo sabemos todo; absolutamente todo.

Era peligroso llevarle la contraría. Me sentía un poco débil, por la resaca del alcohol ingerido unas horas antes. No podía soñar en enfrentarme con tres individuos corpulentos y bien armados; caso de que no hubiese alguno más en el piso o en la escalera. Necesitaba ganar tiempo para recuperar energías.

—¿Querría decirme qué es lo que saben? —inquirí, en tono de súplica.

Como contestación, el tipo de la derecha me asestó un puñetazo en el cuello; por no ser menos, el de la izquierda me pegó una patada. Les debió parecer muy divertido, porque mostraban deseos de continuar pegándome, cuando el teniente les contuvo:

—¡Esperad, muchachos! Le diré lo que sabemos, para que

comprenda la inutilidad de mentir.

Lo que sabía era suficiente para ponerme los pelos de punta. Aseguraba que yo, luego de sostener una violenta disputa con Haggard, había salido del

Coppa's

medio borracho alrededor de las dos de la madrugada; que en casa debía seguir bebiendo, como demostraban las botellas vacías que aparecían por todas partes, y que, acaso sin saber exactamente lo que hacía, telefoneé al club nocturno, pidiendo hablar con el inspector, invitándole a venir a mi piso con el pretexto de hacerle unas confidencias de excepcional interés.

—Hace media hora, alguien llamó a la Estación policíaca de Van Ness Avenue, diciendo que había oído disparos en este piso. Vine, y encontré el coche de Haggard, vacío, parado a la puerta.

Subieron al apartamento, y no consiguieron que nadie respondiera a sus llamadas, por lo que hubieron de forzar la entrada. En el «*living*» me encontraron sentado en un sillón, dormido por efectos de una profunda embriaguez, con una pistola caída a mis pies. Al otro lado de la habitación encontraron el cadáver del inspector, que mostraba en el pecho las heridas producidas por dos balazos.

—El arma con que se hicieron los disparos es ésta —dijo, mostrándomela—. ¿La reconoces?

¡Vaya si la reconocí! Era la que Craig me entregó doce horas antes, y que no había abandonado desde aquel instante. Si en ella estaban mis huellas —y debían estarlo, por el cuidado que Rice ponía al cogerla y dejarla—, no cabría duda posible de mi culpabilidad.

—¿Qué? ¿Todavía crees que una negativa te servirá de nada?

Moví la cabeza en gesto negativo. No comprendí lo sucedido; no podía recordar haber hecho o dicho nada a partir del instante en que bebí las botellas de champaña regaladas por Craig en el

Coppa's;

pero todo parecía indicar que había perpetrado un asesinato cobarde.

—El chofer del taxi que os trajo aquí...

—¿Que nos trajo? —pregunté, sobresaltado—. Entonces, ¿*miss* Jericó...?

—Está ahí, tumbada, vestida encima de la cama —replicó Rice, señalando a la puerta de mi dormitorio—. Debíó beber más que tú, porque no hemos conseguido hacerla volver en sí. ¡Ah, y no vayas a pretender cargarle las culpas! Ella no tenía nada contra Haggard, no llevaba ningún arma, y las huellas que hemos descubierto en la pistola son de hombre y no de mujer...

No se me había pasado siquiera por la imaginación la idea de escudarme detrás de la pobre Pamela. Era una buena chica, dulce, cariñosa, totalmente incapaz de matar a una mosca.

—Sólo un canalla como tú —continuó Rice, indignado acaso por mi silencio— mezclaría a una muchacha decente en este lío. Es una víctima; una víctima inocente de tus instintos criminales.

Sí; yo estaba seguro de que Pamela era una víctima.

Pero no mía, sino del que había organizado todo aquello. Porque a medida que recobraba la lucidez y recuperaba energías, empezaba a considerarme víctima de una monstruosa maquinación. Habíamos bebido bastante en el

Coppa's,

cierto. Pero no como para hacernos perder por entero la noción de nuestros pasos. Otras veces había bebido tanto o más, sin sufrir tales consecuencias. Y *miss* Jericó no injirió ni la cuarta parte de alcohol que yo.

—¿Vinimos directamente desde el

Coppa's

aquí?

Rice respondió afirmativamente. Así lo sostenía el chofer del taxi, al que no sé cuándo ni dónde había interrogado. Añadió que al salir del coche, en Kearney Street, ya estábamos bastante bebidos.

—Pero luego de agotar todas esas botellas que tenías en tu piso...

Miré las botellas. Eran de «*whisky*», y sentí redobladas mis sospechas de una maquinación. Siempre he bebido mucho, pero en los últimos años rehuí decidido el «*whisky*». Ni aun estando mareado aceptaba beber una sola gota. Todas mis preferencias estaban por el «*brandy*», la ginebra y el ron. Hacía años que no había en mi apartamento una botella de «*whisky*». Alguien había llevado allí aquéllas para justificar una embriaguez que explicase mi amnesia.

—¿Confiesas, al fin, que le mataste? —preguntó, una vez más, el teniente, que parecía tener prisa en terminar.

—¿A qué perder más tiempo? —inquirió uno de los que me sujetaban—. Verá cómo lo recuerda todo en cuanto le sacudamos un poco...

Pero yo no estaba dispuesto a confesar nada. Si en un principio pude creer que había liquidado al inspector, sin darme cuenta exacta de lo que hacía y dejándome llevar por el odio que me inspiraba, ahora estaba seguro de no haberlo hecho.

—¿Dice que llamé desde mi casa al Coppa's, indicando a Haggard que necesitaba verle con urgencia?

—¡Seguro! La telefonista que recibió la llamada lo recuerda perfectamente. Es una prueba más, caso de que necesitésemos alguna, con todas las que tenemos.

—¿Usted cree, teniente? —inquirí, con cierta ironía—. ¿Por qué no trata de llamar desde aquí a cualquier lado? ¿Comprobará que el teléfono lleva dos días estropeado y...?

Con un grito de rabia, Rice se precipitó al aparato, que hasta aquel instante no había utilizado para nada, y comprobó que no funcionaba. En el acto se dió cuenta de que una parte considerable de sus acusaciones caía por su base.

—¡De cualquier forma, le has matado tú! —chilló, furioso—. ¡Y si no confiesas...!

El no confesar me costó una serie de golpes y puñetazos. Por fortuna, mis agresores tenían menos fuerza de lo que aparentaban, y yo sabía cómo recibir los puñetazos en los puntos menos sensibles. Simulé, no obstante, rodar desmayado por el suelo. En realidad, no hice más que cerrar los ojos para conseguir unos minutos, durante los cuales buscar una posible escapatoria.

No tardé en encontrarla. Juzgando por mi aspecto y mis quejidos, tanto el teniente como sus auxiliares creyeron que no sería capaz de nada. Cuando quisieron salir de su error, resultó demasiado tarde. Uno de los puñetazos recibido me permitió ir dando traspiés hasta medio caer sobre la mesa, encima de la cual Rice había dejado la pistola con la que se perpetró el crimen.

Empuñarla con firme resolución e incorporarme totalmente desaparecida mi aparente debilidad, fué cuestión de un momento.

Mis tres adversarios vieron de pronto el cañón de una «*browning*» tendido, amenazador, hacia ellos, mientras les ordenaba, en tono que no admitía réplica:

—¡Quietos todos! ¡Arriba los brazos sin vacilaciones! El que dude un segundo, no vivirá para contarlos...

Obedecieron sin vacilaciones, convencidos de que les mataría en caso contrario. Les vi palidecer, mientras sus miradas reflejaban todo el pánico que les invadía. Una cosa era pegar a un hombre indefenso, y otra muy distinta hacerle frente cuando tenía un arma en las manos.

—¡Se cambiaron las tornas, muchachos! Ahora vais a ser vosotros los que «cantéis» de plano.

No respondieron una sola palabra, ni yo esperaba que lo hiciesen. Necesitaban una pregunta más directa y concreta. La formulé:

—¿Quién mató al inspector? ¡Y no digáis que yo, porque es mentira! —chillé, anticipándome a una nueva acusación—. ¿Quién le mató?...

Se miraron unos a otros, y se acentuó su palidez. Tuve que repetir la pregunta, anunciando que rompería el silencio con un balazo para conseguir que el teniente abriese la boca.

—¡Si no fuiste tú, no sé quién diablos pudo ser! —afirmó, en tono de absoluta sinceridad—. Cuando me contaron lo sucedido en el
Coppa's...

—¿Quién te lo contó? —le apremié—. ¿Emerson Norris? —Y aguardé un instante; Rice pareció que iba a decir que sí, pero rectificó al final.

—No estoy seguro —repuso—, pero no me pareció la voz de míster Norris.

¿Por qué le creí? ¿Cómo no me di cuenta en aquel instante de que estaba mintiendo? Acaso fuera el nerviosismo del momento; quizá que debido a los efectos del narcótico —porque estaba convencido de que el champaña últimamente ingerido contenía algún tóxico, que explicaba mi inconsciencia durante unas horas—, mi cabeza no funcionaba del todo bien. Fuera como fuese, el hecho cierto es que descarté con excesiva precipitación a Emerson, y busqué por otro lado. Recordé quién nos había regalado el

champaña, y pregunté:

—¿No sería Craig Lawrence?

—Quizá —admitió, tras una perceptible vacilación—. No podría jurarlo, pero me pareció su voz.

—Otra pregunta, Rice —añadí—: ¿quién es, de verdad, el dueño del

Coppa's?

¿Craig o Norris?

—Craig Lawrence, desde luego —afirmó, rotundo, el teniente—. De eso no tengo ni puedo tener la menor duda.

De un golpe creí comprender todo el sucio juego de Craig conmigo: su interés en que fuese al

Coppa's;

su generosidad mandándome unas botellas de champaña; incluso la pistola que puso en mis manos para que pudiera «defenderme». Había preparado con meticuloso cuidado una maniobra canallesca que me llevaría derecho a la cámara de gas. Sorprendido borracho en mi apartamento, junto al cadáver del inspector muerto con una pistola en la que aparecían mis huellas dactilares, ¿quién dudaría un solo segundo de mi culpabilidad? Nadie, sabiendo que le consideraba autor de la muerte de mi hermano; menos aún, si veinte personas distintas me habían oído amenazarle de muerte aquella misma noche.

¡Y ni siquiera podía defenderme contando la verdad! Me lo impedía lo ocurrido a Buddy Rogers y la confesión que Craig guardaba; sería suficiente que la exhibiera ante los jueces para que, aun sin acusarme de ningún otro crimen, cayera sobre mi cabeza la más grave e irreparable de las sentencias.

—Pero ¡hay algo con lo que no contaba! —exclamé, expresando en voz alta mis pensamientos, y ante el gesto de asombro de Rice y sus auxiliares, que no comprendían lo que estaba diciendo.

Yo sí lo sabía, aunque no me tomé la molestia de explicárselo. Craig había supuesto que al sorprenderme sin sentido los agentes me esposarían y no tendría posibilidad alguna de escapar ni, por lo tanto, de exigirle cuentas estrechas de su felonía.

Pero para poder hacer tal cosa, necesitaba salir cuanto antes de allí. De continuar, me exponía a que mis adversarios, inmovilizados por la sorpresa y el temor en un primer instante, reaccionasen como

había reaccionado yo unos minutos antes. Ciertamente con una pistola en la mano podría dominarles, matando a cualquiera de ellos; pero los disparos atraerían a otros agentes que podrían estar apostados en la escalera o la calle y acabaría fatalmente cosido a balazos, proporcionando un éxito completo al miserable de Craig.

—Vas a venirte conmigo, amiguito —dijo al teniente—. Será un paseo muy corto, pero no puedo prescindir de tu compañía.

—¿Quieres matarme? —inquirió Rice, cuya mirada expresaba con meridiana claridad el pánico que sentía.

—No, a menos que hagas alguna tontería o tus amigos quieran cerrarme el paso. En ese caso, seguirías el mismo camino de Haggard. Ya comprenderás —añadí— que dada mi situación, no voy a andarme en contemplaciones.

La aclaración última sobraba. Sin necesidad de que lo dijese, el teniente sabía que antes de dejarme coger me llevaría por delante a cualquiera. Aquello facilitó considerablemente mis planes. Seguro de que su vida pendía de un débil hilillo, Rice se apresuró a dar a los agentes las instrucciones que me interesaban. No debían moverse hasta su regreso, porque si intentaban seguirnos, le volaría la cabeza.

En la entrada del edificio estaba el coche de Haggard. Forcé a Rice a penetrar en su interior y le ordené secamente:

—Conduce hacia el puente de Oakland.

No le quedó más remedio que obedecer. En mitad del puente le obligué a apearse, luego de dar la vuelta al coche para retornar a Frisco. Tendría que recorrer milla y media antes de llegar a tierra firme y encontrar un teléfono desde el que dar la alarma; mientras, yo tendría tiempo sobrado para dejar abandonado el coche en cualquier calle extraviada y dirigirme a un lugar relativamente seguro.

—Esta faenita te costará muy cara —me dijo Rice, malhumorado, a modo de despedida, cuando le hice descender del automóvil—. Amenazar pistola en mano a un teniente de la Policía local...

—¿Tendrá mayor pena que haberme dejado condenar por el asesinato del inspector? —pregunté con ironía.

—De esa condena no te librarás de ninguna de las maneras. Hagas lo que hagas, te cogeremos pronto.

—Quizá. Pero no antes de que alguien pague de una vez y para siempre sus muchas culpas.

—¿Proyectas un nuevo asesinato? —Y le temblaba la voz al formular la pregunta.

—Asesinato, no. Di más bien ejecución. Porque el muerto será, aunque no lo creáis, el verdadero asesino de Stephen Haggard...



EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

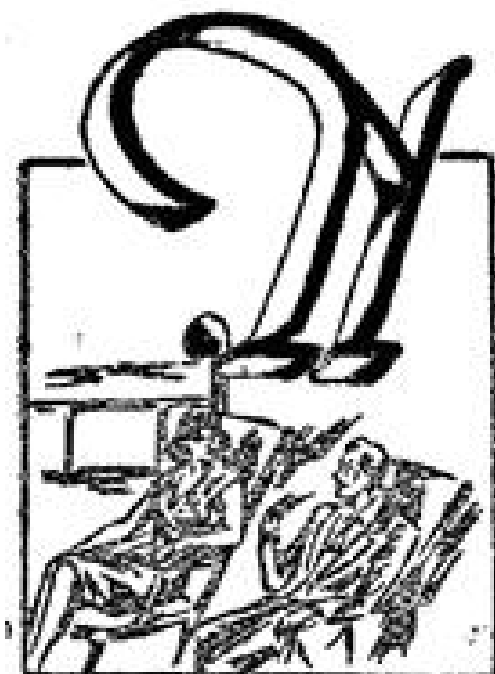
Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

V

EL FINAL INEVITABLE



O voy a decir aquí dónde estuve escondido durante los cuatro días siguientes. Puedo callármelo sin que por ello pierda claridad este relato ni resulte menos sincero. Consignar un nombre y una dirección podría traer aparejados disgustos y molestias para la persona a quien tanto tengo que agradecer. Si durante los interrogatorios policíacos no lo dije y seguí callándolo en las horas que duró la vista de la causa, sería una estupidez confesarlo ahora, cuando en nada puede beneficiarme.

Sólo diré que quien me ocultó aquellos días es una persona decente; precisamente por serlo pudo ampararme con mayor eficacia. Si hubiera sido cualquiera de los miembros del «racket», la Policía tendría su dirección y me hubiese prendido a las pocas horas. El individuo que puso a mi disposición su casa tenía conmigo una vieja deuda. Durante la guerra, y en los combates en una isla del Pacífico, le salvé la vida con grave riesgo de la mía. No me importa decirlo, porque aquel episodio lo conocemos exclusivamente él y yo; por mucho que la «bofia» investigue —y no creo que se tome ese trabajo después de que mi ejecución deje liquidado el asunto—, no logrará averiguar nada.

Hizo honor al riesgo que un día corrí por él, aceptando sin vacilaciones correr los peligros que fueran precisos por ayudarme. Pude así pasar cuatro días reponiéndome, leyendo con atención los periódicos, pensando mucho en lo sucedido y decidiendo el camino a seguir. Las informaciones periodísticas diferían muy poco de lo que por anticipado suponía. Todas, sin la menor excepción, me presentaban como un asesino despreciable, que había atraído al inspector a una emboscada para quitarle cobardemente la vida. Describían con bastante exactitud mi riña con Haggard en el Coppa's

y daban como móviles del crimen la detención sufrida en Los Ángeles por mí y la muerte de mi hermano, que yo le atribuía, equivocadamente.

Rice se mostraba sincero en sus declaraciones respecto a la forma en que pude escapar; pero no mencionaba para nada los nombres de Craig Lawrence y Emerson Norris, a los que nadie parecía relacionar de cerca o de lejos con el crimen. En cambio, todo el mundo habló mucho de Pamela Jericó. Por fortuna, tanto la Policía como los informadores no creían que estuviera complicada en nada, considerándola víctima inocente de mis siniestras maquinaciones.

Parecía que la muchacha sufría tan terrible intoxicación etílica, que no recobró el conocimiento hasta dos horas después de mi fuga, y hubieron de transcurrir cuatro o cinco más antes de que estuviera en condiciones de prestar declaración. Cuando habló, no dijo nada de interés. Tan sólo que había estado cenando y bebiendo conmigo y que no recordaba absolutamente nada de lo sucedido a partir de

la una de la madrugada. La creyeron. Estuvo detenida día y medio, pero al cabo, y merced a la intervención y las gestiones de Howard Chandle la pusieron en libertad. No creo necesario decir que aquel gesto del abogado —que agradecí profundamente— hubiera bastado para granjearle todas mis simpatías, si no las tuviera ya con anterioridad.

Pero si dejé transcurrir unos días en plena inactividad, no fué tanto porque se aclarase la situación de *miss* Jericó como porque, pasados los primeros momentos de febriles pesquisas, disminuyera un poco la vigilancia policíaca y pudiera llegar con mayor facilidad hasta el individuo que me interesaba. Reconozco que cuando al fin me lancé a la calle sentí verdaderos deseos de ver a la muchacha, de hablarla por teléfono al menos, para explicarle la monstruosa conjura que me hacía aparecer como un asesino a sus ojos. Me abstuve de hacerlo, temeroso de perjudicarla y perjudicarme, porque era lógico que la Policía vigilará su casa y tuviera intervenido él teléfono.

Opté por ir derecho a lo que me interesaba, golpeando por sorpresa y cogiendo desprevenido a Craig, única manera de vencer a un tipo de sus habilidad y astucia. Tomé con cuidado mis medidas y puedo decir con legítimo orgullo que, pese a todos los obstáculos, alcance un éxito pleno.

Una tarde, poco después de anochecer, cuando Craig abandonaba las oficinas de la Californian Truck Company recibió una terrible sorpresa al sentarse al volante de su coche aparcado en las inmediaciones e ir a poner en marcha el vehículo. Yo, que aguardaba agazapado en el interior del automóvil, pude apoyar contra su nuca el cañón de la pistola antes de que advirtiera mi presencia.

—¡Quieto, Craig! Sigue en línea recta sin lanzar un grito ni intentar nada, si te interesa vivir unos minutos más.

—¡Dale Armstrong! —exclamó, asombrado y tembloroso, reconociendo mi voz y no haciéndose ilusión respecto a la naturaleza del objeto que acariciaba la parte posterior de su cabeza—. ¿A qué has venido? ¿Qué quieres?

—¡Matarte como un perro rabioso! —repliqué en tono sordo—. Es lo único que merece un miserable como tú...

Se estremeció violentamente, y pude advertir el temblor de sus

manos. Sin embargo, ni intentó apartarlas del volante ni pretendió volverse, temiendo que pudiera interpretar su movimiento como un gesto ofensivo y apretase el gatillo. Dejó transcurrir en silencio unos segundos en tanto el coche se deslizaba a lo largo de Polk Street. Al final, recuperado el uso de la palabra, preguntó en un tono en que se mezclaban la sorpresa y el espanto:

—Pero ¿por qué, Dale? ¿Qué te he hecho yo para que me trates...?

Le interrumpí, agresivo y violento contando toda la verdad, si bien mezclando en mi relato frecuentes improprios, que expresaban con toda exactitud el concepto que Craig me merecía y conteniendo a duras penas el ansia frenética que sentía de terminar de una vez para siempre con su vida canalla. Me escuchó en un atento silencio, tan sólo interrumpido por algunos gruñidos de asombro e incredulidad.

—¿Pero no le mataste tú? —preguntó con marcado escepticismo cuando hube concluido—. ¿No estarías tan bebido que no recuerdes siquiera lo que hiciste, arrastrado por el odio que sentías contra Haggard?

Mi contestación primera fué un insulto al que acompañó un golpe con el cañón de la pistola, que levantó un chichón en su cabeza. Lanzó un gemido, y hubo un momento en que temí que perdiera el conocimiento y fuéramos a estrellarnos contra cualquiera de los coches que avanzaban en dirección opuesta. No ocurrió, por fortuna, ninguna de las dos cosas, pero el incidente me sirvió para recordar que no debía sacudirle mientras manejara el volante.

—No fui yo, y tú lo sabes —repliqué algo más tranquilo. Tampoco estaba bebido. Las botellas que aparecieron en mi casa no las había visto hasta que me las enseñó la Policía. Y mi inconsciencia no se debía a embriaguez, sino al narcótico que echaste en el champán que tan «generosamente» nos regalaste.

—¿Yo? —Y su voz reflejaba auténtica extrañeza—. ¡Yo no te regalé champán de ninguna clase!

—¿Y tampoco fuiste tú quien liquidó al inspector, preparando las cosas para que todas las culpas recayeran sobre mí? —inquirí, sin molestarme en ocultar una absoluta incredulidad.

Craig negó con energía, sin dudas ni vacilaciones de ninguna

clase. Reconocía que Haggard había empezado a ser peligroso para él y deseaba su muerte; pero no en la forma en que se había producido.

—Estaba seguro de enfrentarle con Morris de tal manera, que fuera Emerson quien tuviera que matarle. Era un plan soberbio para librarme de los dos a un tiempo, sin riesgos ni preocupaciones. Pero tú, con tu estúpida borrachera, lo has echado todo a rodar.

—¡No mientas! —chillé, indignado—. No vas a convencerme de que no has sido tú quien urdió toda la trama en que me veo envuelto.

—¿Y si yo te probase que no fui ni pude ser el que liquidó al inspector?

—No te creería —repuso, obstinado—. Aun admitiendo que no lo hicieras personalmente, pudiste utilizar a cualquiera de tus secuaces. ¿A quién interesaba más que a ti la muerte de Haggard? ¿Quién me conocía lo suficiente para pensar en colgarla sobre mis hombros? Nadie. Absolutamente nadie...

—Excepto Emerson Norris, ¿no? —objetó, intencionado, Craig—. ¿Acaso ignoras que Haggard le presentó dos horas antes de su muerte una especie de ultimátum? ¿O supones que le molestaría poderse librar con tan pequeño esfuerzo de un individuo dispuesto a exigirle los cuarenta mil que robó a tu hermano?

No quise dar mi brazo a torcer admitiendo que sus insinuaciones podían tener algún fundamento. Sin embargo, sus afirmaciones tajantes y sus negativas rotundas empezaban a hacer vacilar la firme convicción que hasta entonces tuviera respecto a su culpabilidad. Como a un clavo ardiendo me agarré a lo que consideraba argumentos incontrovertibles:

—Pero fuiste tú quien nos mandó el champán, ¿no? Y no podrás negar que eres el dueño del

Coppa's.

Ni menos aún que el teniente Cártter Rice es buen amigo tuyo, ¿verdad?

Me respondió con un acento de sinceridad capaz de desarmar todas las suspicacias. Rice era amigo suyo, desde luego; pero mucho más amigo de Norris, a cuya influencia debía sus rápidos ascensos desde simple patrullero. El champán no nos lo mandó él, que se marchó del local hora y media o dos horas antes. ¿Que lo había

afirmado el camarero?

—¡Bah! El camarero repetiría lo que le dijese. ¿O tan tonto me crees como para haberle dicho que te diera mi nombre de habértelo enviado yo? ¡Sólo eso debía bastarte para comprender que no intervine en nada!

El argumento tenía indudable fuerza. Comprendiendo el efecto que me producía, Craig siguió hablando. Contra lo que Rice afirmó, el

Coppa's

no le pertenecía ni le perteneció nunca. Su verdadero dueño no era él, sino Emerson Norris.

—¿Podrías probármelo de una manera rápida?

—Sí. Bastará que vayamos al

Coppa's

y preguntemos al encargado. Incluso podemos hablar, aunque sea por teléfono, con el teniente o el propio Emerson. Cualquiera de ellos te dirá...

Rechacé de plano la sugerencia. Volver al restaurante donde todos debían recordarme equivalía a un suicidio. Me reconocerían en el acto y avisarían a la Policía, o, sin esperar a que llegase, se echarían sobre mí los secuaces de Craig que pululaban por allí, salvando a su jefe, pero hundiéndome a mí.

—¿Otra encerrona, eh? ¡Pues busca algo mejor, y deprisa, si te interesa conservar íntegra la cabeza!

Lawrence permaneció un par de minutos hundido en sus meditaciones, sin dejar de sentir un solo instante la nada tranquilizadora caricia del cañón de la pistola que empuñaba.

—¿Te ofrece suficientes garantías Howard Chandle?

Medí con cuidado los pros y los contras antes de responder. El abogado fué gran amigo de mi hermano y se mostró dispuesto a prestarme su ayuda cuando volví a Frisco, esperanzado en conseguir regenerarme. Probablemente ahora después de las muertes de Buddy y Haggard, y luego de complicar en un asunto turbio a su propia secretaria, estaría convencido de que no tenía arreglo posible y que no merecía nada mejor que la cámara de gas o muchos años de presidio. Pero había algo que no podía poner en tela de juicio: su honradez y rectitud de conciencia. Ni por favorecerme ni por perjudicarme diría nada que no se ajustase a la verdad.

—¿Y qué puede decir Chandle? —pregunté, siempre receloso.

—Quién es el dueño del

Coppa's,

en primer lugar; dónde y con quién estaba yo en el momento de cometerse el crimen y desde dos horas antes, en segundo término, y, sobre todas las cosas, sus impresiones y deducciones respecto al verdadero autor de la muerte del inspector. ¿No te parece suficiente?

Resultaba más que suficiente para mí, siempre que fuese verdad; es decir, que no se tratase de alguna nueva treta de Craig para ganar tiempo o hacerme caer en una trampa. No quise tomar siquiera en consideración la sugerencia de que fuésemos a casa de Howard. Entrañaba demasiados riesgos. Si creía en mi culpabilidad, era muy capaz de entregarme a la Policía. ¿No lo pretendió unos días antes, pese al convencimiento de que Buddy Rogers era un indeseable y que su muerte no constituía una pérdida, sino una ganancia, para la sociedad?

—Podemos meternos en una cabina pública y hablar por teléfono con él —indiqué.

Craig se resistía. Afirmaba que eran asuntos que no convenía tratar por teléfono. Hube de hacerle volver a la realidad con una advertencia concreta:

—Piensa que es tu última oportunidad de librarte de un balazo en la nuca.

Acabó accediendo, si bien con visible repugnancia. De todas formas, y sabiendo todo lo peligroso que podía ser mi acompañante, no desdeñé ninguna precaución. Antes de que separase las manos del volante, le registré con rapidez, quitándole una pistola que llevaba encima. Luego, me negué a entrar donde él quería, haciéndole seguir con el coche a través de los barrios del sur de la ciudad, hasta el amplio vestíbulo de un cinematógrafo en Sunnyvale Drive, cerca ya de San Mateo.

—Aquí.

Caminé a su lado, en actitud aparentemente amistosa, pero sin dejar de apuntarle un solo segundo a través de la tela del bolsillo. Lo incierto del paso de Craig y la crispación de su semblante indicaban que se daba perfecta cuenta del peligro que estaba corriendo.

—Cuidado con lo que hablas —le dije cuando entramos los dos en la cabina, mientras marcaba el número y yo apoyaba contra su estómago el cañón de la pistola—. Si tratas de venderme, te mato. Y te mataré, desde luego, si Chandle no confirma una por una todas tus afirmaciones.

No creo que exista nadie que se comporte con más —tacto que Craig en aquella ocasión. Planteó con entera claridad a Howard la situación en que se encontraba, pero omitió cualquier referencia que permitiera localizar el lugar de la llamada. Preguntó lo que me interesaba saber; sin embargo, tuvo un cuidado exquisito en no decir nada que pudiese indicar a su oyente, la forma en que deseaba que contestara. Entregándome el auricular cuando Chandle empezó a responder, pude oír la réplica del abogado:

—El

Coppa's

pertenece a Emerson Norris desde mil novecientos cuarenta y nueve; se lo compró en treinta mil dólares a Charles Zito Vogel, e hizo un buen negocio; quien aparece al frente del restaurante, Luigi A. Moretti, no pasa de ser uno de sus agentes electorales.

—¿Dónde estaba Craig a la hora en que fue asesinado Haggard?

—En el Marchand de McAllister, conmigo y con otros varios hombres de negocios. Me llamaron, porque deseaban que les redactase los estatutos de una nueva empresa de transportes. Estuvimos reunidos, cambiando impresiones, desde las doce hasta las cuatro de la madrugada.

—¿Quién cree que pudo matar al inspector?

—Según la Policía y de acuerdo con todos los indicios, tú. Pero yo, luego de hablar con Pamela, tengo muchas dudas.

Miss Jericó insistía en que su embriaguez y la mía, que se produjeron a un mismo tiempo, no fueron producto exclusivo del alcohol ingerido. Alguien preparó el champán para hacernos dormir durante unas horas. Y el que tal cosa hizo estaba de acuerdo, indudablemente, con el asesino del inspector.

¿Quién había sido? Descartados Craig Lawrence y yo, había varios sospechosos, porque Haggard tenía muchos enemigos. Howard, personalmente, se inclinaba por Emerson Norris, e incluso se lo había dicho así al propio teniente Rice, hablando en un terreno confidencial y pese a constarle la estrecha amistad entre ambos.

—No me hizo caso, desde luego. Pero, accediendo a las súplicas de Pamela, que está convencida de tu inocencia, he realizado una serie de investigaciones utilizando una agencia de detectives; estoy atando cabos sueltos, comprobando coartadas, y pronto, muy pronto...

Norris era un tipo habilidoso y escurridizo. Estaba en guardia y resultaba difícil de sorprender. Fingiendo una enfermedad, llevaba tres días sin salir de casa ni querer recibir a nadie. No obstante, esperaba reunir en tres o cuatro días indicios suficientes para presentar una denuncia.

—Claro está —añadió— que para lograr que le condenen e incluso que le procesen, dada su influencia y significación, harían falta pruebas y no indicios. Lo ideal sería una confesión suya o de cualquiera de sus cómplices; pero ese ideal se me antoja tan irrealizable como la mayoría de los ideales.

—Es posible que lo realice yo, y sin tardar mucho —afirmé, asaltado por una idea repentina.

Le alarmó oírme y habló apresuradamente, tratando de convencerme para que no hiciese ninguna nueva locura. Según Howard, lo más legal —y al mismo tiempo lo más cuerdo, sensato y beneficioso— sería entregarme a las autoridades. Mi fuga parecía confirmar las peores sospechas; la presentación a la Policía un tanto considerable en favor de mi inocencia.

Discutimos un rato por teléfono y no llegamos a un acuerdo. Por mucho que me asegurase que de entregarme no sería condenado, ni siquiera en el caso de que no pudiera hallar las pruebas precisas contra Norris, yo no compartía su optimismo. Sabía positivamente que a menos de presentar una confesión del verdadero culpable, no habría quien me librase de ir a la cámara de gas, caso de ser aprehendido. También sabía ya dónde y cómo pedía obtener esa confesión. Pero esto, claro está, no se lo dije a Chandle, porque hubiera sido capaz, con sus escrúpulos legalistas, de echarlo todo a rodar.

—«Okay» —dije al finalizar la charla—. Seguiré escondido sin hacer ninguna tontería ni intentar nada por mi cuenta, hasta que usted consiga las pruebas que necesitamos. Entonces...

—¿Te has convencido ya? —me preguntó Craig, considerablemente aliviado, respirando a pleno pulmón, cuando

abandonamos la cabina telefónica.

—Sí —repuse—. Y la mejor prueba es que te dejaré en libertad y te devuelvo ahora mismo tu pistola. De todas formas...

—¿Qué?

—Necesito tu automóvil para volver al centro de Frisco. Podrás encontrarlo dentro de dos horas en la esquina de Larkin y Clay. Para ti no ofrece peligro tomar un taxi; para mí, sí, porque el chofer podría reconocerme e indicar a la «bofia» el barrio en que me escondo.

—¿No se te habrá ocurrido trabajar por tu cuenta, metiéndote en algún nuevo lío? —inquirió, receloso y suspicaz.

—¡Ni pensarlo! —mentí con todo el aplomo posible—. Me estaré quietecito en mi agujero hasta que el peligro haya pasado. ¡Quedé bastante escarmentado por Buddy Roger y Stephen Haggard!

Pero estaba dispuesto a resolver de una vez mi situación. Sólo podría salvarme obligando a Norris a firmar una confesión semejante a la que Craig me arrancó respecto a la muerte de uno de sus secuaces. Emerson permanecía en su casa, de donde no salía, según Chandle, desde hacía tres días, simulando una enfermedad. Yo sabía dónde vivía: en Bernard, una calle corta, estrecha y poco concurrida que va de Leawenworth a Taylor Street. Lo más probable era que estuviera solo; pero aunque estuvieran con él un par de pistoleros, les cogería por sorpresa y triunfaría sin dificultad.

Para tener éxito, mi plan exigía ciertos preparativos, que realicé sin tardanza. Primero de todo, comprobar si Norris estaba en su domicilio, y lo comprobé apenas me separé de Craig, llamando por teléfono desde un bar, oyendo su voz y colgando sin molestarme en aclarar quién le llamaba. Después hube de comprar algunas herramientas para abrir la puerta sin hacer mucho ruido. Y, por último, pasar sin detenerme por delante del edificio para convencerme de que no había ningún coche policíaco estacionado en las inmediaciones.

En todo aquello no empleó arriba de tres cuartos de hora. Luego tardé otros veinte minutos en llevar el automóvil de Lawrence al punto que le había indicado y volver andando, con el sombrero encasquetado, la mano en la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo y todos los sentidos alerta por si alguien me seguía, hasta el portal de la casa en que moraba Norris.

Tuve la suerte de cara. Ni nadie me vió entrar en el portal ni me tropecé con alma viviente alguna mientras subía hasta la tercera planta, donde Emerson tenía su apartamento. El timbre era una tentación, pero la rehuí con todo cuidado. Utilicé las herramientas de que me había provisto en tres o cuatro minutos, y sin hacer el más ligero ruido descorrí el pestillo. Un minuto más tarde me hallaba en una especie de recibidor, cerraba la puerta a mi espalda y corría el cerrojo para no verme sorprendido por nadie.

Iba dispuesto a todo, pero no esperaba la serie de extraordinarios sucesos que había de vivir en el espacio de pocos minutos y que todavía no he conseguido explicarme por completo. Del recibidor partía a la derecha un pasillo que conducía al despacho de Norris, cuya puerta estaba abierta, lo que me permitió comprobar que había luz en su interior. Fui hacia allá pistola en mano, procurando no hacer el menor ruido, interesado en que Emerson no advirtiera mi presencia hasta que le resultara demasiado tarde para aprestarse a la defensa.

Llegaba a la mitad del pasillo cuando inesperadamente escuché el estrépito de una detonación, seguido inmediatamente por dos más. No llegué a ver a quién disparaba, pero sentí que uno o dos balazos iban a clavarse en la pared del pasillo, a corta distancia de mi cabeza. Hice entonces lo que creo que hubiera hecho cualquiera en mi caso: tirarme de bruces al suelo y contestar a los tiros.

Oí entonces —o me pareció oír, que mis recuerdos son bastante confusos— dos ruidos, que ya entonces se me antojaron contradictorios. El primero fué una especie de alarido de dolor o agonía; el otro, el golpazo de una puerta al cerrarse y de unos pasos que se alejaban precipitadamente. Advertí luego que nadie contestaba ya a mis disparos, pero aún permanecí un par de minutos tendido en el pasillo y sin saber qué hacer.

Al final me incorporé, y tomando toda clase de precauciones penetré en el despacho. A la primera ojeada vi que un individuo aparecía sentado tras la mesa y caído sobre ella; debía estar muerto o gravemente herido, porque había un poco de sangre en torno al punto en que descansaba su cabeza. También que una puerta, que hacía frente a la utilizada por mí para entrar y que posiblemente conducía a la parte posterior de la casa, estaba cerrada.

Quise abrirla por si tras ella se escondía algún enemigo, y

comprobé que habían echado el cerrojo al otro lado. Me acerque entonces al herido y comprobé tres cosas igualmente desconcertantes: la primera, que estaba muerto; la segunda, que se trataba de Emerson Norris en persona, y la tercera, que debió morir en el acto, porque el orificio que mostraba en mitad de la frente era mortal de necesidad, y que no podía haberle acertado yo, por cuanto el lugar que ocupaba estaba totalmente desenfilado del punto desde el que hice mis disparos.

La muerte de Norris significaba una verdadera catástrofe para mí. Hacía inútil mi aventurada incursión en su casa y totalmente imposible arrancarle la confesión que me liberase de toda culpa en el asesinato de Haggard. Desconcertado, sin saber exactamente lo que hacía, estuve unos minutos rebuscando entre los papeles esparcidos sobre la mesa, sin hallar nada de lo que podía interesarme. Descubrí que a los pies del muerto había caído una pistola; pero jamás supe si Emerson llegó a manejarla o la tiraron allí para dar la impresión de que había tratado de defenderse.

—¡Abran a la Policía!

Las voces enérgicas e imperativas sonaban en la puerta de la escalera, acompañadas de fuertes golpes. Instantáneamente salí de la abstracción en que me había sumido el encuentro del cadáver de Norris. Comprendí que si me cogían en el interior de la casa no tenía salvación posible y que tampoco tenía escape por el camino utilizado para entrar. Un momento forcejeé con la puerta cerrada que daba a la parte posterior del edificio. No conseguí abrirla.

Me asomé a la ventana. Daba a un patio, y cerca corrían unas tuberías. Descender por ellas ofrecía graves riesgos, pero mayores serían los de permanecer allí. Tras un momento de vacilación guardé la pistola para utilizar ambas manos con entero desembarazo, me así a las tuberías e inicié el descenso. Vi entonces que se abrían algunas de las ventanas y se asomaban gentes gritando cosas que no llegué a entender. Para mí no había más que una preocupación. Llegar abajo y escapar a todo correr.

Pero antes de que pusiera los pies en el suelo, ya sentía en los riñones el cañón de un revólver, mientras una voz amenazadora me advertía:

—¡Entrégate sin resistencia! Si llegas siquiera a moverte...

Antes de que pudiera reaccionar ya estaba esposado; al guardia

que me detuvo no tardaron en sumarse tres o cuatro más. Media hora después llegaba a la estación policíaca de Van Ness Avenue, perfectamente custodiado y con una nueva acusación de asesinato sobre mi cabeza.

Es fácil imaginarse lo demás, incluso para quienes no se hayan molestado en leer las amplias informaciones que sobre los crímenes y la vista de la causa en que fui juzgado publicaron todos los periódicos. No hubo nada extraño, inesperado ni sorprendente en mi historia a partir del momento en que fui detenido. Lo sorprendente, inesperado y extraño habría sido que la Policía me dejase en libertad; que alguien se confesara autor de los asesinatos que se me imputaban, liberando así su conciencia del más pesado de los fardos, o que los jurados, convencidos de mi inocencia o de la falta de consistencia de las pruebas acumuladas, dieran un veredicto de inculpabilidad.

Pero con perfecta lógica no ocurrió nada de eso, sino todo lo contrario. Tanto la Policía local como el

F. B. I.,

se obstinaron en que yo había matado a Stephen Haggard y Emerson Norris y frente a mis negativas acumularon pruebas e indicios capaces de convencer al mayor de los incrédulos; lejos de sentirse aguijonado por su conciencia al saber que mi vida estaba en peligro, el verdadero criminal debió dormir tranquilo y satisfecho cuando supo que todas sus maniobras habían tenido éxito y otro pagaría sus delitos; y en cuanto a los jurados, si tardaron un rato en dar su veredicto, más fué por guardar las formas que porque hubiese discrepancias entre ellos, ya que ninguno podía dudar de que fuese culpable.

Me condenaron, naturalmente, a la última pena, Todavía mi defensor trató de luchar, recurriendo a todos los procedimientos legales para intentar modificar la terrible sentencia. Yo le dejé hacer, aunque sabía que todo, absolutamente todo, sería inútil. Mi sentencia estaba dictada desde que Haggard apareció muerto en mi apartamento, y se hizo irrevocable en el instante mismo en que hallé a Norris asesinado cuando le buscaba para forzarle a declararse culpable del crimen que se me imputaba. El desenlace sólo podía ser uno, antes o después. Y en ese desenlace me tocará dentro de unas horas representar el triste papel de protagonista.

No voy a incurrir como tantos otros en la injusticia e ingratitud de atribuir mi condena a la falta de habilidad o interés del defensor. Tuve el mejor defensor que podía soñar, pero ni su talento ni sus esfuerzos sirvieron de nada en un proceso como el mío, perdido por anticipado. El hizo lo que pudo y más; si fracasó hay que atribuirlo a la naturaleza del caso, nunca a torpezas o negligencias suyas.

Porque mi defensor fue nada menos que Howard Chandle. No quería al principio encargarse de la causa, justamente dolido por haberle engañado en mi conversación telefónica y haber intentado algo suicida por cuenta propia en lugar de entregarme a la Policía como me aconsejó; es probable que tuviera un segundo motivo, y era su creencia de que había matado a Norris. Cuando vino a verme, vencido por los ruegos y las lágrimas de Pamela, que en él ponía todas sus esperanzas para lograr arrancarme de la muerte, le juré en todos los tonos que cuando llegué a su despacho Emerson estaba muerto. Simuló creerme, pero no me creyó. A pesar de ello, luchó con entusiasmo, tesón, habilidad y ardor, tratando de probar mi inocencia y destruir el cúmulo de pruebas presentadas en contra mía.

Hizo todo lo que supo y pudo; tal vez más. Investigó a fondo, sometió a testigos y peritos a interminables interrogatorios, recurrió a todas las triquiñuelas legales, y estoy seguro que de no haber sido tan desesperado mi caso habría conseguido un éxito espectacular. Que no lo consiguiera no amengua mi gratitud por su generoso esfuerzo. Generoso, porque desde el principio sabía que no podría pagarle un solo centavo.

Únicamente discrepamos en un punto: Craig Lawrence. Yo seguía sospechando de él, y antes del juicio Chandle compartía mis recelos y sospechas. Pero hizo una serie de averiguaciones por cuenta propia y llegó a la conclusión de que no había tenido intervención alguna en la muerte de Norris. Yo insistí, no obstante, en acusarle, y el abogado me disuadió con un argumento de indudable fuerza.

—Enseñaría tu confesión del asesinato de Buddy —dijo—, y empeoraríamos las cosas. Si hemos de conseguir salvarte no será por el camino de admitir y proclamar que has cometido un crimen más de los que te achacan.

Tuve que darle la razón. Ahora, a la vista de lo sucedido, creo

que se equivocó; de buena fe, pero se equivocó. Nada hubiese perdido con hablar de Buddy Rogers, porque no podían condenarme a una pena mayor de la que sufro. Y por lo menos tendría la satisfacción de saber en la cárcel, como cómplice y encubridor de un crimen, a Craig Lawrence, en cuya absoluta inocencia continúo sin creer hoy.

Pero acaso no debiera, haber escrito los párrafos anteriores, qué implican una censura para el hombre que trató de salvarme con tanto entusiasmo y generosidad. No estaría bien que lo hiciera en ningún caso; pero menos en el mío, cuando ya no puede quedarme esperanza alguna y estoy a un paso, del final.

Acabo ahora mismo de comunicar con Pamela Jericó. Ha sido mi última comunicación. No me lo dijo con toda claridad; incluso trató de animarme, mintiendo piadosamente. Pero sus lágrimas y su desmayo a mitad de la entrevista resultaron para mi elocuentes y reveladores. Ya antes me había dicho que Chandle estaba angustiado y no tenía el valor necesario para volver a verme.

—¿Volveré a verte a ti? —pregunté intencionado.

—No lo sé —repuso tras una breve lucha consigo misma—. Pero si lo peor sucede, yo seguiré queriéndote y no podré mirar a ningún otro hombre.

Sé que lo peor sucederá dentro de muy pocas horas. No veré amanecer el día de mañana. Acaso sea mejor así, porque la misma muerte es preferible a la angustia dantesca de esta galería de condenados. Pero me estremezco de pies a cabeza al pensarlo sintiendo deseos de empezar a gritar como un loco que soy inocente.

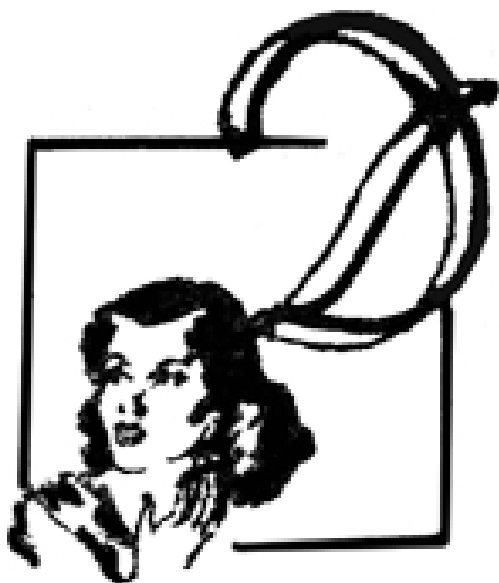
No lo haré, porque no serviría de nada y porque es tal la confusión de mis ideas, que empiezo a dudar incluso de mi inocencia. Quizá, y aunque no haya matado a Haggard ni a Norris, tenga bien merecido el final que me espera. Y no lo digo por lo que hice con Buddv Rogers, que era todavía peor que yo, sino por mi vida al margen de la Ley, por mis vergonzosas ganancias con un tráfico criminal que empujaba a la degeneración, a la locura y al delito a muchos infelices. Mis culpas merecen, desde luego, un castigo. Si pudiese trataría de enderezar mi vida, reparando el daño causado. Pero no hay tiempo para nada de esto. Tan sólo hay tiempo para morir.

El vigilante que me trajo la comida ha dicho que el reverendo Untermeyer vendrá a verme esta tarde. Una visita suya anunciada con anticipación sólo puede significar una cosa: que mi ejecución está fijada para la noche. Procuraré mantenerme sereno y firme en el trance final. Y espero que la charla con Untermeyer, librando mi conciencia de una pesada carga, me ayude a soportar con entereza la terrible prueba.

Entregaré al reverendo el montón de cuartillas escritas a lápiz durante estos días. Quisiera que se las llevase mañana mismo a Pamela. Cuando ella lea la primera, yo habré dejado de existir. Ya que no pueda darle otra satisfacción o alegría, la daré al menos la de que al final me arrepentí de mis errores y de que cuando llegue la hora moriré con su nombre en los labios...

Y hago punto final, porque oigo los pasos del reverendo Untermeyer que se acerca. Dentro de unas horas otros pasos, muy distintos a los suyos, se detendrán ante mi celda. Los del primero significan para mí la esperanza en la otra vida; los de los segundos marcaron el final de mi tránsito por ésta...

VI



AMON Wiswell, inspector del Federal Bureau of Investigaron, contempló indeciso y pensativo el montón de cuartillas que el reverendo Thorne Untermeyer había dejado sobre la mesa. En sus oídos resonaban aún las palabras que pronunció antes de abandonar el despacho:

«Lea con atención esas cuartillas, Wiswell. Son la confesión sincera de un hombre atormentado. Yo creo en su veracidad. No es fácil mentir de cara a la muerte y pérdidas todas las esperanzas. Temo mucho que con Dale Armstrong vaya a cometerse un terrible error judicial».

Damon no lo creía, naturalmente. Untermeyer era un alma noble y generosa, incapaz de pensar mal de nadie, presto siempre a

perdonar las faltas ajenas con un generoso y paternal amor por todos sus semejantes. Sufrió espantosamente en la penosa misión que había echado sobre sus hombros, pero la realizaba con ejemplar abnegación, procurando salvar las almas de quienes la justicia humana juzgaba merecedores de la más dura sanción.

Bien. Era comprensible que el reverendo pusiera en duda la culpabilidad de un delincuente, dejándose engañar por las mentiras con las que acaso espetaba eludir un justiciero castigo. Pero él, inspector de la Policía federal, era mucho peor pensado y creía conocer más a fondo la mentalidad de los delincuentes de toda laya y condición. Admitía, sí, que la Policía y los jueces pudieran equivocarse en alguna ocasión, que de humanos es el errar; pero una larga experiencia le decía que el error era siempre la excepción, que se producía muy pocas veces, y que en una mayoría abrumadora de ocasiones quienes iban a presidio o a la cámara de gas lo tenían sobradamente merecido.

En cualquier caso, Dale Armstrong no era la excepción; de eso estaba absolutamente seguro. Conocía a fondo el asunto que determinó su condena. Fué compañero entrañable del inspector Kaggard, con el que le unía una vieja amistad, y si bien esa misma amistad le privó de dirigir personalmente la persecución de sus asesinos —que el amor a la justicia del

F. B. I.,

procura siempre que las investigaciones se lleven a cabo por quienes no tengan ningún interés personal en un caso dado, a fin de que la pasión no enturbie la serenidad de sus juicios—, conocía los trabajos realizados por sus compañeros, no ignoraba nada de los antecedentes del acusado y asistió a la vista de la causa, donde quedó probada hasta la saciedad su participación personal y directa en los dos asesinatos.

—Nada de lo que diga puede hacerme variar de pensamiento —murmuró, ensimismado—. Pero aunque lo consiguiera, y sería un milagro, ¿de qué podría servirle a estas alturas?

El asunto estaba fallado definitivamente. Ciertamente que, según le había dicho Untermeyer, Dale no sería ejecutado aquella noche, sino veinticuatro horas después. Pero veinticuatro horas en sus circunstancias no significaban esperanza de ninguna clase. El Tribunal Supremo del Estado había confirmado la sentencia; el

gobernador la había firmado, tras rechazar las peticiones de indulto; el «cúmplas» estaba puesto y realizados todos los preparativos en la prisión. La máquina de la justicia caminaba con lentitud, y habría transcurrido un año largo entre la comisión de los crímenes y la expiación del culpable; pero una vez puesta en marcha seguía hacia adelante, con ritmo inexorable, y no existía forma humana de hacerla dar marcha atrás. Ocurriera lo que ocurriese, Armstrong sería ejecutado.

—Y no se perderá nada con que le ejecuten.

Por simple curiosidad comenzó a leer las cuartillas. No esperaba encontrar en ellas más que embustes y mentiras; cuernos y protestas capaces de impresionar a un espíritu sin doblez como el del reverendo Untermeyer, pero que no podían hacer el menor efecto en un hombre curtido en la lucha contra el crimen y al corriente de las artimañas, argucias y habilidades de los enemigos de la Ley y la sociedad.

Contra lo que suponía le interesó la lectura y, no levantó la cabeza hasta que concluyó la última de las cuartillas. Entonces había en su rostro un claro gesto de preocupación. Poniéndose en pie, y luego de llenar y encender la pipa, que se le había apagado sin que lo advirtiera mientras permanecía abstraído en la lectura, dio unos pasos, pensativo, por la estancia. Al final, hablando en voz alta, olvidándose de que estaba solo en el despacho y de que nadie podía oírle, afirmó resuelto:

—Hay que hacer algo. ¡Y hacerlo inmediatamente!

Cualquiera hubiese podido pensar que aquella prisa estaba determinada por la proximidad de la ejecución de Armstrong, pero se engañaría por completo quien diera tal interpretación a las palabras de Wiswell. No creía que la ejecución pudiera suspenderse ni aplazarse siquiera. Y, desde luego, no pensaba mover un solo dedo por conseguir cualquiera de las dos cosas.

En realidad, al terminar la lectura de las cuartillas seguía plenamente convencido de la culpabilidad de Dale y de lo justo de la sentencia dictada contra él.

Más convencido que nunca. No creía una sola palabra de sus protestas de inocencia, y menos aún de sus embarulladas y confusas justificaciones. Contra todas sus palabras estaban los hechos indiscutibles de que los disparos que cortaron la vida de Haggard y

Norris fueron hechos con su pistola: que el primero fue hallado muerto en su propio domicilio y que se encontraba en casa del segundo en el instante preciso en que Emerson fue asesinado. Por si no fuera bastante con aquello, Armstrong decía en sus cuartillas algo que había callado hasta entonces: que volvió a Prisco decidido a perpetrar los dos crímenes. Al inspector deseaba matarle como responsable directo del triste final de su hermano; al «alderman», por haberse llevado los cuarenta mil dólares de la caja de alquiler del Chasse Bank.

Eran otros los problemas que preocupaban a Wiswell. La participación de Craig Lawrence en los sucesos, en primer término, y la muerte de Buddy Rogers, en segundo lugar. Tras de Craig Lawrence andaba Haggard en el momento en que fué asesinado; había averiguado lo suficiente de su vida y andanzas para poder catalogarlo, si bien en un terreno puramente confidencial, como «el más peligroso de todos los indeseables de California». La última vez que hablase con él, el inspector había dicho:

—Estoy dando cuerda a Craig: o mucho me equivoco, o antes de ocho días podré ahorcarle con ella.

Pero al día siguiente, Haggard estaba muerto y a nadie se le ocurrió relacionar a Lawrence con el crimen. Fué una casualidad venturosa para Craig, que se vió libre del más peligroso de sus enemigos; demasiado venturosa para que fuera enteramente casual. La confesión de Dale demostraba que de una manera u otra, directa o indirectamente, había estado relacionado con el crimen. ¿Por qué no se mencionó siquiera su nombre durante el proceso? Armstrong daba la explicación en sus cuartillas: por la declaración que Lawrence tenía en su poder, en la que Dale se reconocía autor de la muerte de Buddy Rogers.

—¡Y lo más increíble es que Buddy continúa vivo!

De esto no le cabía la menor duda. Conocía sobradamente a Rogers para poder equivocarse. Precisamente fué él, Damon Wiswell, quien le detuvo cinco años atrás con un paquete de marihuana encima, logrando que se le condenase a veinte meses de prisión. Y no hacía más que tres noches que se había tropezado con él, saliendo del

Coppa's.

Estaba un poco cambiado, desde luego; con un bigotito que nunca

había llevado y unas gafas que probablemente no necesitaba para nada; pero no tan cambiado que pudiera dejar la menor incertidumbre en su ánimo.

Pero había algo más, que demostraba que no le había engañado su vista. Recordaba perfectamente que cuatro meses atrás, Buddy Rogers fué detenido por un incidente sin importancia —conducir embriagado— en las proximidades de Sacramento. La Policía local, enterada de sus antecedentes, preguntó a la división del

F. B. I.,

si había alguna reclamación pendiente contra aquel sujeto; la contestación negativa fué suficiente para que le pusieran en libertad. Pero el simple hecho de su detención ya demostraba que continuaba vivo ocho meses después de que Annstrong tuviese la plena seguridad de haberle matado.

Porque en este punto concreto tampoco era posible la menor duda. Era lógico que Dale mintiese, aun desconfiando de que ya le sirviera de nada, al negar haber asesinado a Norris o Haggard. Pero ¿por qué y para qué iba a proclamarse autor de un crimen imaginario? Sólo cabía la explicación de que estuviese loco. Sin embargo, su relato, perfectamente coherente, no parecía obra de un desequilibrado. Cuando decía que había matado a Buddy tenía que ser porque lo creyera así.

¿Quién se lo hizo creer? Craig Lawrence, evidente mente. ¿Con que finalidad?

—Eso es lo que debo averiguar sin tardanza. Acaso tenga cien veces mayor trascendencia de lo que parece.

La acción siguió sin tardanza al pensamiento. Una llamada telefónica a la Policía local de Sacramento le informó de que Buddy Rogers había residido en dicha ciudad cerca de un año, trabajando aparentemente en las oficinas de la Californian Truck Company, pero pasándose las noches en los clubs nocturnos, especialmente en el Trawdlers, gastando mucho más dinero del que debía ganar. La Truck Company pertenecía, como Wiswell no ignoraba, a Craig. ¿Quién era el dueño del Travellers?

—Al frente hay un hombre de paja; pero el amo de todo es un tipo de Frisco apellidado Lawrence.

Era lo que el inspector sospechaba precisamente. ¿Seguía residiendo Buddy en Sacramento?

—No. Hace dos meses que partió para San Francisco y no ha vuelto por aquí.

Hacía poco más de dos meses de la condena a muerte de Dale Armstrong. ¿Otra coincidencia? Quizá; pero resultaba lo suficiente extraña para merecer una investigación. Sin perder momento, Wiswell trató de ponerse en comunicación por teléfono con Craig. Le costó cierto trabajo encontrarle. Al final supo que estaba cenando en el

Coppa's,

en unión de varios amigos. ¿Sería Buddy uno de ellos? Cabía en lo posible. Pensó en marchar allí personalmente para interrogar, a Rogers y a Lawrence; luego se le ocurrió algo mejor.

—¿Conoces a Buddy Rogers, Dick? ¡Magnífico! Supongo que debe encontrarse ahora en el

Coppa's.

Vas a presentarte allí dentro de cinco minutos, procurando pasar inadvertido. Lo mejor será que te quedes a la puerta, vigilando con disimulo. Es probable que nuestro amigo tenga prisa en desaparecer tan pronto como yo haga una llamada telefónica. Tienes que seguirle, vaya donde vaya. Toma nota de donde se mete. ¡Ah, deténle si pretende salir de San Francisco! Tengo cierto interés en hacerle unas preguntas está misma noche.

Richard Jarvis, agente especial del

F. R. I.,

salió inmediatamente para cumplir al pie de la letra las instrucciones del inspector. Wiswell quiso darle tiempo a llegar al

Coppa's

antes de hablar con Craig. Pero no permaneció inactivo. Por teléfono se puso en contacto con Howard Chandle, inquiriendo dónde podría verle aquella misma noche.

—No pienso moverse del despacho, inspector —repuso el abogado—. Tengo mucho trabajo pendiente y quiero despacharlo. Miss Jericó es tan amable que me ayuda, pese a la hora. Pero si quiere que hablemos a solas...

—Prefiero que esté presente *miss Jericó* —dijo Wiswell—. Deseo preguntarle algo acerca de Dale Armstrong.

—Como guste, inspector, aunque, desgraciadamente, no creo que haya nada que hablar va de ese lamentable asunto.

Cuando llamó al
Coppa's,

Lawrence tardó un buen rato en ponerse al aparato, y no dió muestras del mejor humor al reconocer a su interlocutor; menos aún al escuchar su primera pregunta.

—¿Qué puede decirme de Buddy Rogers, Craig?

—Nada que ofrezca el menor interés, inspector. ¿Por qué me lo pregunta?

—Necesito hacerle con urgencia unas preguntas y quisiera saber si se encuentra aquí o en Sacramento. Y no diga que lo ignora. Lleva unos años trabajando para usted y hace dos meses aparecía como empleado en la Californian Truck Company. ¿Es cierto?

—Lo es —replicó, tras una perceptible vacilación, Lawrence—. O, mejor dicho, lo era. Porque hace varias semanas que abandonó su trabajo y quedó despedido.

—¿No conoce su dirección en Frisco?

—Ni siquiera sé que esté aquí —dijo Craig, y era fácil advertir su alarma y el cuidado que ponía en las palabras—. Vino a verme hace días; me pidió dinero porque pensaba marcharse no sé dónde; pero no se lo di y no he vuelto a saber una sola palabra de él. Lo siento mucho, inspector; pero no puedo ayudarle en este caso.

—Quizá sí —se apresuró a replicar Wiswell, antes de qué su interlocutor cortara la comunicación—. Es posible que pueda contestar usted a lo que pensaba preguntar a Rogers. ¿Querría hacerlo?

—Según lo que sea, inspector. Si es algo que yo sepa...

—Espero que sí —luego, sin más preámbulos, lanzó la bomba—: ¿Qué sabe del asesinato de Buddy Rogers?

—¿Buddy asesinado? —inquirió Craig—. ¿Sabe lo que dice, inspector? ¿Cuándo le han asesinado?

—Hace doce meses y en su propio despacho de las oficinas de Polk Street. Lawrence. ¿Qué le parece?

—¡Una broma estúpida! —contesto Craig, cuya voz traicionaba la repentina agitación que sentía—. Ya le he dicho que vi hace días a Buddy y estaba vivo; usted también está enterado de que trabajó en Sacramento hasta hace unas semanas. ¿Quién puede decir que lleva un año asesinado?

—La persona a quien usted hizo creer en su muerte, Lawrence:

Barney Dale Armstrong.

Tras una pausa que indicaba su profundo desconcierto, Craig reaccionó con vehemencia. Aquello era una tontería sin pies ni cabeza. Ni Rogers había muerto ni él había querido cargar a nadie una muerte imaginaria. Sólo un tonto podía decir tal cúmulo de disparates.

—No creo que Dale sea tonto, aunque es posible que le hayan hecho pasar por tal. De cualquier forma, escuche algo interesante...

Contó en líneas generales lo que Armstrong consignaba en sus cuartillas. Su interlocutor no le dejó terminar:

—¿Tan ingenuo es que da el menor crédito a esas paparruchas? ¿No comprende que es un invento de ese tipo, que sería capaz de acusarse de todos los crímenes habidos y por haber si con ello puede retrasar su ejecución? La verdad, inspector, es que jamás pude imaginarme que el

F. B. I.

se dejase engañar, haciendo el juego a un asesino.

—Se equivoca a sabiendas, Lawrence. Ni hacemos el juego a ningún asesino ni nos dejamos engañar por nadie. Nada de esto impedirá que Dale entre mañana mismo en la cámara de gas. Sin embargo...

—¿Qué? —preguntó, interesado, Craig.

—Nos interesa aclarar lo que haya de cierto en la farsa de la muerte de Rogers, y lo aclararemos.

—Pues yo le anticipo que no hay nada; absolutamente nada. Es una fantasía de Armstrong, y nada más.

—Me convenceré cuando hable con Buddy:

—Espero que pueda hacerlo esta misma noche. Y créame que ahora lamento doblemente no poder decirle dónde se encuentra.

Wiswell no le creyó, naturalmente. Lejos de facilitar su tarea, Craig haría cuanto estuviera en sus manos por entorpecerla. Lo más probable sería que avisase sin tardanza a Rogers de que la Policía le buscaba y le convenía quitarse de en medio. Por fortuna, esperaba que no pudiera írsele de entre las manos. Si estaba en el Coppa's

en aquel instante, Dick Jarvis se encargaría de él; si se encontraba en algún otro lugar, trataría de salir cuanto antes de Frisco.

—Encárguese de que vigilen las carreteras, los ferrocarriles, el

puerto y el aeródromo —ordenó a uno de sus auxiliares— Buddy Rogers intentará escapar esta noche y debemos echarle mano.

Tranquilo por aquel lado, seguro de que sus órdenes se cumplirían al pie de la letra y que Rogers no lograría escapar aunque lo intentase, cogió el coche y marchó a Fremont Street, donde Howard Chandle tenía su despacho.

Conforme le había anunciado, encontró al abogado trabajando en unión de *miss* Jericó. Pero ésta pretendió retirarse apenas le vió.

—Comprenderá, inspector, que para mi será violento oírle —explicó, con una triste sonrisa en el rostro demacrado—. Quiero a Dale y me duele que le llamen asesino en mi presencia. Yo creo que es inocente, aunque nadie comparte mi creencia. Y como no me atrevo a suponer que traiga ninguna buena noticia...

—No se la traigo, señorita, y haría bien en no esperarla. Desgraciadamente, su condena es inapelable. No me opongo a que se vaya, porque así podré hablar con mayor desembarazo con míster Chandle. Sin embargo, quisiera que antes de irse contestara a una pregunta, a una sola. ¿Lo hará?

—Desde luego. ¿Qué quiere preguntarme?

—¿Conoce a un individuo llamado Buddy Rogers, *miss* Jericó?

—No —repuso la joven, sin vacilaciones—. Creo que es la primera vez que oigo ese nombre.

—¿No se lo oyó mencionar nunca a Dale?

—Estoy segura de que jamás me habló de él.

—Lo suponía, señorita. Y ahora puede retirarse cuando le parezca.

Esperó a que la chica se fuera antes de plantear a Chandle el problema que le llevaba allí. Cuando los dos hombres se quedaron solos, el inspector hizo al abogado una pregunta inesperada:

—¿Tiene la menor duda acerca de la culpabilidad de Armstrong, amigo Howard? ¡Oh, no haga gestos ni me conteste precipitadamente! Sé de sobra que fué su abogado defensor y que ha tratado de salvarle por todos los medios a su alcance. Ha cumplido escrupulosamente con su deber; incluso podría decir que se ha excedido, si pudiera haber exceso en el noble intento de salvar una vida que tenemos la obligación moral de defender, pero...

Hizo una breve pausa para encender la pipa. Chandle esperó con impaciencia que continuara.

—Pero el asunto está juzgado; hay una condena firme que ni usted ni yo podremos modificar con nuestras palabras y nuestras opiniones. Y ahora, cuando todo está decidido, yo vengo a preguntarle en plan amistoso, de hombre a hombre, de corazón a corazón, que me diga con entera nobleza si en el fondo de su ánimo existe la menor duda de que Dale mató a Stephen Haggard y Emerson Morris. No me conteste precipitadamente; tómese todo el tiempo que quiera; pero le suplico que me responda con la verdad. ¿Querrá hacerlo?

—Desde luego —afirmó el abogado, quien quedó ensimismado, con los codos apoyados en la mesa y los ojos medio cerrados; las arrugas de su frente indicaban los contradictorios pensamientos que cruzaban por su mente en aquel instante. Al final, con aire decidido, mirando de frente a su interlocutor, respondió con entera sinceridad —: Voy a decirle lo que me pide, inspector. Si no estuviera todo decidido y resuelto; si existiera una posibilidad por remota que fuese de salvar la vida de Armstrong; si no hubiesen fijado fecha para la ejecución de la sentencia, yo le diría que estaba seguro de su inocencia.

—¿Pero al no ser así?...

—Un imperativo moral me induce a reconocer y proclamar, si bien en un terreno puramente confidencial, la culpabilidad de Dale. Fué la única persona que pudo matar al inspector y a Morris, que tenía razones para desear su muerte y que se hallaba en el lugar en que se cometieron los crímenes. Nadie tenía motivos tan poderosos como él para perpetrar los dos asesinatos.

—¿Ni siquiera Craig Lawrence? —preguntó, intencionado, Wiswell.

—¿Qué quiere insinuar, inspector? —inquirió el abogado, cuyo gesto revelaba repentina alarma.

—Lo que debe saber de sobra: que no existía persona alguna que celebrase tanto como Craig la desaparición de ambos. Tan beneficioso resultaba para él, que me cuesta trabajo admitir que no matase al inspector primero y a Emerson Norris después.

—¿Pero si sabemos que fue Armstrong!...

—Pero ignoramos de dónde partió el impulso primero. ¿Está seguro que no fue de Lawrence?

Chandle quedó un instante pensativo y luego habló con calma,

eligiendo con cuidado las palabras. No simpatizaba poco ni mucho con Craig, al que consideraba un indeseable, culpable de que su viejo amigo Luther hubiera seguido el peor de los caminos. Si tuviese alguna duda respecto a sus movimientos la noche en que Stephen murió, lo diría con entera claridad; pero no podía tener ninguna.

—Estuvimos desde las doce de la noche a las cuatro de la madrugada en el Marchand, de McAllister Street, discutiendo la ampliación de la Truck Company.

—Con lo que usted le proporcionó la mejor de las coartadas, ¿no?

—No se trataba de ninguna coartada más o menos habilidosa —protestó, indignado, Chandle—, sino de un hecho real, efectivo e indiscutible.

—Le creo —repuso Wiswell, que advertía, un poco sorprendido, cómo un hombre de tanta habilidad dialéctica, famoso en el foro por su impasibilidad, perdía un poco la cabeza al hablar con él—. Pero ¿podría afirmar con idéntica vehemencia y seguridad que no perdió de vista a Craig un solo segundo durante aquellas cuatro horas o que éste no dió, incluso en presencia suya, instrucciones que pudieron determinar el crimen a cualquiera de sus secuaces?

—¡Eso no pasa de ser una estupidez! —exclamó, airado, Chandle, levantándose con ánimo de dar por terminada la entrevista.

Pero como su interlocutor no hiciera ademán de imitarle; como el inspector continuara sentado, fija en el abogado una mirada fríamente escrutadora y como repitiera sus preguntas en el tono de quien no admite rodeos ni evasivas de ninguna clase, tragó saliva y contestó, aunque sin ocultar el profundo desagrado con que proseguía la conversación.

No; no podía ni tenía por qué negar que durante las horas pasadas en el Marchand, Craig, lo mismo que los demás integrantes del grupo, se levantó cuatro o cinco veces, yendo de un lado para otro y permaneciendo cinco, seis, tal vez diez minutos separados de sus amigos.

—Pero en ningún caso hubiese tenido tiempo para ir y volver a Kearney Street, si es eso lo que pretende insinuar.

En cuanto a los tipos que le rodeaban, su criterio no ofrecía

dudas. Eran indeseables, forajidos en la más exacta y pura significación de la palabra. La sociedad no perdería nada el día que Bruce Stoker y otros tipos de su catadura desaparecieran definitivamente del mundo de los vivos. Les creía tan capaces como al propio Craig de perpetrar un asesinato. Pero...

—Al encargarme de la defensa de Dale hice algunas averiguaciones respecto a sus movimientos la noche del crimen, y pude comprobar que ninguno apareció siquiera por las proximidades de Kearney Street.

—¿Ni siquiera Buddy Roggers? —inquirió, con marcada intención, Wiswell.

—Esperaba que me hiciera esa pregunta, inspector —respondió con una sonrisa desdeñosa el abogado—. La esperaba desde que le oí preguntar a *miss* Jericó si le decía algo ese nombre. Ella contestó negativamente, porque con toda seguridad era la primera vez que lo oía...

—¿Y usted?

—Yo lo he oído más veces, desde luego —afirmó en tono pausado Chandle—. Y hasta realicé interesantes y cuidadosas investigaciones respecto a dicho individuo. Sólo así pude evitar el terrible resbalón que hubiera significado denunciar su muerte en pleno tribunal para encontrarme con la sorpresa de que estaba vivo.

La primera vez que Armstrong le habló del supuesto homicidio —que, naturalmente, no había presenciado ni cosa que se le pareciera—, el suceso se le antojó extraño, puramente fantástico para ser más exacto. Pero Dale se expresaba con tal firmeza y seguridad, dando tantos detalles, que quiso enterarse antes de negarle en redondo todo contenido real.

—Comprobé sin dificultad alguna que Buddy estaba vivo, aunque el pobre Dale se negó a creerme cuando se lo dije. Hablé con Craig y se rió de mí, desafiándole a que dijera una sola palabra de toda aquella historia, lo que le daría una magnífica oportunidad de presentar una denuncia por libelo contra mí. Yo preferí callar, convencido de que todo era fruto exclusivo de la sobreexcitada imaginación de Armstrong, al que aterraba, como es natural, la perspectiva de ser condenado a muerte.

—¿Y no pensó que Craig pudo montar la farsa de la muerte de Buddy para tener en sus manos a Dale? —preguntó, seriamente.

Wiswell.

—Es posible —repuso el abogado—, pero no vi que pudiera sacar el menor provecho a dicha posibilidad.

—¿Provecho suyo, personal? —inquirió el inspector.

—No; provecho en la defensa de Dale. Recuerde, mi querido amigo, que mi obligación era hacer cuánto en mis manos estuviera por salvar al joven Armstrong; no por aclarar unos crímenes cuya investigación no me competía ni por hacer recaer sobra otros las culpas. En tales circunstancias...

Habría sido contraproducente atacar a Craig; aparte de que éste podía destruir su acusación en el acto, demostrando que Buddy continuaba vivo, el hecho podía interpretarse como una confesión plena de Dale en el asesinato de Haggard. ¿Qué habría matado impulsado por las amenazas de Lawrence? Quizá; pero las amenazas sería difícilísimo probarlas, y, en cambio, quedaría en pie, como realidad indiscutible, la muerte del inspector.

Wiswell hubo de reconocer en su fuero íntimo que el razonamiento de Chandle tenía verdadera fuerza. No resultaba muy moral porque deliberadamente rehuía la entraña del problema, interesado únicamente en salvar a su defendido; pero no carecía de lógica desde el punto de vista del abogado. Sin embargo, y teniendo en cuenta la fama de prudencia de Howard, cabía otra explicación.

—¿Y no influiría en su silencio el temor a cualquier reacción violenta por parte de Craig?

—Quizá —admitió sin sonrojo su interlocutor—. Ni soy un héroe ni jamás he pretendido pasar por tal. No creo que para ganarme honradamente la vida necesite jugármela a cada paso. Lawrence merece ir a presidio y no sentiría en lo más mínimo que fuese. Siempre, naturalmente, que no le condenasen por haberme matado primero a mí.

Sonó en aquel instante el teléfono. Se trataba de una llamada para el inspector. Dick, el agente enviado en busca de Rogers, acababa de llevarlo detenido al despacho de Wiswell, no sin tener que recurrir a la violencia, porque el forajido quiso triunfar por la fuerza sobre el policía que le prendió.

—Tuve que darle una pequeña lección, inspector. Le ha sentado bien y se muestra más razonable. Es probable que nos diga cuánto sabe si le apretamos un poco las clavijas. ¿Quiere que empiece?

—Prefiero hacerlo yo. Estaré ahí antes de diez minutos.

—Atraparon a Buddy, ¿eh? —preguntó, sonriente, Chandle al despedir al inspector—. Celebraría que pueda proporcionarle las pruebas que anda buscando contra Craig. ¡La pena es que resulte demasiado tarde ya para salvar a Dale!

—Hace medía hora confesó que estaba seguro de su culpabilidad —repuso Wiswell, mirando, inquisitivo, a su interlocutor—. Si es así, no debe sentir en lo más mínimo que se haga justicia.

—No lo siento por él, sino por mí. A ningún abogado le agrada que su defendido, aunque sea culpable, termine en la cámara de gas, y yo no soy una excepción.

Buddy Rogers no ofrecía un aspecto muy agradable cuando le encontró, bien custodiado, en su despacho. Tenía el brazo derecho dislocado, la nariz rota y una brecha sobre la ceja izquierda. Dick explicó:

—Sacó una pistola cuando quise detenerle y hube de arrebatársela antes de que llegara a emplearla. Después se empeñó en demostrar que es un maestro de la lucha libre y tuve que enseñarle prácticamente todo lo que le falta por aprender.

Maltrecho y todo, Buddy pretendió mantener el tipo en los primeros momentos, contestando con gruñidos desdeñosos o no respondiendo de ninguna manera a las preguntas del inspector. A Wiswell se le acabó pronto la paciencia y recurrió a procedimientos más eficaces con tipos de aquella catadura. A la media hora, y luego de oír de labios de quien le interrogaba que su detención se debía a la debilidad de Craig, que para evitar ser detenido había cargado todas las culpas sobre su secuaz, diciendo a la Policía dónde podría detenerlo cuando intentase huir de Frisco —y su detención inesperada parecía la mejor prueba de la traición de su jefe—. Rogers se hundió verticalmente, «se derrotó», según el argot del hampa, lanzando un torrente de maldiciones contra Lawrence y confesando cuánto sabía.

La farsa de su muerte a manos de Armstrong había sido meticulosamente preparada por Craig, incluso con el detalle de fingir dejarse arrebatar una pistola cargada con cartuchos de fuego. ¿Para qué lo hacía?

—Para obligarle a cargarse a Haggard, naturalmente. El viejo zorro le tenía cogido por el cuello, y si vive tres días más le manda

a St. Quentin o Alcatraz. ¡Fué una suerte que Dale cumpliera sus instrucciones y lo liquidase aquella misma noche!

—¿Estás seguro de que fué Armstrong, personalmente, quien le mató?

—¡Claro! —respondió con auténtica sorpresa Buddy—. ¿No le han condenado por esa faena? ¿No deben haberlo llevado a estas horas a la cámara?

Pero luego, estrechado de nuevo a preguntas, acorralado por el implacable interrogatorio de Wiswell, hubo de reconocer que no estaba nada seguro de quién asesinase al inspector, y menos aún de la persona que liquidase a Emerson Norris. El plan primitivo era forzar a Dale a matar a Haggard, procurando que todas las sospechas recayeran sobre el «alderman», que también se había convertido en un peligroso obstáculo para Craig.

—A mí me hicieron salir de Frisco para que no me viese algún amigo de Dale y corriese a darle el «chivatazo» de que estaba vivo. Pero anoche se le escapó a Bruce algo que...

Lo que a Bruce se le escapó fué un elogio desmesurado para la habilidosa inteligencia de Lawrence.

Comentando con alborozo la próxima ejecución de Armstrong, afirmó que no sabía una sola palabra de los dos crímenes que se le achacaban, pero que ni en cien años conseguiría probar su inocencia.

—Creo que el teniente Rice receló algo, pero Craig le envolvió primero y le hizo decir después lo que le interesaba. Busque por ese lado, inspector.

—¿Y qué encontrará? ¿El nombre del que les mató?

—Quizá. ¡Y nada me extrañaría que ese nombre fuera el de Craig Lawrence!

Se imponía como paso inmediato buscar al teniente de la Policía local Cáster Rice. Wiswell le conocía bien; demasiado bien para lo que al teniente interesaba. Quince días antes precisamente, la comprobación de algunas graves irregularidades habían determinado la suspensión temporal de empleo y sueldo de Rice, con la desagradable perspectiva de tener que hacer frente a un proceso por complicidad en los manejos de ciertos tipos del Chinese Quarter. Y su destino dependía en buena parte de los informes del inspector del

F. B. I.,

que dirigía las investigaciones. Al enfrentarse, Wiswell planteó sin rodeos el problema:

—Necesito la verdad entera y clara, Rice. Nada puede convenirle más que decirme cuánto sepa.

El teniente se plegó desde el primer instante a la voluntad del inspector. Convencido de que nada podría perjudicarlo tanto como mentir, contó lo que sabía. Ignoraba por completo todo lo referente a la supuesta muerte de Buddv Rogers, de la que nadie le dijo una palabra. Y estaba convencido, sinceramente convencido, de que Armstrong había asesinado a Haggard, aunque tenía ciertas sospechas de que en el hecho pudiera estar complicado de una manera indirecta Craig Lawrence.

—Por lo menos fué quien me avisó que fuese al apartamento de Kearney Street y que forzase la puerta si no me abrían, porque le habían dicho que allí estaban Dale y el Inspector y temía que hubiese ocurrido alguna tragedia.

Pero le resultaba cien veces más sospechoso lo ocurrido con el asesinato de Emerson Morris. Alguien —creía que el propio Craig, aunque no podría jurarlo porque no se dió a conocer— le avisó para que se presentase en la casa en el instante preciso de perpetrarse el crimen. Llegó a la carrera con varios agentes y consiguió detener a Dale cuando intentaba huir.

—Hice, como es lógico, algunas averiguaciones. ¿Y sabe lo más increíble, Wiswell? ¡Pues que la llamada anunciándome el crimen fue hecha desde el propio despacho de Emerson Norria!...

VII

EN EL ULTIMO MINUTO...



E imponía buscar a Craig Lawrence y someterle a un estrecho interrogatorio: Pero Wiswell se encontró con la desagradable sorpresa de que había desaparecido sin dejar rastro. Aunque tenía la impresión de que continuaba en San Francisco, transmitió la orden de detención a todas las autoridades del Estado, mientras en la ciudad centenares de agentes trataban de dar con su escondrijo. Sin embargo, a las doce del otro día seguía sin aparecer.

Enterada de lo que ocurría, Pamela Jericó acudió ilusionada en

busca del inspector. ¿Podría lograrse una suspensión, un aplazamiento cuando menos de la ejecución de Armstrong hasta que el asunto quedase definitivamente resucito? Wiswell no quiso hacerla abrigar falsas esperanzas.

—Temo mucho que no. Para pedir un simple aplazamiento necesitaríamos pruebas concretas de su inocencia, que por ahora no tenemos, y que quizá no logremos nunca. En cualquier caso es tan breve el plazo de que disponemos, que haría bien preparándose para lo peor.

Chandle habló también con el inspector, felicitándole por el acierto con que había llevado sus gestiones y lamentando que no las hubiera iniciado quince días antes, lo que acaso hubiera librado a Dale de un triste final, que a aquellas alturas parecía ya totalmente inevitable.

—En cualquier caso —añadió— y aunque sólo por reivindicar la memoria del pobre chico y lograr que se haga justicia con un miserable de la categoría de Lawrence, estoy dispuesto a prestarte toda mi ayuda sin reparar en riesgos.

—¿Quiere decir que estaría dispuesto a arriesgar su vida en defensa de la Justicia? —preguntó Wiswell, sorprendido por la resolución del abogado, que tantas demostraciones de prudencia excesiva había dado.

—Sí —replicó Howard—. Soy menos cobarde de lo que ha llegado a pensar, y éste es un caso en que merece la pena jugarse lo que sea preciso.

No descartaba ni mucho menos la posibilidad de que Craig —seguro del miedo que le inspiraba— acudiera en su busca para obligarle a esconderle o cooperar en su huida.

—Si lo hace le avisaré inmediatamente para acabar con ese asesino.

Wiswell no concedió la menor importancia al ofrecimiento. No dudaba de que Harvard deseara la detención de Lawrence, pero estaba seguro de que le faltaban agallas para mover un solo dedo en contra suya. Siguió por su cuenta la búsqueda, desgraciadamente sin el menor resultado positivo. Transcurrió toda la tarde y parte de la noche y continuaban igual.

A las once y media sonó el timbre del teléfono. Al descolgarlo, el inspector experimentó una considerable sorpresa.

—Le habla Howard Chandle, Wiswell —dijo la voz agitada del abogado—. Escuche con atención, porque tengo que comunicarle algo sensacional.

Afirmaba encentrarse en un hotelito de su propiedad, sito en el 1740 de Rockaway Drive, en las afueras de San Francisco, y a pocos pasos de la costa del Pacífico, Craíg, que sabía que se encontraba allí, le había telefonado pidiendo su ayuda y amenazando con matarle si se negaba o decía una sola palabra a la Policía.

—Fingí acceder, acobardado, a su petición. Quedamos en que viniera aquí a las doce en punto, y que yo encendería una luz blanca en la parte delantera para indicarle que estoy solo y que no le amenaza ningún peligro.

Suponía que Lawrence, tipo desconfiado y astuto, estaría escondido en los alrededores, vigilando quién se aproximaba. Si veía llegar varios coches policíacos escaparía sin ser visto. Entendía que lo más conveniente era que Wiswell fuera solo e inmediatamente, lo que le permitiría arribar antes que el forajido. Podía pasar sin detenerse por delante del hotelito; si la luz blanca estaba encendida era una prueba de que Craíg no se había presentado. En tal caso, debía dejar el coche en cualquier lado, dar un rodeo y aproximarse a pie por la playa, entrando en el edificio por la puerta posterior, que estaría entornada.

Al inspector no le pareció descabellado el plan, si bien le sorprendió que Chandle se lo propusiera. ¿No se daba cuenta de que cuando Lawrence llegase sería preciso recurrir a la violencia para detenerle y acaso andar a tiros, con los riesgos consiguientes?

—Ya lo sé, Wiswell —repuso el abogado—. Pero ya le dije que era una ocasión en que merecía la pena arriesgar algo.

Cinco minutos después, el inspector, totalmente solo en un coche de turismo, cruzaba a todo correr los barrios residenciales de Colina y Salado, marchando hacia el Sur, bordeando la costa del Pacífico. Pronto estuvo en Rockaway Drive y pasó ante el hotelito, cuyas señas le había dado con todo detalle Chandle. Constaba de dos plantas y había una luz blanca encendida en la superior. ¡Llegaba a tiempo!

Dejó el coche en un lugar oscuro dos centenares de yardas más lejos y volvió a pie por la playa. Ni se cruzó con nadie ni, aunque aguzó el oído, logró, percibir nada sospechoso. Como Chandle le

había indicado, la puerta del hotelito que daba a la playa estaba entornada, y dentro había luz.

Se aproximó revólver en mano, tomando toda clase de precauciones. Subió los cuatro escalones que desde la playa conducían al umbral. Tras unos segundos de vacilación empujó la puerta y entró. Se halló en un cuarto amplio, amueblado con elegancia y buen gusto, con sendas puertas a izquierda y derecha cubiertas por grandes cortinones. Le sorprendió un poco que no estuviera allí el abogado para recibirle y decidió ir en su busca.

Quiso antes cerrar la puerta por donde había entrado, y se volvía para hacerlo cuando le asaltó de pronto una sensación indefinible de peligro. Sin saber exactamente por qué saltó a un lado con rapidez felina, mientras se volvía para examinar de nuevo la estancia que un segundo antes le había parecido desierta.

Ahora no lo estaba, desde luego. De entre las cortinas de la derecha había surgido Craig Lawrence con una pistola en la mano y un gesto desesperado en las pupilas. Estaba haciendo fuego antes de que el inspector llegase a verle. Wiswell sintió que dos o tres balazos silueteaban su figura y que uno de ellos le producía un ligero rasponazo en el brazo izquierdo. Comprendiendo que su enemigo tiraba a matar, el inspector no se anduvo en contemplaciones. Apretó dos veces el gatillo y los dos disparos dieron en el punto deseado. Craig se estremeció violentamente, lanzó un verdadero alarido y cayó de bruces y de golpe, muerto antes de llegar al suelo.

—Lo siento, pero tú lo quisiste —murmuró Wiswell, contemplando el cadáver del forajido.

En aquel instante resonó un disparo hecho a su espalda, y el inspector sintió el dramático chasquido de su brazo derecho al romperse bajo el impulso del plomo, mientras que el revólver que empuñaba se le escapaba de los dedos, que habían perdido repentinamente toda su fuerza.

—¡Quieto, Wiswell, si no quiere anticipar su muerte unos minutos!

El inspector se volvió con un grito de asombro incontenible:

—¡Howard Chandle! Pero ¿se ha vuelto usted loco?

Una sonrisa despectiva apareció en los labios del abogado. Midiendo de pies a cabeza al inspector, que trataba de contener con su mano izquierda la hemorragia del brazo derecho, replicó:

—¡No finja conmigo, Wiswell! A mi no conseguirá engañarme, como no pudo engañarme su amigo y compañero Haggard...

—¿Quiere decirse entonces...?

—Lo que sabe de sobra, aunque saberlo no le servirá de nada: que Luther, Emerson, Craig y yo trabajábamos de perfecto acuerdo; que hay medio millón de dólares a repartir, y que ahora no habrá reparto porque el único superviviente soy yo.

—Porque se las arregló para ir liquidando a todos sus cómplices, ¿no?

—A unos sí, como a Norris y Luther; del otro me ha desembarazado usted, cooperando eficazmente al triunfo de mis planes.

—¿Y al inspector Haggard?

—Fue un eficaz trabajo de colaboración entre Craig y yo. El pobre diablo de Armstrong cayó en la trampa como un infeliz conejillo. Morirá dentro de unas horas sin llegar a sospechar siquiera la verdad. ¡Incluso agradeciéndome lo que hice por «salvarle»! —agregó, con una carcajada burlona.

—¿Por qué se descubre ahora?

—¡No trate de engañarme, Wiswell! No conseguirá nada. Anoche comprendí que sospechaba de mí, aunque le faltaban pruebas en que basar sus acusaciones: luego, cuando me enteré de la detención de Buddv y de las declaraciones de Rice, sentí centuplicado el peligro. Ni uno ni otro podían decir nada de mí, pero si cogían a Craig y cantaba —y cantarí­a porque estaba muerto de miedo— no tendrí­a salvación posible.

—Y todo por las cuartillas que se le ocurrió escribir a Dale, ¿eh?

—Sí. Reconozco que esas cuartillas contenían un explosivo cien veces más poderoso del que su autor pudo sospechar: un explosivo que ha estado a punto de hacerme saltar hecho pedazos cuando más confiado estaba. Pero al final ha hecho más completo mi triunfo, librándome de Craig y de usted.

—¿De mí?

—¡Naturalmente! ¿O cree, mi querido amigo, que le hablarí­a así de no estar seguro de que apenas le quedan dos minutos de vida? ¡No sueñe despierto! Jamás corro riesgos innecesarios, y ahora...

—Si dispara contra mí le costará ir a la cámara de gas.

—Se equivoca, inspector, porque no seré yo quien le mate, sino

Craig. ¿No se ha dado cuenta de que el arma que empuño es de la misma marca y calibre que la empleada por Lawrence? Craig hizo tres disparos que se perdieron en el vacío. Yo haré sólo dos, pero me sobrará uno para terminar con usted. Y va a ser...

Levantaba lentamente la pistola, con una sonrisa burlona en los labios, cuando resonó el tiro. Pero no fué Chandle quien lo hizo. Le tocó, por el contrario, sufrir sus efectos. Lanzó un grito en el que se mezclaban el dolor y la sorpresa y se llevó instintivamente las dos manos al hombro izquierdo, que empezaba a teñírsele de rojo.

—¡Pamela Jericó! —exclamó, con asombro incontenible, Wiswell, descubriendo a la muchacha, que acababa de entrar por la misma puerta que utilizase Howard, que traía una pistola en la mano, y cuyo providencial disparo acaso había salvado su vida.

—Sí, yo, inspector. Yo, que llego a tiempo para que este miserable...

—¡Maldita entremetida! Voy a enseñarte...

Sacando fuerza de flaqueza, dejándose arrastrar por la rabia, Chandle pretendió utilizar el arma que aún conservaba en las manos para terminar con la joven. Pero Pamela reveló en aquel trance una decisión, serenidad y sangre fría que nadie hubiera podido sospechar en ella. Mientras hablaba con el inspector no perdía de vista al abogado, y cuando éste quiso disparar contra ella tornó a adelantársele. No tiró a matar, desde luego; quiso desarmarle y lo consiguió, aunque su segundo balazo destrozase la mano derecha del que hasta la víspera apareciera como su jefe.

—Y ahora —exigió la joven, puniendo el cañón de la pistola al nivel de la cabeza de Chandle— vas a contar toda la verdad y proclamar a voz en grito la inocencia de Dale. ¡Eso, o te vuelo la cabeza!

Howard se volvió en gesto de súplica hacia el inspector. Wiswell quiso intervenir, pero la chica le atajó, rápido:

—Si Dale muere no me interesa seguir viviendo. La única esperanza, por remota que sea, de salvarle es que hable deprisa este bandido. ¡O lo hace, o disparo!

Pálido, desencajado, tembloroso, con la sangre brotándole de sus dos heridas y bajo la amenaza del arma que Pamela empuñaba, Chandle contó apresuradamente toda la verdad. A Haggard le había matado Craig, de acuerdo con él; a Norris le liquidó él mismo, antes

de que Armstrong se entrevistase con él.

—¿Cree que habrá bastante inspector, para un aplazamiento? —preguntó, angustiada, la joven a Wiswell.

—Queda poco tiempo, pero lo intentaremos. Y mientras vienen unos agentes y una ambulancia, ¿querría decirme cómo llegó aquí con tanta oportunidad?

La explicación era sencilla. Hasta la víspera, Pamela había creído en la honradez de su jefe. Pero Chandle cometió la víspera el grave error de hacerle ciertas proposiciones que demostraban todo lo turbio de sus sentimientos. Unas horas después, aquella misma tarde, le oyó hablar por teléfono con Craig Lawrence, expresándose en tono que no dejaba lugar a dudas respecto a sus relaciones. Sin sospechar que la muchacha pudiese oírlos, el abogado y su amigo se pusieron de acuerdo para reunirse antes de la medianoche en el hotelito de Rockaway Drive.

Como la chica tenía desde mucho antes una llave de hotelito, fué allí a primera hora de la noche, decidida escuchar lo que dijeran, escondiéndose en una habitación de la planta superior. Cuando Howard y Craig llegaron les oyó hablar de una visita que esperaban, y resolvió ver de quién se trataba, suponiendo que pudiera ser uno más de sus cómplices. El ruido de los disparos que saludó la llegada del inspector le hizo bajar, tomando toda clase de precauciones.

—Chandle se entusiasmó alardeando de su triunfo —concluyó— y me dió tiempo para disparar para salvarle, inspector.

—¡Vaya si me salvaste, muchacha! —replicó, sonriendo, Wiswell—. Y no te probaría mi profunda gratitud si no correspondiera salvando al hombre que quieres, aunque no sea digno de una mujer como tú.

La serie de llamadas telefónicas que el inspector efectuó entre las doce y las cuatro de la madrugada, y la serie de personajes a quienes obligó a levantarse de la cama y a oírle por encima del sueño que les dominaba hubieran bastado para demostrar —si no la tuviera suficientemente demostrada con anterioridad— toda la energía sobrehumana de Wiswell, que con un brazo roto y sin escuchar los consejos de los médicos se negó obstinadamente a meterse en la cama. Pero eran tan fuertes los argumentos que empleaba —especialmente en labios como los suyos, famosos por su defensa constante de la verdad y la justicia—, que hubieron de ser

oídos incluso en el propio Capitolio del Estado, moviendo hacia atrás en el último instante la rueda inexorable de la Ley.

Sostenido por dos guardianes, y acompañado del reverendo Untermeyer, que iba rezando a su lado, Barney Dale Armstrong, hundida su voluntad, abotagados sus sentidos por la inminencia del trance terrible, recorría la trágica «last mille», la llamada última milla, aunque apenas si comprendía la treintena de yardas que separaban la capilla de la cámara siniestra. En el silencio impresionante de la galería, los pasos resonaban como disparos. Todos los rostros estaban serios, con un gesto de grave preocupación.

De pronto, cuando apenas faltaban dos pasos para llegar a la cámara de gas, la puerta de entrada de la galería se abrió de golpe, y alguien gritó, agitado, mientras se acercaba a la carrera:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Deténganse!

Todos los rostros se volvieron hacia él. Era el alcaide de la prisión, que las noches de ejecución permanecía al pie del teléfono por si llegaba una llamada oficial de última hora. Hacía años que tal llamada no se producía, pero aquella madrugada...

—¡Aplazada! ¡La ejecución ha sido aplazada! ¡Orden del gobernador del Estado! Aplazada hasta que...

Dale no llegó a oír el final. Las pocas fuerzas que le quedaban le abandonaron de golpe, y hubiese rodado por el suelo de no mantenerle en vilo los dos guardianes que le sostenían. No sufría más que un desmayo; un desmayo perfectamente explicable, dadas las circunstancias.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó con fervor el reverendo Untermeyer.

Tres días más tarde, luego de leer la información sensacionalista publicada por los grandes periódicos respecto a los sucesos de Rockaway Drive y la explícita confesión de Howard Chandle, Armstrong, cuya inmediata excarcelación pedía todo el mundo una vez demostrada su inocencia en los crímenes que se le imputaban, abandonaba la galería de condenados para ser conducido a otro de régimen mucho más suave, donde esperaría su libertad.

—No puede tardar mucho, Dale —le decía en la comunicación Pamela Jericó—. La anulación de una sentencia requiere una serie de trámites; pero míster Wiswell influirá para activarlos, y dentro

de un mes o mes y medio estarás en libertad.

—Y nos casaremos, ¿verdad? Enseguida, naturalmente. Nos casará el padre Untermeyer, sin cuya intervención no viviría a estas horas. ¡Ah, te aseguro que no volveré a las andadas! He aprendido que el mejor negocio es ser persona decente, y no habrá quien me desvíe del camino recto.

—De eso me encargo yo, querido —replicó, sonriendo, la joven—. Tú no sabes la fuerza que da luchar por un gran cariño. ¿Has leído lo que hice con Chandle? ¡Pues imagínate lo que haría contigo si fueras capaz de volver a estropear tu vida... y la mía!



COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS de HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional.

Publicación semanal. 5 pts.

**AVENTURAS DEL
F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas actuaciones de los Agentes del F. B. I.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

**EXTRAORDINARIA
DEL OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos ocurridos en el bravío Far-West americano.

Publicación semanal. 5 pts.

PROEZAS

Un nuevo género novelístico que presenta emocionantes aventuras plenas de humanidad.

Publicación semanal. 5 pts.

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para mayores, impresa a todo color, con la colaboración de los mejores dibujantes.

Publicación quincenal. 2 pts.

JEQUE BLANCO

Novísima serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la azarosa vida de un agente secreto norteamericano por todo el mundo.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

F. B. I.

¡LA COLECCION SIN RIVAL!

5 pesetas

